El Hogar



SRTA. HELENA UDAONDO
Fotocromo de A. Witcomb



"...tengo un esposo muy galante..."

Armonías conyugales

Por

ANGEL V. AREZZO



ÓVENES, bellos, ricos, alegres..., nada les falta. Vedlos, cómodamente reclinados en los almohadones de su elegante landó tirado por soberbios caballos, recibiendo y devolviendo saludos o ademanes afectuosos, inspirando simpatías a unos, envidias disimuladas a no pocos — lo que es un homenaje como otro cualquiera, — envidias sin disimular a muchos, que encuentran el mundo mal arreglado, no tanto porque la mayoría lo pase mal, como por el hecho de que una exigua minoría demuestra pasarlo muy bien. Así ya vale la pena de vivir; puede hacerse poesía práctica; el presente sonríe; el porvenir se reirá a mandíbula batiente; se deslizarán los años en medio de todos los goces que pueden dar el amor y la fortuna; él podrá distraer sus ocios procurando el bien de la patria, con toda la eficacia y el desinterés de quien tiene más riquezas de las que puede ambicionar y una cultura sólida, emanada de buenos maestros y mejores libros; ella, además de brillar como astro de primera magnitud en los salones, se recreará viendo crecer a las prendas de su conyugal ternura. Y cuando llegue la vejez, ambos esposos, con la suave melancolía de astros que van a hundirse en el ocaso, provistos, por lo que pudiera suceder, de la bendición pontificia, pasarán el último período de su vida rodeados de sus tiernos netezuelos, con la doble satisfacción de haberse divertido en grande y de haber sembrado en torno suyo innumerables beneficios, con todo lo cual no tendrán que reprocharse el haber perdido su tiempo y alcanzarán la bienaventuranza que a todos deseo. Amén.

Estos pensamientos asaltaban mi ánimo la otra tarde al ver en un hermoso paseo a una lindísima pareja, llevada en lindísimo carruaje por un arrogante chauffeur, etcétera. Todo era lindo, y como el joven matrimonio sonreía con más frecuencia tal vez de lo que pide el buen tono, me figuré, naturalmente, que a la esplendidez de la decoración exterior, correspondía en ella y en él ese conjunto de disposiciones placenteras que se parece a la felicidad como una gota de agua a otra de vino sin uva.

Mas, ¿y si las apariencias me engañaban? Para estos casos tengo yo unas antiparras sensibles únicamente a los rayos P. P. y W., que presentan las cosas tal y como son. No quiero decir a ustedes cómo se preparan, porque esto me haría perder la superioridad que me confieren de ver lo que se me antoja a través del tiempo y del espacio. Ello es que me las calé y pude darme cuenta de que los dulces esposos estaban riñendo con un disimulo encantador. Entre sonrisa y sonrisa, lanzábanse frases emponzoñadas, alusiones malignas y sarcasmo a cual más hiriente. Aquello me interesó, y, aunque se habían alejado mucho, seguí mirándolos. Los vi entrar en una morada suntuosa, cada uno de ellos pasó a sus habitaciones particulares, para cambiar de traje, y luego se reunieron en un lujoso gabinete, esperando la cena. Pero más les valiera no haberse reunido. Durábales el enojo: ella le dirigió una mirada de reina ofendida, y él la midió con una ojeada de irónico desdén, después de lo cual se sentó en el sofá en postura muy cómoda, aunque nada respetuosa. La joven, volviéndole la espalda, tomó asiento en uno de los brazos del rico mueble.

— Tengo un esposo muy galante — dijo, al fin, la hermosa con acento incisivo, — que hubiera podido suavizarse con un "yo pequé" oportuno del pecador.

— Y yo una esposa tan dulce como el vinagre — observó él. — A la verdad, hijita, cada día te pones más insufrible.

— Pues, no me sufras. Ya poco te falta; cuando estás conmigo parece que te pinchan con alfileres, y nunca te faltan pretextos para salir y estarte por ahí hasta las tantas de la mañana.

— Tú tienes la culpa. Me contrarías en todo, me haces enojosa la vida del hogar, y no tengo más remedio que buscar algún esparcimiento entre los amigos para no morirme de tedio.

— Eso es; vale más que te vayas a perder miles de pesos en los clubs o en el hipódromo, o en sitios peores.

— Un hombre de carrera como yo, ¿en qué se ha de distraer mejor que en las carreras?

— ¿Quién había de decirme hace seis meses, que me vería tan despreciada y tan abandonada?

— ¿Ya empezamos con la canción de siempre? No apeles a los sentimientos, porque hoy están de viaje.

— ¡Ingrato! ¡Cínico! ¡Ni siquiera me guarda ya los miramientos que se deben a una señora!...

— ¡Lagrimitas también! Eso nos faltaba: una escena ridícula y odiosa para divertir a los criados, como la otra noche...

— ¡Eres un mal caballero, un hombre sin delicadeza!...

— ¡Ea! ¡Ya basta! Te has empeñado en exasperarme y te vas a salir con la tuya. Vale más que me marche.

— ¿Adónde vas? ¿Ni siquiera cenas conmigo? ¡Qué vida, virgen santa! ¡Qué desgraciada soy!...

CUANDO una mujer hermosa llora y se lamenta, me enternezco y me pongo hecho una lástima. Oí voces destempladas, seguidas de un portazo, y, antes de quitarme los anteojos, vi que un hombre bajaba las escaleras con muestras de malísimo humor. Se iría por ahí a cenar y sería capaz de divertirse, el monstruo...

Quiero suponer que al siguiente día o al otro habría reconciliación; pero es probable que la herida cierre en falso y vuelvan las discordias... Lo que prueba que no conviene nunca anticipar juicios temerarios sobre la felicidad de nadie, porque la vista engaña.

La página de las recetas útiles

PLUMA IMPROVISADA. — Cuando hace falta escribir con tinta y no se dispone de pluma metálica, se puede improvisar una, con un palito, en la forma siguiente: El palito se aguza como si se sacara punta a un lápi[illegible]e



hace una ranura, como se ve en el grabado, para que tome tinta. En esta forma se puede escribir lo mismo que con una pluma metálica, aunque con trazos algo más gruesos.

* * *

PARA DESLUSTRAR LOS VESTIDOS USADOS. — El procedimiento que aconsejamos a continuación es bien sencillo, y a diferencia de otros, no ofrece peligro alguno para el paño.
Consiste en colocar las partes brillantes entre dos lienzos mojados y dejar secar. El lustre se atenúa considerablemente, como puede verificarlo prácticamente cualquiera.

* * *

PARA LIMPIAR LOS "JERSEYS". — Aunque está fuera de uso, hay aún muchas señoras que no emplean otro tejido para sus vestidos diarios. Para limpiarlo sin estrecharlo, hay que frotarlo en agua de quillay fría. Evítese de enjuagarlo o de torcerlo y póngase a secar a la sombra rodeándolo de un lienzo seco.

* * *

ZUMO DE LIMÓN. — Ordinariamente se extrae el zumo del limón por simple presión del fruto en frío. El procedimiento es defectuoso y poco económico, pues calentando los limones antes de usarlos se obtiene casi doble cantidad de zumo.

* * *

CALEFACCIÓN SIN FUEGO. — Es perfectamente posible utilizar directamente el calor solar para la cocción de los vegetales y de la carne. Por medio de un aparato bien sencillo compuesto de una caja ennegrecida en su interior y de varios cristales superpuestos, Saussure ha podido hacer hervir el agua. Durante su permanencia en el cabo de Buena Esperanza, en los días ardientes de diciembre, sir John Herschel, célebre físico y astrónomo inglés, pudo hacer cocer un guisado de vaca, de magnitud y peso muy razonables, por medio de dos cajas ennegrecidas, colocadas unas en el interior de la otra, y guarnecidas cada una de un solo cristal y sin otro origen de calor que los rayos solares que penetraban, sin poder volver a salir en esta especie de trampa calorífica. Pudo obsequiar a toda su numerosa familia y los invitados, mediante esta cocina con horno de un género tan nuevo.

La caja de Herschel, cerrada solamente por dos láminas de cristal, alcanza, sucesivamente, temperaturas ¡de 80, 100 y 120 grados!...

* * *

CERA PARA PLANCHAR. —

Cera del Japón..........	200 gramos
Parafina	200 „
Estearina	100 „

Se funden con cuidado y se vierte la mezcla fundida en moldes o bandejitas de papel muy fáciles de confeccionar. Se pasa luego simplemente la plancha caliente sobre la cera; de este modo corre mejor sobre el lienzo y da un lustre de hermoso aspecto.

* * *

MOTOR DE BUJÍAS. — Un tubo de hojalata o de cartón, de diámetro adecuado para encajar en sus extremos dos bujías, se monta sobre un eje, en un soporte de madera, como indica el dibujo.

El tubo se pone bien en equilibrio y se encajan en sus extremos dos cabos de vela equilibrando el peso. Si uno es más largo que otro, se enciende y se deja arder hasta que se alza por pesar menos que el otro extremo



del aparatito. Entonces se enciende el otro cabo y por efecto de las gotas de esperma que alternativamente se desprenden de cada cabo, el motor, llamémoslo así, se balancea acompasadamente hasta que se consumen las velas.

Este motor no tiene otros fines que los puramente recreativos, pues, como puede comprenderse, la fuerza que emite es extremadamente débil desde el punto de vista mecánico.

* * *

PARA DISIPAR EL OLOR DEL TABACO. — Cuando hayáis comido naranjas, guardaos de arrojar las cortezas, cortadlas en bandas del ancho de un dedo y hacedlas secar. Estas cortezas son excelentes para prender el fuego y al arder, a su vez, en el fuego, disipan como por encanto el olor del tabaco.

SUBSCRIPCIONES
EN LA CAPITAL
Año.......... $ 9.— m/n
Semestre...... » 5.— »
Trimestre..... » 2.50 »
Núm. suelto.. » 0.20 »
» atrasado. » 0.40 »
EN EL INTERIOR
Año.......... $ 13.60 m/n
Semestre...... » 7.— »
Trimestre..... » 4.— »
Núm. suelto.. » 0.30 »
» atrasado. » 0.60 »
EN EL EXTERIOR
Año.......... $ 10.— oro
Semestre..... » 6.— »
Trimestre.... » 4.— »

PARA EVITAR interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Dirección: Redacción y Administración
RIO DE JANEIRO, 262

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES
U. T., 63, Almagro, 1120 y 1121 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
A. DE MAYO 749, 5º piso. U. T. 37, Riv. 0962
ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.
AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 727, Montevideo
ESTADOS UNIDOS. — S. S. KOPPE Y CO. INC.
Times Building. New York
PARAGUAY. — SANTIAGO PUIGBONET
Palma, 78. Casilla Correo 581. Asunción

Año XXII — *Buenos Aires, Agosto 13 de 1926* — Núm. 878

Notas y Comentarios de Actualidad

Algo nuevo en la Historia del Mundo

Hay algo nuevo en la historia del mundo, acaba de decir el gran estadista norteamericano doctor Leo S. Rowe en una conferencia dada en el Instituto de Política de Williamstown. Se refiere el doctor Rowe a la situación internacional del continente americano, donde es de todo punto inútil buscar un peligro de guerra, pues hasta un conflicto tan agudo como el de Tacna y Arica se muestra impotente para provocarla. El continente americano, dice el doctor Rowe, está aproximándose rápidamente a una situación sin precedentes en la historia del mundo, pues todas las graves cuestiones que son causa de entredichos entre las cancillerías están quedando eliminadas. Agrega el doctor Rowe que ahora habría que impedir una cosa que condujo a Europa al desastre: la rivalidad militar. Pero, ¿hay que temer que venga? Al Brasil, por ejemplo, no le inquietan absolutamente los armamentos argentinos; la prueba está en que los brasileños ni siquiera se privan de hacer revoluciones. Cuando nosotros nos convenzamos de que nuestros armamentos no asustan a nadie, comprenderemos que el adquirirlos ha sido un costoso anacronismo. Por lo demás, si las finanzas del país marchan como ahora, el gobierno que venga tendrá que poner en situación de desarme todos los barcos, y reducir el número de unidades del ejército.

¡Los inmigrantes no vienen!

Decían que iban a venir cinco millones de alemanes. ¡Cinco millones de buñuelos! Lejos de venir los alemanes, los italianos se van a Francia, y los españoles se quedan en España. "La Prensa" se pregunta cuál sería el mejor sistema de colonización para fomentar la inmigración: ¿la donación, el arrendamiento, la venta? En un país donde el cultivador de algodón se arruina, donde el cultivador de maní se arruina, donde el cultivador de papas se arruina, donde el cultivador de maíz se arruina, donde el cultivador de trigo anda siempre empeñado, ¿cuál es el buen sistema de colonización? Muchas veces los agricultores argentinos no levantan la cosecha para ganar plata, sino para no perder tanta. Si no la levantan, pierden el arrendamiento, la aradura, la semilla; levantándola, la pérdida puede reducirse a la mitad. Pero este negocio no es como para que uno se dedique a la agricultura. Las carnes y los granos no se venden al precio que quiere el productor argentino, sino al que fija la concurrencia internacional, y hay que producir para ese precio. Pero en un país donde el presupuesto nacional, el de la provincia de Buenos Aires y el de la Capital Federal, se comen ellos solos la cosecha de trigo y la de maíz, ¿cómo se hace para producir al precio de la concurrencia internacional?

Un auto por cada seis habitantes

Según la última estadística, hay en los Estados Unidos un automóvil por cada seis habitantes. En la cuenta entran tanto los tractores como los camiones y los ómnibus, pero esto más bien puede añadir algo que restar nada a la cifra. Contrasta el número de los automóviles de los Estados Unidos, con el del mejor servicio de los países de Europa. No se explica sólo porque los Estados Unidos sean el principal país constructor de automóviles, sino también por ser un país de grandes distancias. Allí el auto hace más falta que en la pequeña Inglaterra, y esto no deja de ser parte en el desarrollo de la industria norteamericana del automóvil. También por eso, por ser país de grandes distancias, la República Argentina es el mejor cliente extranjero de esa industria. El automóvil tiene aquí un porvenir ilimitado, y es posible que mañana desempeñe en los transportes un papel que hoy no nos atreveríamos a pronosticar. Esto impone a las autoridades el deber de adoptar una política previsora en materia de caminos y de explotación del petróleo.

¿Una revolución 1926?

A diferencia de lo que creía el general Primo de Rivera, el fracaso de los generales Weyler y Aguilera no ha aleccionado a nadie. Los generales españoles dan inequívocas muestras de independencia. Cuando no es el general Cabanellas, comandante militar de las Baleares, es el general Arzadún, comandante general de artillería, y cuando no, es el general Montero, comandante general de ingenieros. Y a juzgar por ciertas exoneraciones que el general Primo de Rivera se ha visto obligado a ordenar, lo mismo está pasando con los funcionarios civiles y diplomáticos. Si nosotros fuésemos el general Primo de Rivera, nos preguntaríamos si eso no será una revolución. Porque es muy posible que en 1926 las revoluciones se hagan de otro modo que en 1826. Hoy hay demasiados vidrios que romper, para que la gente se lance sin más ni más a la calle a tirar tiros. Pero si los generales y los funcionarios empiezan a volver por sus fueros, a poco que eso continúe, será lo que se llama un movimiento, y a juzgar por sus caracteres, un movimiento revolucionario. En todo caso, se ve que los españoles no son buenos alumnos de dictado; el general Primo de Rivera les dicta una cosa, y ellos escriben otra.



Duggan y Olivero

Por

FRANCISCO GALLARDO SARMIENTO

En magnífico vuelo, como dos colosales
cóndores de los Andes que vuelan por la altura
mirando al Sol de frente, en la blanca figura
del bello "Buenos Aires", dan sus gritos triunfales.

Como dos argonautas de mares siderales,
vienen con su hidroavión tendiendo una cintura
de bravo argentinismo en la ruta insegura,
sólo seguida antes por alas ideales.

Las alas plateadas del avión argentino,
al abrir por los aires un fraternal camino,
unen, en un abrazo, el Norte con el Sud.

Y Duggan y Olivero, realizando su vuelo,
no reclaman más gloria, ni tienen más anhelo,
que decir: ¡"Al gran pueblo argentino, salud"!

El Estado Sovietista

La semana pasada fué de malas noticias sobre la situación interna de Rusia. ¿Cuánto iba a durar aún el estado sovietista? En todo caso, estaba crujiendo la última forma que le quedaban por ensayar al estado autoritario. Después de eso, el estado autoritario habría terminado su carrera. Todas las demás formas terminaron en el marasmo social, en la descomposición o en el desastre. Aun en nuestros días cayeron el Imperio Chino, el Imperio Otomano, el Imperio del zar, el Imperio austrohúngaro, el Imperio del káiser. Si hay algo en que la Historia se repita invariablemente, es en la caída del estado autoritario, cualquiera que sea su forma: el imperio faraónico, el imperio romano, la monarquía absoluta, el imperio napoleónico. Existe una incompatibilidad de fondo entre el estado autoritario y el desenvolvimiento individual y social. Pero, aun sin eso, ¿podría subsistir el estado autoritario? En efecto, el estado autoritario desarrolla automáticamente las dos cosas que suelen poner en peligro la situación del estado liberal, pero que éste puede evitar: la burocracia y el militarismo. El fascismo, que había prometido el exterminio de la burocracia, ha terminado por aumentarla, dice Guillermo Ferrero en su reciente libro "Entre le passé et l'avenir"; el soviet degeneró en una inmensa burocracia, y necesitó un ejército enorme para mantener su autoridad. Para la caída del estado autoritario, bastará siempre el peso de sus propios gastos.

La Ley de Alcaloides

Hablando de la enmienda a la ley de alcaloides, dijo uno de nuestros magistrados:

"En el inciso 1º del artículo 212 del Código Penal, se acusa la tenencia sin permiso, de artículos destinados a la fabricación de explosivos y susceptibles de causar estragos, y en el 299 del mismo Código, se condena con prisión de 6 meses a un año, a los que tuvieran en su poder, o conservaran materiales o artículos de los empleados en la falsificaciones penadas por la ley.

"En la misma forma se incrimina ahora la tenencia de drogas sin permiso.

Pero el tener un gramo de cocaína en el bolsillo para envenenarse uno mismo, es tan distinto de tener explosivos o elementos de falsificación para perjudicar a terceros, como el suicidarse lo es de cometer un homicidio. El mismo magistrado agrega después que "se comete un error al condenar a la víctima de las drogas, cuando, según lo vemos con toda justicia en otras legislaciones, la víctima debe ser tratada como un enfermo, y no como un delincuente."

Con la enmienda a la ley de alcaloides va a pasar lo que con la ley de juegos de azar, que condena tanto al jugador como al explotador del juego. El condenar al jugador, no ha impedido el juego; el condenar al toxicómano no impedirá la toxicomanía.

El condenar al vicioso, tras ser injusto, y al parecer contraproducente, es contrario a lo que dice el artículo 19 de la Constitución. Mejor que inventar delincuentes, sería repetar la Constitución y tener buena policía.

Una Sesión Parlamentaria

De la crónica parlamentaria del viernes:

"El doctor Agustín Araya, con motivo de la mención que hizo ayer de su nombre, en su discurso, el diputado socialista señor Pérez Leirós, reclamó hoy en forma enérgica. En el curso de su exposición calificó de "imbécil" y "miserable" al diputado Pérez Leirós.

"Sr. Dickmann (A). — Hago cuestión reglamentaria. ¿Cómo permite la presidencia que se califique así a un diputado?

"Sr. Araya. — Porque eso merecen ustedes, que cobardemente insultan a un ausente.

"Sr. Pena. — ¡Haber concurrido a la sesión!

"Sr. Bergalli (a los socialistas). — ¡Están recibiendo la lección que merecen, por contubernistas! ¡Arréglense ahora!

Más adelante:

"Sr. Bergalli (al señor Dickmann, A., que le hace un cargo a la presidencia). — No formule cargos a quien ustedes mismos han dado el voto para ocupar la presidencia."

Hay quien critica estos incidentes. Sin embargo, son mucho más divertidos que esas tenidas financieras en que el ministro de Hacienda demuestra que el dinero se ha gastado, pero legalmente.

Las Aventuras de don Pancho Talero

por LANTERI

¡EL SINVERGÜENZA DE TU PADRE SE HA DADO CUENTA QUE LE REVISAMOS LOS BOLSILLOS Y AHORA NO DEJA UN PESO NI PARA SEMILLA!

¡ES UN GROSERO! ¡NI UN NÍQUEL EN EL CHALECO!

¡CUIDADO MAMITA QUE AHÍ VIENE!

¿DÓNDE GUARDARÁ LA PLATA ESE VIEJO AMARRETE?

¡PANCHITO: VOS SOS MI ÚNICO ANGEL DE LA GUARDA! ¿VERDAD?

¡CUANDO SE ME HACE LA CAMILA QUIROGA, PECHAZO EN FIJA!

HOY ES SANTA MARÍA Y NO TENGO UN SOLO CENTAVO CONQUÉ PODER HACER UN TRISTE REGALITO...

15

¡PENSÁ EN EL PAPELÓN QUE HARÍAMOS SI DEJÁRAMOS PASAR POR ALTO EL SANTO DE TODAS LAS MARÍAS QUE CONOCEMOS...

...PENSÁ EN TODAS, ESAS, POBRES MARÍAS QUE NO TIENEN QUIEN LES REGALE NADA!...

YA NO SE MÁS QUÉ INVENTAR PARA SACARLE PLATA A TU PADRE... ¡QUE AMARRETE! ¡NI QUE FUERA RICO DE VERAS!

¡SEÑORA! LA LLAMAN POR TELEFANU!

VOY

SI, RICA, SI QUIERES SABER DONDE SE ENCUENTRA TU MARIDITO, PREGUNTÁSELO AL BOMBERO DEL ESCENARIO DEL TEATRO BACANAL

¡VAMOS VOLANDO AL TEATRO BACANAL!

¡¡PANCHO!!

TE PRESENTO TRES MARÍAS DEL TEATRO: MARÍA PÉREZ, MARÍA SANGUINETTI Y MARÍA GOLDEMBERG. ¡LAS POBRECITAS NO TENÍAN QUIEN LES REGALASE ALGO!...

Lanteri



"...Pero... a veces el espíritu volaba, se escapaba..."

Celos

Por

C. A. LOPEZ BLOMBERG

Ilustración de Flagg



SONRIENDO, se alejó. Un leve encogimiento de hombros, acompañando a la seca sonrisa, completó su impresión.

Caminaba sin apresurarse, casi al azar. Una sensación de sequedad, de vacío, lo hacía considerarse a sí mismo con disgusto. Las caras de los que se cruzaban en su camino, se le antojaban estúpidamente grotescas.

— ¡Qué vida! — pensó.

Cada vez que ante él se hablaba de algún suceso que le demostraba la absurda inutilidad de los esfuerzos que en su desesperante y eterna lucha contra el destino realizan los seres, cada vez que la realidad se ponía ante él, fría, insensible e inexorable, todas sus aspiraciones, todas sus esperanzas, todo ese porvenir de apacible serenidad con que soñaba, desaparecía y era reemplazado por una angustiosa sensación de hastío.

Hizo un esfuerzo para tragar saliva, y entonces advirtió que tenía la garganta reseca.

— ¡Qué miseria! — se repetía con insistencia desoladora.

Recordó que en más de una oportunidad se había hecho firmísima promesa de no pensar, de no analizar nada de lo que a su vista y a su inteligencia ofreciera la vida. Recordó que con ese propósito se había unido a los frívolos compañeros que acababan de verlo alejarse sorprendidos, y la amarga sonrisa volvió a marcarse en sus labios. ¡No pensar! ¿Acaso puede conseguirlo la voluntad cuando la Naturaleza, en su arbitrario sistema de distribución de dones, hizo el del pensamiento?

EL relato de la traición amorosa, vulgarísimo pan de todos los días, había hecho reír a carcajadas a sus amigos. Y a él lo lanzaba en ese abismo de tristes reflexiones.

ANUDABA recuerdos. Sus años juveniles, ese cariño respetuoso que sintiera en otros tiempos por virtudes que ahora debía considerar ridículas, anacrónicas, y que, sin embargo, sabía tan puras, dulces y delicadas, volvía con toda su fuerza a presentársele.

Y al considerarse desde el momento presente, al comparar aquellas ideas, aquellas creencias alimentadas y defendidas con vigor extraordinario por su instinto, la sonrisa inexpresiva, seca, estiraba sus labios. Si vivir es adaptarse, también es sufrir. Hay adaptaciones que sólo lo son externas. El fondo permanece intacto.

Todas las columnas de su religión moral, de su sensibilidad exquisita, de su gran amor por la bondad, habíanse quebrado. Al principio, un estupor inmenso, confundiendo sus ideas, le impidió ver claramente. Se empeñaba en considerar esas catástrofes como consecuencia fatal de la casualidad. Y su corazón ingenuo, su deseo inmenso de que así fuera, lo cegaron. Una y otra vez cayó en el — a la fuerza hubo de reconocerlo así — error. Porque error le había resultado fiarse de la amistad, del cariño... Un severo autoanálisis, una concentración íntima, un "yo me acuso" frío, lo pusieron frente al egoísmo, a la ruindad ajenos. De la propia sinceridad con que se entregara a cada uno de los nuevos afectos, no podía dudar. De la benevolencia con que excusó una y otra felonía, de la voluntad con que fácilmente se entregó al olvido de cada traición que se sumaba a las anteriores, tampoco cabían dudas. Y, en la suma de las ingratitudes, hubo de estallar, al fin, su humana indignación.

A los treinta años, la vida le ofrecía un panorama árido. Entraba en forma tal al análisis de sus propias sensaciones, que la anulaba. Y se asustó. Ante el temor de verse malogrado en plena juventud, ante la posibilidad terrible de perder su capacidad de sentir, entregóse a la vida ligera de los halagos fáciles. Triunfaba sin esfuerzo, y ello lo entristecía. Hubiera deseado la lucha...



En eso lo sorprendió un nuevo amor. ¡Amor! El escepticismo, nacido de tantas amarguras, y su tendencia natural al estudio de las propias sensaciones, lo indujeron a considerar el sentimiento que surgía en su corazón endurecido, reacio a las ternuras, con cierta curiosidad. Un nuevo juguete.

— Cuando yo quiera — pensaba — lo arrojaré de mí.

Y gozándose en los inocentes placeres que la iniciación le proporcionaba, se encontró, pronta e inesperadamente, en la situación que presintiera. Otra enorme sorpresa lo esperaba. No podía desprenderse de eso. Quería, comprendió con toda claridad que debía, y... no pudo.

Una vez más experimentó la amarga satisfacción de sufrir. No intentó penetrar en el fondo de ese sufrimiento. Razonaba con íntegra lucidez, pero la angustia lo ahogaba. No pudo contenerse, y transó.

Se amplió su filosofía. Y abrió un surco más en su alma. Podía medir el precio, el valor de ciertas emociones, y el sol ardiente de una amargura infinita acrecentó su aridez interior. Las contradicciones de su instinto ideal con lo que a su destino era impuesto por algo que escapaba a la más remota posibilidad de comprensión le producía un dolor casi físico. Y ya no con terror, pero sí con desolación inmensa, abarcó la profundidad de la miseria humana.

NO hay otro mundo, no hay otra vida — se decía.

La resignación, triste compensadora, alcanzólo, y marchó desde entonces con él. Todo lo aceptaba, a todo se sometía, con la convicción que inspira lo irremediable.

— No hay otras cosas — se repetía.

Pero... a veces el espíritu se volaba, se escapaba de los ligeros, escurridizos lazos de la voluntad. La fantasía le tejía mundos mejores. Y sus convicciones se resquebrajaban.

— Si los imagino, si pienso en la posibilidad de que existan, es porque pueden existir, porque existen...

El firme deseo de hacerse para sí ese mundo ideal lo fortaleció. Él y ella... ¿Qué más? Su buen deseo empezó a crearle ese mundo.

POR qué le habían contado ese triste episodio? Todos los días, él lo sabía, ocurren a millares. Todos los momentos de la existencia humana se marcan por esos quebrantamientos a la buena fe, a la sinceridad, al amor. Posiblemente, esa magnífica mujer que acababa de cruzar la calle, a la que alguno adorará, acaba de ser actora de uno de esos delitos, mientras el traicionado, confiando en la reciprocidad que su idolatría merece, piensa, en ese instante mismo, en una nueva manera de halagar a su ídolo.

— ¡Qué infamia! — murmuró.

La idea de la muerte apareció en su pensamiento. La sonrisa, ya no inexpresiva, al contrario, inefablemente triste, desencajó su rostro.

— Todo... para acabar en eso...

Una extraña sensación de bienestar se deslizaba por sus fibras. Pensaba que, al fin, los años vuelan, y que nadie elude el paso extremo. Todas las grandezas, toda la gloria, todo el amor, toda la vanidad que impulsan a los humanos en un choque perpetuo, constantemente renovado, se diluyen bajo el impenetrable imperio de la Desconocida.

El bienestar se acentuaba. Ya se sentía dueño de sí mismo, y, en la certidumbre del fin único de las cosas, irguió la cabeza. Brillaba ahora su mirada, penetrante y expresiva, acariciando la bellísima silueta de una paseante.

De pronto, la sangre se agolpó en su corazón. "Ella" era la ocupante del automóvil que pasó a su lado. ¡No iba sola! Comprendió que se ponía lívido. Rápido, desesperado, maquinalmente, subió a otro automóvil y ordenó al chauffeur que la alcanzara.

Indiferente, con una indiferencia espantosamente irritante, obedeció el hombre. Maniobrando con habilidad, cumplió el deseo de aquél, cuyos ojos, llameantes, atravesaron los cristales de la ventanilla.

¡No era "ella"!

Inclinando la cabeza sobre el pecho, lloró como un niño.

Angel Vena

Por

SAUL JACOBI

IENTRAS el tren cruzaba el trozo de pampa que media entre Córdoba y La Calera, meditaba:

"Fader, Botti, Pedone y Butler — cuatro nombres que honran el arte argentino — han hallado en la serranía cordobesa un venero inagotable de inspiración, obligando a la crítica periodística y a la masa "dilettante" a dividirse en grupos, amablemente combativos entre sí. Fader arrastró la opinión más numerosa; las obras del vigoroso paisajista, valor universalizado, sugirieron los conceptos más halagadores y las apreciaciones más encomiásticas. Puede afirmarse que no hubo error en el juicio: hoy, no obstante el tiempo transcurrido desde el instante de su aparición, sigue siendo, sin disputa alguna, el primero, en orden de méritos, de los cultores del paisaje en nuestro país. Su Córdoba es una orgía de colores maravillosamente dispuestos y animados por una sensibilidad exquisita, una Córdoba exaltada por el genio a través de una paleta rica y prodigiosa. Pedone, el más hábil de los representantes del divisionismo en América, afrontó la égloga plástica — permítaseme esta clasificación, — agotando eficazmente en la realización de su labor los recursos técnicos heredados de Segantini, sin llegar, es verdad, a la plenitud que su capacidad artística aun promete. Butler, el dominico puntillista, el lírico de los claustros monacales, contempló, a través de su misticismo religioso, los cielos claros, las ondulaciones voluptuosas y los arroyos transparentes, e inmovilizó los gratos espectáculos con la ternura de un encajero. Botti, "el sensitivo Botti", como le llaman los amigos, trasladó a los rincones serranos las gamas grises atesoradas en la contemplación del Riachuelo porteño, y trocó la lujuriosidad lumínica del paisaje montañés en una vasta sinfonía melancólica, semejante, por el color a las de Sisley y Boudin. Cada uno de ellos ofreció una Córdoba distinta, y la labor de conjunto de los cuatro definió el venturoso rincón mediterráneo. ¿Totalmente definido?..."

Cuando el tren se internó en la serranía chica, sacando hacia afuera la cabeza, por la ventanilla, levanté los ojos y exclamé, conmovido:

— ¡Un cuadro de Vena!

Y ante aquellas montañas verdiáureas, ante aquel río que corría por sobre un lecho de piedra, ante aquel cielo azul, de un azul límpido de esmalte, ante aquel conjunto dorado por un sol claro y vibrante: comprendí que Vena era el pintor de Córdoba. La sinceridad de su arte es indiscutible.

ANTE los cuadros de Ángel Vena, evoco dos de las figuras más destacadas del Impresionismo francés: Claudio Monet y Camilo Pissarro. Estos dos artistas alientan con el recuerdo de su obra revolucionaria y gloriosa la labor fecunda del paisajista argentino. Vena heredó de ambos el amor a la verdad y la ternura lírica que la luz inspira, y fué y es, en todo momento, el más sincero y uno de los más eficaces cultores de los temas luminosos.

La luz constituye para él una obsesión; la ama con ardor salvaje, la adora y la exalta. En sus telas, todo es vibración lumínea, hasta las sombras. Cielos, llanuras, sierras, árboles, senderos y arroyos, son manifestaciones de la naturaleza que viven prodigiosamente, en las telas del pintor, de los estallidos de luz que su pincel prodiga. La totalidad de su obra revela un sentimiento panteísta, sencillo, optimista y vigoroso. Frente a ella, se experimenta una saludable sensación de bienestar; no invita a divagaciones melancólicas, no sugiere pensamientos enfermizos: alegra, conforta, serena. Y este es el mejor elogio que se puede tributar a un artista, en esta época de insania pictórica...

Confieso que hablo de Vena con entusiasmo, y esto me place: el entusiasmo distingue al escritor que hace de la crítica un arte y no una preocupación habitual. La tarea que impone la acción periodística acaba por anular la capacidad emocional del escritor y lo conduce a la indiferencia. Para mí, la hora indiferente no ha sonado aún, y de ello me felicito, puesto que permite a mi serenidad derrocharse en apasionamientos críticos.

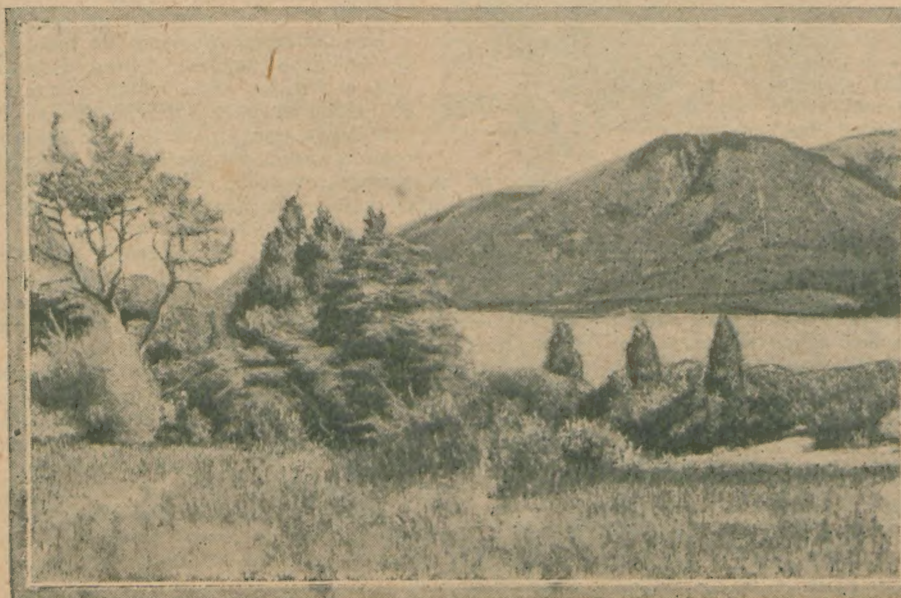
Ángel Vena comenzó a interesarme en el año 1922. Su cuadro titulado "La pampa y la laguna" tuvo para mí el valor de una revelación. Solamente un hombre audaz, seguro de sus recursos técnicos, era capaz de afrontar un tema tan ingrato como el que ofrece un vasto trozo de llanura pampeana quebrado por una mancha gris de agua estancada. Y aquel cuadro — cien sesiones de trabajo — había sido bien concebido y bien realizado. Todo en él era claridad, vibración, luminosidad sincera, en una palabra: sol. Dos años más tarde, en una de las salas de Van Riel, confirmó la razón de ser de mi entusiasmo primero. Hoy, exceptuando a Fader, lo considero como al más pujante de nuestros paisajistas. Gravitan prejuicios y animosidades sobre su personalidad, pero, ¿quién, cuando vive al margen de escuelas y cenáculos, no está obligado a soportar el peso de cargas inmerecidas? Sin embargo — caso sorprendente, — detractores y admiradores coincidían, y coinciden, en una apreciación, y es en ella, precisamente en ella, donde unos y otros se equivocan. Ningún crítico ha juzgado su obra sin citar el nombre de Ítalo Botti. Y yo me he preguntado mil veces: ¿En qué se parecen ambos? ¿En los temas que tratan? Si es en esto, también son semejantes Botti y Quinquela Martín, pues los dos inmovilizaron espectáculos portuarios. ¿En el dibujo? Vena es más firme, más vigoroso, más enérgico. ¿En el color? Botti prefiere los tonos perlinos, los grises melancólicos, las gamas suaves con que se manifiestan los días nublados, las horas crepusculares, los soles pálidos que funden los seres y las cosas, las lejanías lánguidas e indefinidas. Vena yuxtapone tonos puros, hace vibrar la tela en armonías luminosas, retribuye a la naturaleza la alegría que ella le brinda en las horas más lujuriosas; no vela, define y concede a todo lo existente las tres dimensiones propias de la masa. ¿En la sensibilidad? Ambos son líricos, cada uno a su manera: Botti torna estables instantes fugitivos de tristeza, de "saudade", de dulzura delicada y honda; Vena, en cambio, es más viril, casi podríamos decir más salvaje; fija momentos jocundos, estiliza paisajes joviales, lanza a los aires, en lugar de un trino de ruiseñor enfermo, un himno pánico. ¿En el empaste? La pincelada de Botti se alarga languideciente, el pincel de Vena golpea animado por un ansia de cabrilleo; diríase que pretende, mediante el color, reproducir los corpúsculos luminosos que flotan en el aire. Un cuadro de Botti emociona como una poesía de Rodenbach, uno de Vena como una canción de Pascoli.



Ángel Vena

FOTO N. N.

Hoy, en la exposición individual que realiza Vena en una de las salas de Van Riel, su personalidad se define con más vigor. La línea decorativa de cada una de sus telas es de una complejidad que obliga a exámenes más detenidos. La luz es más intensa que la que campeaba en sus cuadros anteriores, y el color más vivo y más vibrante aún. Haciendo alardes de su capacidad perceptiva y de su habilidad técnica, ha pintado motivos del Neuquén que hubieran cohibido a pintores calificados, y no ha vacilado, en esta ocasión, en abordar las notas grises que antes desestimaba. Dos de sus cuadros, "Gris seco" y "Gris húmedo", revelan su viril enjundia y prueban que, no obstante su empeño en tratar temas briosamente luminosos, sabe emplear los tonos perlinos en forma sencillamente magistral.



"Cerro Loco"



"El Coihué"

FOTO CABADA



Crónicas femeninas

La desilusión de las muchachas recién casadas

Por

EMMA LYDIA MARY

—Me equivoqué, mamá. Mi marido es un pícaro. ¡Quiero divorciarme!

La canción es común. Hace pocas semanas, una joven señora de la aristocracia argentina, muy hermosa y muy inteligente, se ha presentado a los tribunales de Montevideo solicitando su divorcio. El matrimonio ha sido breve a pesar de la exquisita belleza de la dama que, según se dijo "sotto voce", hubo de apasionar de amor a un príncipe lejano... Pero, este caso de divorcio no ha sorprendido a nadie. Desde hace algunos años nuestros hogares distinguidos se ven, a menudo, agitados por el ruido de las demandas de divorcio. Sin muchas peleas y sin la clásica rotura de los platos de sopa, los matrimonios jóvenes se desatan con la misma elegancia con que fueron unidos. Un viajecito a Montevideo. Una presentación a los tribunales. Y ¡viva, otra vez, la santa libertad, aunque sea bajo fianza!

Ha llegado el momento de hacer filosofía. Es necesario que los padres de familia que tienen hijas casaderas se saquen el dedo de la boca. Hay que meditar acerca del porvenir de las muchachas...

—¿Sabes lo que le sucede a María Dolores?

—¿Qué?

—Se ha divorciado.

—¿Cómo? ¿Antes del primer año de casada?

—La culpa es del marido.

Así son casi todos los últimos divorcios. Por culpa del marido... Se diría que hay en las muchachas un apresuramiento ciego por casarse. La independencia con que eligen novio y la libertad de las costumbres han hecho que los casamientos se realicen sin el Visto Bueno de los padres.

—*Papá* —dice una niña de hoy, —*quiero casarme con Fulano.*

—*Fulano es un sinvergüenza.*

—*¿Qué sabes tú, papá, de la vida moderna? Fulano no es un hombre de tu tiempo.*

Es inútil que el padre, la madre y la moral se opongan. Fulanita quiere casarse con Fulano. Oponerse a su enlace equivale a romper en el seno de la familia el equilibrio de la felicidad.

—*¡Cásate, aunque sea con un conde!*

Fulanita se casa con Fulanito, y al año:

"Partió anoche para Montevideo la señora..."

¡Divorcio!

Convendría pensar si no es mejor el antiguo sistema de nuestros abuelos:

—Ven acá, Petronila. Anoche hemos resuelto con doña Eduvigis que te cases con Perico, que es un muchacho honrado.

—Como usted ordene, tatita.

¿Eran más felices entonces los matrimonios? Vaya Dios a saberlo. Únicamente puede afirmarse que había menos divorcios. Y, a menudo, ni divorcios siquiera, aunque no hubiera paz.

Véase cómo el general Lucio V. Mansilla describe en "Mis Memorias" (1) los amores de su padre, el también general Mansilla, quien se separó de su primera esposa, doña Polonia Duarte, hace casi cien años, en 1829:

"—Tatita —le dijo Mansilla a su padre: —usted sabe cuánto lo quiero y respeto; pero hay en su vida un punto obscuro, una sombra que me gustaría despejar.

"Mi padre tenía confianza conmigo, y si no era muy cauteloso era muy cauto. No entraba así no más en confidencias. Se puso en guardia, y con esa voz que era un estilo en todos los hombres de la guerra de la Independencia —voz de bajo profundo, —que nos hacía tomarlos, a muchos de ellos, por más hombres que otros, me contestó, arqueando las cejas:

"—¿De qué se trata?

"Por el aspecto de aquella transfiguración instantánea, y conociéndolo algo, me dije: "A este toro hay que tomarlo por las astas."

"—¿Por qué se separó usted, tatita, de su primera mujer?

"Compuso toda la persona rectificando el desplante, aseguró las gafas y, como quien se prepara a templar un instrumento, arrancó de la garganta dos *¡hum!, ¡hum!* afinados, que suavizaron su voz:

"—¡Hijo mío!

"—Tatita..., soy, quizá, indiscreto...

"—¡No!... Pero, antes de contestar a tu pregunta, necesito explicarte que, en mi tiempo, si uno se prendaba de una muchacha no se la galanteaba como ahora... Óyeme: cuando en la iglesia, o pasando por su ventana, veía uno una joven que le gustaba, para ponerse en relación con la familia y acercarse así a ella, había que buscar una persona amiga de la casa, que diera los pasos consiguientes respondiendo de las buenas prendas del candidato y de sus honestas intenciones.

"Intertanto, las miradas furtivas al pasar por delante de la casa, al entrar y al salir, en la iglesia, no cesaban, esperando el día de la presentación. Las visitas se reducían a lo que verás:

"Había el estrado colonial: consistía en una pieza más o menos amueblada, con su correspondiente sofá o tarima, en algunas casas de ladrillo o adobe, generalmente, cubierta de alfombras y cojines. Ocupaba un testero. Enfrente se colocaban las sillas en semicírculo. En ese sofá se sentaban la dueña de casa, la madre, la abuela, las personas principales, en suma. Las jóvenes de la familia, sus amigas y los visitantes de toda edad, en las sillas... Aquello era seco, frío, aburrido. Al entrar y al salir le daba uno dos dedos de la mano a las personas mayores, y durante la visita apenas hablaba. Sólo, pues, con los ojos podía uno decirse mutuamente: "¡Te amo!"

"El tiempo corría. La obra de devastación era cada día mayor. Al fin nos sentíamos vencidos. El casamiento venía, y con él los desengaños respecto del carácter y otras particularidades.

"Nos casábamos sin conocernos. Eso me pasó a mí...

"Un día, cansado de mi matrimonio, me resolví:

"—*Polonia* —le dije a mi mujer: —*vista usted a los niños y póngase un rebozo, que tenemos que salir.*

"Obedeció. Era muy bonita. Con el rebozo estaba preciosa. Salimos. Me fuí a casa de sus padres, y les dije, mandándola a ella al comedor, para que no oyera:

"—*Vengo a devolverles a ustedes su hija.*

"Quisieron discutir, alzando la voz.

"—Nada de escándalo—les observé.—¡Sería peor! Esa señora es mi mujer, esos niños son mis hijos, ambos llevan mi apellido; yo pagaré lo que sea menester para que todos ellos vivan decorosamente. Pero, ni un minuto más viviré con ella.

"Hubo una pausa. Mi padre agregó:

"—*Así fué cómo me separé de Polonia.*

"—Tatita —repuse, —usted me dice *cómo*; yo deseaba saber *por qué*.

"—¡Hijo mío! Polonia era tonta, tonta de capirote. Para no hacerla infeliz, la devolví a sus padres. ¿Qué me hacía yo con un ente así en mi casa?

"Nos quedamos un brevísimo instante mirándonos. Luego continuó:

"—Tenía, además, otro defecto. ¡Atroz! Intenté curarla. ¡Imposible! Las costumbres crean una costra dura como concha de tortuga. La improlijidad de Polonia era insoportable. Ya sabes cómo soy yo en esa parte... *¡el aseo del cuerpo!...* Sin ese defecto, ¡quién sabe! Quizá me hubiera resuelto al martirio de vivir en común con una tonta. ¡Era tan linda!..."

La desigualdad en la posición social de los esposos es, a menudo, la causa principal de los divorcios. Ahora las chicas pueden elegir marido, sin aquella intervención familiar que tanto hacía rabiar a Mansilla.

—*¿Con qué cuenta usted, caballerito?* —preguntan los padres a los pretendientes.

—*Cuento con su hija, caballero.*

Y así salen las cosas. En el matrimonio el amor suele ser un estorbo para que la pareja se ame con amor. Además, suele venir el aburrimiento por incompatibilidad de caracteres. Un hombre de gustos plebeyos no siempre se siente feliz en contacto con una mujer de gustos refinados. Y viceversa...

En los diarios se ha publicado un telegrama de Moscú, dando cuenta de la condena aplicada a un obrero ruso, Iván Sheffelak, que robó tres mil dólares. Según el telegrama, el autor del delito —obrero tipógrafo— había contraído enlace con la princesa Kuraginia, alta representante de la aristocracia rusa.

—¿Robó para satisfacer los gustos de la mujercita aristocrática?

—¡No!

FUE CONDENADO EL ESPOSO DE UNA PRINCESA

Se trata de Ivan Sheffchak, casado con la princesa Kuraginia condenado a 5 años de prisión por defraudación

VIDA ARISTOCRATICA

(International News Service)

MOSCU, 31. — El obrero Iván Sheffchak, quien se casó con la princesa Kuraginia, alta representante de la aristocracia rusa, fué condenado a cinco años de prisión por haberse apoderado de 3.000 dólares de propiedad ajena.

El autor del delito declaró que necesitaba fondos para disimular el tedio que le causaba la vida con una aristocráta y que había deseado darse dos semanas de expansión con una plebeya, haciéndose acompañar durante ese tiempo por una vendedora de tienda.

En Joanesburgo volverá a presentarse el proye...

(1) "Mis Memorias". Garnier Hermanos. París. Página [illegible] y siguientes.

(Continúa en la pág. 47)



Angélica Palma, novelista peruana, autora de "Tiempos de la Patria Vieja" e hija del tradicionalista Ricardo Palma

FOTO N. N.

La tragedia española en América. Mujeres novelescas del Perú. Angélica Palma

Por

BERNARDINO MARTINEZ JARPA



CÓMO se hace una novela? — le preguntaron a Blasco Ibáñez.

— ¡ Haciéndola ! — respondió.

Ahí está lo difícil: *¡hacerla!...* A menudo acontece que un escritor cree hacer una novela y hace un par de botines. Otras veces, el escritor se propone hablar por teléfono y hace una novela. Es el caso de Angélica Palma, la escritora peruana, que se propuso, seguramente, hacer un libro de historia y ha hecho una vibrante novela de pasión.

¿Literatura peruana?

Ya nos parece ver el gesto de los lectores de EL HOGAR.

¡Uf!

La literatura peruana tiene pocos lectores en nuestro país. En las librerías no se encuentran libros del Perú. La culpa es del floripondio, que los peruanos han cultivado con exceso... Salvo muy raras excepciones de poetas auténticos, como Santos Chocano, Luis Fernán Cisneros y Alberto Hidalgo; los demás no se leen. Si alguien ha intentado leerlos, no ha tenido el coraje de llegar hasta el fin... Serán escritores de mucho talento, pero lo esconden de tal modo en su hojarasca, que no se les encuentra ese talento ni mediante una ley del Excelentísimo Gobierno. Todo se va en penachos de humo tropical...

Sin embargo, somos un poco injustos. Los mastodontes de las letras peruanas nos están haciendo olvidar a muchos nuevos escritores del Perú, novedosos y fuertes. Cansados también ellos de vivir en la frondosidad del floripondio, han dado con violencia las espaldas al Trópico.

Entre las mujeres, sobre todo, hay algunas escritoras como esta pintoresca Angélica Palma, cuyo talento pone ante su vida muchas peripecias. Es hija del viejo tradicionalista peruano don Ricardo Palma, que tuvo gran prestigio en la época literariamente ingenua en que los versos de Mitre eran como son ahora los versos de Lugones.

La propia Angélica fué la encargada oficialmente de recopilar las obras completas de su ilustre padre, editándolas en España. El rey Alfonso, entusiasmado con el talento de aquella linda chiquilla, le otorgó la Cruz de Alfonso XII, homenaje que, por primera vez, se hacía a una mujer.

La última novela de Angélica Palma se titula: "Tiempos de la Patria Vieja". Fué escrita para el concurso de novelas históricas celebrado en Lima, en 1924, con motivo del Centenario de Ayacucho. Obtuvo el primer premio.

Hemos dicho que se trata de una *novela de pasión* y no de *amor*, porque, en realidad, es la pasión la que incendia todo el libro, desde el principio hasta el final. Pasión de los tiempos viejos, en que los americanos peleaban como marroquíes para librarse de los españoles y en que los españoles se defendían como titanes para no perder estas tierras, que amaban como suyas.

Lo "nuevo" en esta novela no son los personajes, ni el ambiente colonial del Perú. Lo nuevo está en la manera de plantear el problema pasional entre los hijos del país, que se sienten dueños absolutos de su pedazo de América, y los colonizadores que vinieron de España para hacer esos hijos.

Toda la novela gira alrededor de dos hombres y una mujer. El protagonista principal es don Rodrigo de Hinestrosa, un hidalgo español que, desde joven, ha luchado contra los indios del Perú. Cuando los indios se han dejado vencer, sigue peleando todavía contra los hijos de españoles que aspiran a ser libres. Es



la tragedia del guerrero español educado en la escuela del Cid. San Martín y Bolívar son, para el viejo castellano, vulgares asesinos. Los odia, no con odio. Los odia con asco:

— *¡Perros! ¡Infames! ¡Traidores! ¡Todos ellos son hijos de españoles y se vuelven contra España que les ha dado cultura, fuerza, ¡idioma!*

Pero eso no es nada. Don Rodrigo de Hinestrosa se ha casado en el Perú y allí ha tenido dos hijos: un varón y una mujer. Constituyen el encanto del viejo guerrero. Rosarito, una gracia divina, y Fernando, orgullo de la estirpe.

Don Rodrigo ha criado a sus hijos en un devoto amor a España. Desde la infancia les ha inculcado la idea de que los hijos de españoles nacidos en América, son más españoles que si hubieran nacido en España. Pero es inútil. El aire de América no es el aire de España y los hijos se sienten tan hermanos que se consagran a la libertad de la tierra salvaje que les sirvió de cuna.

Una tarde el hijo del hidalgo huye de su casa para enrolarse en las filas del Ejército Libertador. Frente a Bolívar el muchacho se estremece de desilusión:

— *¿Es éste, realmente, el coloso de América?* — piensa Fernando. — *¿Es éste, tan flaco, tan amarillento, tan escuálido, el vencedor de aquellos guerreros españoles de renombre inmortal?*

No puede creerlo. Acostumbrado a pensar en las dificultades que debían afrontarse para obtener la independencia americana, creyó siempre que los libertadores tendrían que ser gigantes o vestiglos. Y se encuentra con aquel muñequito enfermo, metido en un traje sucio y arrugado, con la cabeza ceñida por un pañuelo blanco, como único remedio contra la jaqueca. ¿Aquél era Bolívar? Con hombres así, la causa de la Libertad "es una causa loca", como decía su padre.

Mientras Fernando observa al Libertador, oye que don Joaquín Mosquera interroga a Bolívar:

— *¿Y qué piensa usted hacer ahora, general?*

Bolívar se pone de pie. Levanta la cabeza y grita:

— *¡Triunfar! ¡Nada más que triunfar!*

Entonces Fernando, ante la vibración de esa voz de fuego, siente la necesidad de morir por la patria. ¡Aquel hombrecito es un dios!...

Entretanto, el viejo hidalgo al enterarse de la fuga de su hijo, y al enterarse de que su hija, Rosarito, arde en fuego de pasión por uno de los oficiales de Bolívar, no se queja, ni llora, ni ruge. Tranquilamente saca de un baúl su antiguo uniforme de soldado del rey. Una madrugada, mientras todos duermen, escapa como un chiquillo, para enrolarse en las filas del general Monet, jefe de las fuerzas realistas.

— No vengo tan sólo a ponerme a sus órdenes, mi general, — le dice Hinestrosa. — Vengo a rogar a usted, a exigirle, mejor dicho, ya que me autoriza mi condición de viejo y leal militar español, que me ocupe, sin escrúpulo, en el servicio de Su Majestad.

El hidalgo, viejo y dolorido, se rejuvenece cuando se siente otra vez entre los verdaderos defensores de España:

— ¿Estás contento, Hinestrosa?

— ¡Lo estoy! Voy a defender los derechos del rey.

— Tienes un hijo en las filas de los contrarios.

— ¿Un hijo? Cuando un español defiende a España y cuando la defiende de los ataques de sus propios hijos, ¿qué importa la familia? ¡Púf!"

Y a pesar del gesto de repugnancia que tuerce su boca de soldado, dos lágrimas de dolor nos lo humanizan.

Se produce la batalla de Ayacucho. El entrevero es formidable.

Sucre, a caballo, recorre la línea de batalla. Al llegar al centro grita a los libertadores:

— *¡Soldados! ¡De los esfuerzos de hoy depende la suerte de América!*

Córdoba, viendo a las fuerzas de Monet dirigirse contra el ala derecha que él comanda, — compuesta por los batallones Bogotá, Voltígeros, Caracas y Pichincha, — da esta voz guerrera, que resuena en la historia americana con ecos de epopeya:

— *¡Armas a discreción y paso de vencedores!*

La carga se produce. Una hora y cuarto dura la batalla de Ayacucho, pero esa hora y cuarto basta para destruir, por siempre, el dominio de España en América.

Ningún triunfo guerrero resulta más caballeresco que el de la batalla de Ayacucho. Sucre, el vencedor, invita a su mesa a todos los jefes vencidos y a todos los hidalgos que pelearon en favor de España. Terminado el almuerzo, Sucre se pone de pie y brinda por el general Valdés, jefe de las fuerzas españolas:

— *Bebo por el que, si hubiera nacido en América, habría sido el primer defensor de su independencia,* — e inclinándose en señal de despedida, abandona rápidamente el rústico comedor, para librar a Valdés del compromiso de contestarle.



Batalla de Ayacucho, por Tolmo

(Continúa en la pág. 65)

Una historia de amor

Por LUIS CANÉ

Ilustración de Lino Palacio



ME aproximé a la rueda de amigos en momentos que Carlos Vélez empezaba a hablar. Diego Montes, que se hallaba tirado en el sofá y con los pies colocados en un sillón de mimbre, encogió las piernas y me ofreció el asiento con un gesto de fastidio. Luego se puso de espaldas, volvióse hacia el respaldo, se sentó un momento y acabó por tenderse otra vez, en sentido contrario al que tenía cuando yo llegué. Entonces pareció haber encontrado una postura cómoda, y se quedó quieto.

— Para desdicha de mi orgullo varonil — decía Carlos, — nunca he sentido ni inspirado grandes pasiones. El amor ha sido siempre, para mí, un ejercicio agradable y armonioso que he practicado con normalidad... No creo que, humanamente, una mujer pueda entusiasmar más de tres o cuatro días, ni interesar más de un mes. La mujer amada, por encantos que tenga, se parece a los tangos y shimmys de moda: acaba por hacerse intolerable.

Diego Montes se removió en el sofá, y gruñó de mal modo:

— ¡Valencia!

— Por eso es que nunca he tenido una verdadera historia de amor — prosiguió Carlos.— Apenas, apenas si cuento con historietas.

— Sin embargo — apuntó Rolando Suárez,— el caso de la dama del "Poker Bar" me parece una historia sin desperdicio.

Carlos sonrió levemente, fijó en un punto lejano sus tranquilos ojos grises, y concedió:

— Tal vez.

Todos guardamos silencio. Carlos Vélez, a pesar de no tener más de treinta y dos años, representa seis u ocho más. Elegante, ágil, de rostro fino y amable, tiene los ojos grises, en los que se refleja una indefinible melancolía.

— Desde 1914—dijo, dispuesto a referir la historia aludida por Rolando, — en que llegué a Buenos Aires a cursar los estudios universitarios, hasta 1922, casi todas las noches, después de comer, tomaba mi café en el "Poker Bar". A esa hora, el local, cuya capacidad resulta reducida a las horas del te y del aperitivo, ofrece una soledad de reposo, semejante al silencio que sucede a la representación en los teatros. Vacío de ese público que allí se renueva constantemente entre cuatro y siete y media de la tarde, uno se deja estar en él, tan a gusto como en esa actitud despreocupada con que se conversa con una mujer a la que se ha amado hace algunos años y cuya presencia no revive ya el lejano fervor del corazón cansado.





"Invariablemente, ocupaba la mesa del rincón donde está el reloj, y me sentaba dando frente al salón. Hasta pasada medianoche, en que después de los teatros suele cobrar el "Poker" alguna animación, rara es la noche que se cuentan allí más de veinte o treinta personas, que casi siempre son las mismas.

"Al poco tiempo de concurrir al 'Poker" advertí que, los lunes, miércoles y viernes, iban también a tomar café un matrimonio de ancianos y una niña como de diez y ocho años. Sentábanse a una mesa vecina a la mía; el mozo les servía café dos veces, y allí se quedaban un rato largo conversando de cosas indiferentes.

"La muchacha, blanca, ligeramente sonrosada, fina sin ser delgada, era uno de esos tipos de belleza serena que son tan escasos en las mujeres de esa edad, cuando el júbilo de ser jóvenes las vuelve inquietas, manteniendo despierto en ellas a toda hora el afán de llamar la atención con gestos de agresivo desenfado. Tenía los ojos grandes y azules, y la boca breve, un poco ancha en favor de los labios deliciosamente gruesos. Su sonrisa era fácil, natural, cordial, y su mirada diáfana como sus ojos. Una sola vez advertí en ella un gesto insólito: llevaba sombrero nuevo, y se lo quitó. Pero fué un caso necesario: era un sombrero que debía ceñirle demasiado la cabeza, pues no volví a verla con él.

Diego Montes cambió de postura en el sofá y lanzó un rural resoplido.

— Estaba bien dentro de aquel ambiente y en compañía del matrimonio de ancianos — continuó Carlos. — Yo procuraba llegar al 'Poker' antes que ellos, y, al verlos entrar, fingía leer en el diario, que nunca me faltaba sobre la mesa. Alguna vez me pareció que la señora y la niña cambiaban un imperceptible gesto de referencia a mí, que, siempre solo, con mi taza de café y mi copita de kummel por delante, debía parecerles una figura complementaria de la sobria decoración de aquel rincón del bar. Cuando se retiraban, siempre antes que yo, la muchacha lanzaba hacia mi mesa una mirada furtiva que, invariablemente, se encontraba con mis ojos puestos en ella... Y estoy seguro que, más de una vez, ya en la calle, volvió la cabeza para ver si yo la seguía.

"Pero nunca la seguí... Los lunes, miércoles y viernes la esperaba con cierta deliciosa impaciencia. Me gustaba verla, sentirla cerca; oír su voz, su risa... Su presencia me consolaba de muchas cosas de mi vida, y más que nada del desabrimiento que siempre me ha producido el trato con toda esa gente que uno está obligado a frecuentar diariamente, por mil motivos diferentes. Yo iba al "Poker" del mismo modo que el creyente sincero va al templo. Una extraña fe me impulsaba a admirar a aquella desconocida: la fe de que ella era distinta a las demás.



"Así transcurrieron dos años, sin que ella tuviera nunca un gesto de desdén para mi actitud invariable; ni jamás noté en ella un movimiento de ostensible coquetería dedicado a mí, o de estímulo a mi decisión. Siempre serena y discreta, sólo me daba a entender con una que otra mirada que estaba enterada de mi existencia.

"Una noche llegó con ellos un joven, que siguió acompañándolos durante mucho tiempo. Desde entonces, ella no volvió a mirar hacia mi mesa, al retirarse, y cuando, durante la conversación, sus ojos se dirigían a mí, jamás se violentó, apresurándose por apartarlos.

"Pasó el tiempo y dejaron de ir al "Poker". Como al mes de ausencia, el matrimonio de ancianos volvió solo. Recuerdo que entraron, se sentaron a la mesa habitual, tomaron el café sin cambiar una sola palabra, y se retiraron en seguida. La señora me estuvo observando casi todo el tiempo; dos o tres veces que la miré bajó los ojos, confundida.

"Pasaron seis meses sin volver al "Poker". Entretanto, di como un hecho indudable que ella se había casado, y pensé que, acaso, anduviera de viaje por Europa o hubiera tenido que radicarse fuera de Buenos Aires...

"Una noche entraron los cuatro al "Poker", y, por primera vez en tres años y medio de contemplación tranquila y muda, sentí sobresaltárseme y palpitar con violencia el corazón. Ella, en una mirada rápida, fugaz y aparentemente natural, pero de la que hasta ella misma pareció sorprenderse, me hizo una confesión violenta e incontenible. Una ligera palidez asomó a su semblante... Mejor que si me lo hubiera gritado, comprendí que era desdichada.

"Desde entonces volvieron al "Poker" con alguna frecuencia... Sólo con verla, yo reconstruía, mejor que si me la refiriese, toda su vida conyugal de desencantada.

"No era el matrimonio de caracteres opuestos ni el que vive las horas íntimas en violento desacuerdo. Ambos eran cariñosos, complacientes, tolerantes, y se advertía que por todos los medios suaves procuraban, en vano, acercarse a través de un algo sutil, indefinible e inexplicable que los distanciaba.

"Al iniciarse mil novecientos veinte desaparecieron del "Poker", y no volví a saber de ellos durante dos años.

"Ella, en mi recuerdo, era la única mujer que habiendo pasado cerca de mi vida me había proporcionado las emociones más delicadas. Le estaba agradecido de todo: de que fuera hermosa, de sus actitudes, de su serenidad... Acaso, en el tiempo que hacía que no iba al "Poker", hubiera sido madre; acaso estaba desmejorada... Yo le agradecía también esa ausencia prudente que me permitiría guardar intacta en mi memoria la imagen de aquella desconocida, siempre armoniosa y nunca desdeñosa ni ofrecida para mi admiración.

"Sin embargo, a veces, el corazón se me rebelaba agitado, pero no me vencía. Por otra parte, yo no conocía de ella ni su nombre ni su domicilio... Y para perderla del todo, dejé de ir al "Poker" los lunes, miércoles y viernes.

"Un jueves a mediodía, al atravesar una calle, hube de detenerme en mitad de la calzada para dar paso a un automóvil particular. Al mirar hacia el interior del coche vi al matrimonio de viejitos que acompañaban a ella al "Poker Bar". La señora, que me había reconocido, me miraba con una expresión tal que no me dejó dudar de la impresión que le produjo el encuentro. Su actitud fué de llamarme, hablarme... ¡no sé!... algo que me preocupó. Cuando el automóvil hubo pasado, miré el número de la chapa y lo retuve.

"Todo el día anduve impresionado por el encuentro, y en vano quise olvidar el número del coche; lo recordaba constantemente.

"Aprovechando que era jueves, esa noche fuí al "Poker". Sentado a mi mesa, pensaba en otras noches de cinco, seis, siete años antes, cuando ella entraba con el matrimonio de ancianos.

"En un momento en que tenía fijos los ojos en la puerta la vi aparecer. Iba acompañada por una joven rubia... Estaba pálida... Vestía de luto; pero un luto ya liviano... Apenas abrió la puerta, miró hacia mi mesa, dijo algo a la amiga, y ambas entraron; ella adelante... Al llegar a la mesa que antes ocupaba siempre, hizo sentar a su acompañante, dándome la espalda.

"Estaba más hermosa que nunca; la palidez

(Continúa en la pág. 68)



"...y nadie sospechó que una sinfonía de Beethoven pudo tener virtud para..."

La virtud de la música

Por MANUEL BUENO

Ilustración de John La Gatta

L concierto empezaba. Eran cinco los músicos: el pianista, un hombre de fornida armazón muscular, y con los ojos tan a flor del rostro, que no parecía sino que espiaban un descuido del interesado para desertar de las cuencas orbitarias; un violoncelo, por cuyos trastes erraba la distraída mano de su dueño, tipo desmedrado, ventrudo, calvo, que lucía una condecoración extranjera en el frac; dos violines que, a cumplirse los pronósticos de los críticos, debían pasmar el auditorio; y una viola, elemento musical interinamente allegado, y cuya decorosa inferioridad se esperaba fuese disimulada por el efectivo valer del conjunto.

El público, libre a la sazón de la avidez curiosa que despierta la fábula escénica, no daba el menor indicio que tradujese afán de escuchar música. Íbanse ocupando las localidades con acompasada lentitud, y ni los que ya estaban instalados adentro descubrían la excusable impaciencia del que mira cercano el deleite espiritual, ni los que afuera de la sala aventaban el fastidio con la conversación se dieron prisa por acomodarse en sus asientos. Desde el pasillo que separa las butacas pares de las butacas nones, el señorío donjuanesco asediaba con los gemelos a las damas sentadas en los palcos.

Un golpe del pianista sobre el atril y el timbre de llamada coincidieron para anunciar que el concierto empezaba. El taconeo de los rezagados, que se precipitaron a recobrar sus puestos, ahogó las notas preliminares del quinteto. Oliverio Montoya, que había permanecido de pie enfrente de una platea, apresuróse a ocupar su sitio en la primera fila de butacas. Era un muchacho de adusto empaque, erguido sin presunción de altanería, destacándose como distintivo de su rostro unos ojos azules que expresaban alternativamente la crueldad y la ternura, y una boca de labios irónicos. Era fervoroso por la música, y si le hubieran invitado a ser veraz y franco, habría dicho que las demás variedades del arte no le emocionaban. Los viajes, los libros, los deportes en que se recrea la juventud, eran para él algo muy secundario, que rara vez echaba de menos. Lo que le sacudía el espíritu, exaltándole hasta el frenesí, era la música. Le redimía de sus preocupaciones, aliviaba sus tristezas, infundiéndole íntimos y duraderos consuelos. En la trama de su vida sentimental los recuerdos andaban enlazados con las emociones musicales, y al modo como en ciertos seres un perfume renueva la visión de una mujer, o un semblante entrevisto al pasar aviva el recuerdo de un sitio, una sonata de Beethoven, una balada de Schumann, o una sinfonía de Mozart despertaban en Oliverio Montoya toda una serie de remembranzas placenteras o tristes. Su memoria auditiva era tan aguda como exagerada su cortedad visual. El primer número del programa, una partitura de Haydn, le dispuso el ánimo para el recogimiento. Era una música casi religiosa, con vagas y ensoñadoras intercadencias; una música que evocaba en el espíritu de Oliverio la visión quimérica de un amor inmaculado. Imaginaba haber amado en otro tiempo a una niña todo inocencia, y que transcurridos los años, desilusionado y errante, volvía nostálgico de aquel amor cuando ya su adorada habitaba tras de las rejas de un convento. Su espíritu, ocioso y enardecido por la sugestión musical, recreábase en aventuras imaginarias que le manumitían temporalmente de la esclavitud de la vida.

La sinfonía 13ª de Schumann, toda languidez y ternura, orientó sus pensamientos en otra dirección. Veía el campo en su primitivo sosiego; aquí un caserío entre verdores que iluminaba el sol, allá un riachuelo de sesgado curso, y más lejos el hato: una muchacha rubia como la Dorotea de Gœthe, cuidando de las traviesas ovejas. A la música de Mendelssohn, que se le antojaba incolora porque no le sugería nada, siguió en turno la *Appassionata* de Beethoven, la obra maestra de imperecedero recuerdo.

¿Beethoven? A los ojos de Oliverio Montoya estaba en una categoría casi divina. Era su confidente, el explorador de su alma, el que le ayudaba a vivir, a querer, a olvidar. Toda su vida espiritual estaba subordinada a la inspiración del músico. En sus sinfonías encontraba los complejos matices de su alma, sus indecisas transformaciones sentimentales; el deliquio tierno, la pasión, el odio, la inquietud, el cansancio, la pena intensa, el consuelo inefable, el olvido bienhechor. ¿Beethoven? Nadie le aventaja en hondura lírica. Las almas solitarias, las almas rebeldes que emigran al país del ensueño por asco irrechazable de la realidad, no se ponen al habla con otro músico que no sea Beethoven. A él, mago clemente, acuden en sus horas de tribulación, y él vierte sobre la cuita ajena el milagroso bálsamo de sus extraños ritmos.

Oliverio Montoya escuchaba subyugado el segundo tiempo de la sonata, aquel andante que no se puede oír sin que se le encalabrinen a uno los nervios. En la unción casi religiosa con que atendía la voz multisonora de los instrumentos, se juntaban dos estímulos: el de la música soberana y el recuerdo de una mujer. "También a ella le gustaba esta sonata—pensó;—también era su ídolo nuestro Beethoven." Una ráfaga de melancolía le sobrecogió. La veía mentalmente, hermosa y huraña, esquivando con displicencia las excusas de él, que imploraba el perdón de un agravio involuntario. "¿Por qué se acabó aquello? Yo la quería con enfebrecida ternura; puse en aquel amor la fe que se desviaba de las cosas santas y eternas, asocié mi alma a la suya creyendo que mi dicha no sería posible sin su dicha... ¿Y ahora? ¿Por qué se deja de amar?..." Una rima del bondadoso Campoamor le atajó en sus reflexiones:

Pasa un viento arrebatado,
viene amor, y a dos en uno
funde Dios;
sopla el desamor helado,
y vuelve a hacer importuno
de uno dos.

Oliverio Montoya, retrepado en su butaca, parecía dormir. Su espíritu se arrebujaba en un manto de recuerdos felices, aislándose en las horas pasadas, como si su vida se rigiese en ese momento por un meridiano imaginario.

El procedimiento usual para computar el tiempo le parecía risible y caprichoso.

Figurábase en la plenitud del amor y de la felicidad, en la época lejana en que quiso y le quisieron, en un presente venturoso e inacabable.

La casualidad le hizo desviar los ojos, que convergieron a lo alto, como si buscaran un apoyo para el ensueño de la mente.

Aquel impensado movimiento le trajo fortuna.

Arriba, en uno de los palcos de segunda fila, vió un rostro conocido, un rostro de mujer que le solicitaba con la mirada, que le llamaba con vivas instancias, invitándole a un inquebrantable armisticio de amor.

"He soñado como tú — parecían decirle aquellos ojos divinos, — y he pensado en la resurrección de nuestra dicha."

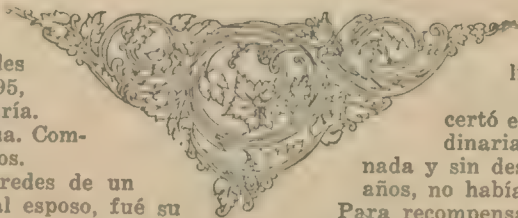
Oliverio Montoya no aguardó más. Dejó su silla, y antes que la orquesta finalizara una fuga de Bach, plantóse de dos zancadas arriba, en el umbral del palco.

Ella, de pie y trémula de emoción, le esperaba tras de la cortina de terciopelo...

Y nadie sospechó que una sinfonía de Beethoven pudo tener virtud suficiente para reconciliar aquellos amores...



Madame Curie





CUANDO los asiduos concurrentes de la Sorbona vieron sentarse entre ellos por vez primera a la joven María Sklodowska, su indiferente mirada hacia la extranjera estaba lejos de ser una profecía.

Pronto modificaron esa actitud.

La superioridad de esta mujer de excepción no pudo pasar inadvertida mucho tiempo en ese ambiente de estudiosos. Al salir de Varsovia, su ciudad natal, llevaba consigo un caudal de estudios nada despreciable, que se proponía aumentar en París.

No es la ciencia una esfera de atractivos para la mujer en general. María Sklodowska apasionóse por ella, y obtuvo el título de licenciado en ciencias físicas y matemáticas, doctorándose más tarde. Presentó un notable trabajo sobre las substancias radioactivas.

La poderosa inteligencia de la joven polaca, su curiosidad y contracción al trabajo sorprendieron en más de una ocasión a sus profesores, entre los cuales estaba Pedro Curie. Muchos años había vivido el sabio en la obscuridad, entregado a pacientes trabajos de investigación, junto con su hermano Jacobo, hasta que pasó como profesor a la Sorbona.

Joven aún, era ya ventajosamente conocido como físico de los más distinguidos, debiéndosele descubrimientos tan interesantes como los fenómenos llamados de piezoelectricidad o de la dilatación eléctrica de los cristales, así como las propiedades mecánicas y geométricas de los mismos. Su mejor discípula era María, quien admiraba al maestro y le auxiliaba en sus investigaciones con toda fe y entusiasmo de su juventud.

Era natural la corriente de simpatía establecida entre tan poderosos cerebros, enriquecida luego por una ternura que les llevó a fundir sus vidas en único ideal. Casáronse en 1895, cuando Curie contaba treinta y seis años y veintiocho María.

Desde ese instante trabajaron juntos, sin descanso ni tregua. Compartieron las penalidades y luchas de comienzos dificilísimos.

Madame Curie enterró su juventud entre las cuatro paredes de un laboratorio, ignorando el resto del mundo. Siempre junto al esposo, fué su más asidua y eficaz colaboradora. Sus nombres van unidos en el descubrimiento del radio, ese mineral que está llamado a producir una verdadera revolución en la ciencia moderna.

¿Cómo no recordar el prodigio? Parece que fué ayer cuando los esposos Curie sacaron a la luz este elemento que permaneció oculto durante millones de años.

Era en el año 1898. Corrióse el rumor de que el nuevo elemento venía a cambiar la marcha del mundo. Todos los procedimientos entonces existentes para obtener la energía serían arrinconados; curaríanse las enfermedades reputadas incurables y los mismos cimientos de la ciencia serían demolidos. Esto era más que suficiente para despertar el interés general.

El profesor Curie y su esposa emprendieron una serie de importantes investigaciones para cerciorarse de que la radioactividad se debía al uranio mismo y no a las impurezas en él contenidas.

Al experimentar con varias muestras de pechblenda, substancia natural mineral, de la que se obtiene el uranio, los Curies observaron que algunas muestras de pechblenda eran más radioactivas que el mismo uranio. Se propusieron acorralar la substancia productora de los fenómenos radioactivos, eliminando los distintos ingredientes de la pechblenda.

Para su investigación necesitaban grandes cantidades de esta substancia, y usaron los "desperdicios" dejados por la industria de colorear el cristal de Bohemia.

El gobierno austriaco puso muchas toneladas de estos desperdicios a la disposición de los Curies, quienes improvisaron una refinería en los alrededores de París.

Por fin, después de análisis químicos muy complicados, consiguieron aislar tres substancias radioactivas diferentes: el "polonium", el "radium" y el "actinium".

Una de estas tres substancias se encontró en cantidades mayores que las otras dos, si es que puede emplearse la palabra cantidad al hablar de substancias radioactivas. El total de productos radioactivos contenidos en ocho toneladas de pechblenda, cabría en una moneda de diez centavos.

Madame Curie bautizó a la principal substancia radioactiva con el nombre de "radium".

Una de las cosas que más parecía interesar al público fueron los precios exorbitantes que alcanzaban las muestras de radio, pero no hay que asombrarse de ello si se considera el enorme trabajo que requiere su extracción. Cuando se enteró la gente de que el radio era tres mil veces más caro que el oro se interesó, naturalmente, por esta substancia, pero tal vez hubiera sufrido una decepción al saber que, en proporción, hay menos radio en la pechblenda que oro disuelto en el agua del mar.

Otro de los puntos que apasionó al público fué que el radio tuviera un efecto manifiesto sobre el cuerpo humano.

El profesor Becquerel, para su desgracia, descubrió esta propiedad del nuevo elemento.

En ocasión de ir a Londres para dar una conferencia, llevaba en un bolsillo del chaleco una pequeña muestra de radio guardada en una cajita, y observó al cabo de unos quince días, que se le enrojecía la piel debajo de dicho bolsillo.

Declarósele en ese sitio una dolorosa úlcera que tardó varias semanas en curarse.

También el profesor Curie advirtió que tenía daño en las manos, algún tiempo después de dar una conferencia en el Real Instituto de Londres, durante la cual manipuló radio.

Los Curies observaron muy pronto que la radioactividad es contagiosa, pero no de un modo permanente. Esta "radioactividad adquirida" duraba algunas horas, a veces algunos días.

Observóse que, así que se apartaba el radio, la substancia contagiada empezaba a perder sus propiedades adquiridas.

El mismo experimentador se volvía radioactivo y bastaba su presencia para descargar un cuerpo electrizado y para afectar los instrumentos de medición eléctrica. En vano procuró Curie quitarse de las manos aquella propiedad adquirida, y pudo darse por satisfecho de que ella no fuera permanente. A no ser así hubiera quedado imposibilitado para manipular aparatos delicados de medición eléctrica.

El cuerpo nuevo descubierto por los esposos Curie desconcertó en un principio a físicos y sabios por sus propiedades extraordinarias. Irradiaba, gastaba energía, calor y luz, sin haber recibido nada y sin descomponerse, puesto que, después de haber irradiado durante años, no había perdido la más mínima fracción de su peso.

Para recompensar su grandioso descubrimiento, la Academia Real de Estocolmo dividió, en 1903, el premio Nobel de ciencias y físicoquímicas entre estos dos sabios y el profesor Becquerel, quien había anunciado en 1896, poco después del famoso hallazgo de Roentgen, que los compuestos del uranio emitían radiaciones parecidas a los rayos X.

El gobierno francés creó para Curie una cátedra de física general en la Sorbona y le concedió una importante subvención con objeto de que pudiese instalar dignamente su laboratorio, modestísimo hasta entonces. A él dirigíase en la mañana del 19 de abril de 1906, por la calle de la Delfina, cuando un camión lo arrolló, causándole heridas mortales.

Este accidente privó al mundo civilizado de uno de sus sabios más ilustres. Tan modesto como sencillo, rehusó Curie la condecoración de la Legión de Honor, alegando que su esposa la merecía tanto como él.

Viuda, madame Curie sucedió a su esposo en el desempeño de la cátedra, siendo la primera vez que una mujer tenía acceso en Francia a la enseñanza superior.

Y que María Curie fué acreedora a tan alta distinción lo demuestra el hecho de haber proseguido con todo éxito los trabajos emprendidos por el esposo, siéndole concedido en 1911 el premio Nobel.

Venciendo el convencionalismo que movió la oposición de no pocos hombres de talento, ingresó en la Academia Francesa de Ciencias, teniendo asiento en esta docta institución, a despecho del reglamento, que prohibe a las mujeres formar parte de la misma.

Goza madame Curie de la admiración y cariño del mundo entero, y para bien de la ciencia prosigue incansable sus estudios de laboratorio. A él dedica todas las horas que le deja libre su cátedra de la Sorbona.

Pero no está sola. Su hija Irene comparte las tareas de investigación con acierto tal que su nombre no es desconocido, a pesar de sus pocos años. En 1925 se doctoró en ciencias y lleva camino de ser ilustre heredera de un nombre ilustre.

La laboriosidad de madame Curie es tan asombrosa como su fortaleza física. El mismo espíritu inquieto que mostraba en su tiempo de alumna en la institución que hoy honra con sus lecciones, anímala aún, dando a su figura, ya venerable, una aureola de cálida simpatía.

No se ha borrado de nuestra mente el recuerdo de



FOTO WYNDHAM

Madame Curie, que prosigue con éxito la obra iniciada por su esposo, relacionada con el descubrimiento del radio

(Continúa en la pág. 44)

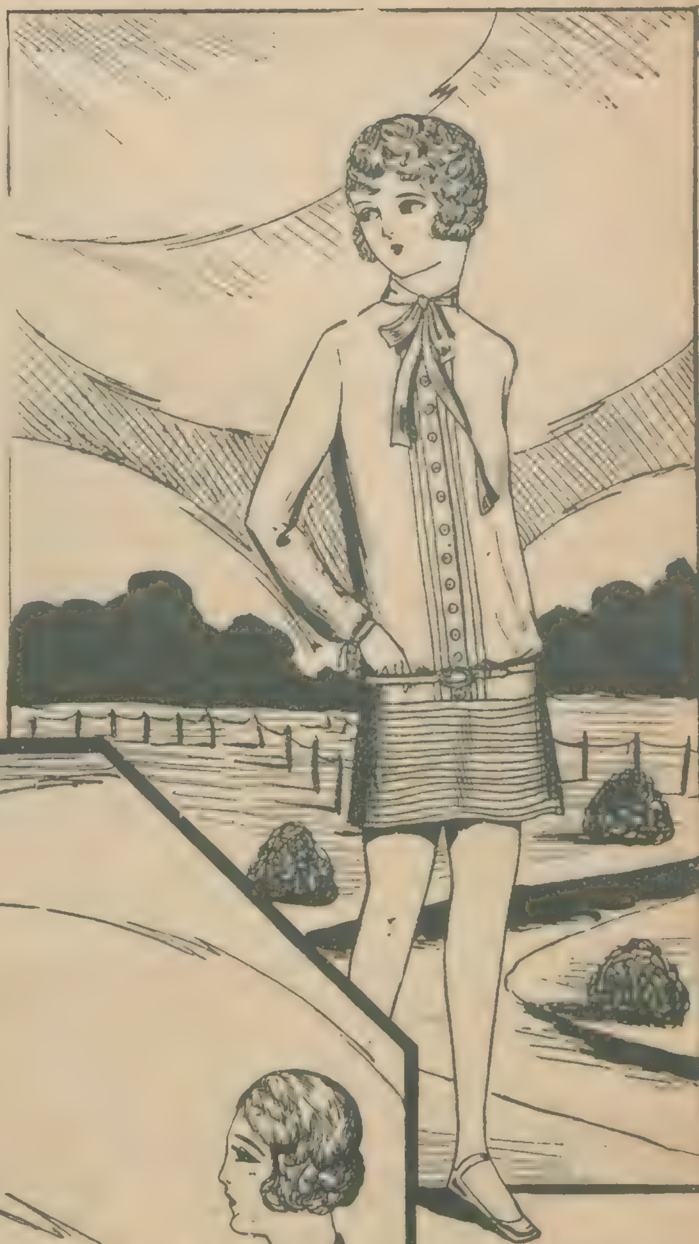


El arte de realizar elegancias económicas

Medios fáciles para alargar los vestidos infantiles

Por

MIGNON





HOY, simpáticas lectoras, les toca el turno a los niños. Las pequeñas elegantes también reclaman nuestra atención, y, muy gustosas, se las concedemos. ¿Y por qué no? ¿Acaso sus toilettes no preocupan a sus mamás tanto como las de ellas mismas?

También las pequeñas coquetas se acostumbran y se encariñan con determinados vestiditos, siendo motivo de serias penitas el tener que abandonarlos, porque, en virtud de su rápido y lozano crecimiento, los trajecitos se han acortado en una forma alarmante.

Ayer, sin ir más lejos, he presenciado una escena sumamente graciosa: una amiguita nuestra, que se disponía a salir acompañada por su nena, había ordenado a la niñera que la vistiese con uno de sus trajecitos más nuevos y monísimos; pero la pequeña se había encaprichado en lucir uno de sus encantadores vestidos del año pasado. El vestidito, por su belleza, realmente era digno de tal preferencia; pero su cortedad hacía imposible satisfacer el capricho de la nena. Sólo consintió en ser vestido después de prometerle que al día siguiente se buscaría un medio de alargar el vestidito a que tanto cariño dispensaba.



¿Cuántas veces, lectoras gentiles, no os habréis encontrado ante el mismo problema, sin pensar que su solución es de las más sencillas?

Porque, en verdad, nada es más fácil que alargar un vestido de nena.

He aquí, ilustrando estas páginas, seis modelos que lo prueban hasta la evidencia. Lo único que es preciso para realizar el "milagro" es un poco de voluntad para hacerlo y otro poquito de esa habilidad y buen gusto que caracteriza a toda mujer elegante. Véase si no.

Nuestro primer modelito presenta un vestido de terciopelo inglés color rojo. Para alargarlos se ha recurrido a un canesú de taffetas escocés, siendo éste uno de los recursos más admirables para que un vestido infantil, destinado al olvido, recobre toda su belleza.

El segundo modelo es de crêpe de China, color verde, y para alargarlo

(Continúa en la pág. 46)



"...Eres un guapo mozo; repara en mí..."

Azules, pardos y negros

Por

MIGUEL RAMOS

Ilustración de Bouché





TRABAJABAN los dos obreros en la misma nave de la fábrica.

Bajo las correas de la máquina estrepitosa, que daban vueltas incesante moviendo las ruedas engrasadas, los hombres y las mujeres se hallaban separados por un férreo balaustre de poca altura, la necesaria para marcar la división entre ellos y ellas.

"Él", dedicado a rudísimo trabajo en un batán de donde el vapor salía acompasadamente en blancas nubecillas, como bocanadas del aliento de un monstruo, estaba con la blusa azul empapada de sudor, arremangados los brazos nervudos y mostrando el pecho de adolescente, desarrollado por aquella gimnasia que robustecía los músculos.

"Ella", ante un aparato que convertía las húmedas guedejas de lana en ingrávida tela, que se enrollaba en un gran cilindro y desaparecía por un boquete abierto en el suelo, cuidaba sólo de que el mecanismo funcionase con regularidad, con trabajo poco penoso, propio para seres de escasa fuerza. Vestía de negro y cubría su cabeza gentil con un pañuelo blanco, bajo el cual asomaban, como escapándose, ricillos dorados de una ondulante cabellera.

"Él" tenía los ojos negros; "ella", azules.

II

A pocos metros de distancia, oyendo sin cesar el ruido ensordecedor de la maquinaria, veíanse todos los días en las horas que duraba el trabajo. Cuando llegaba la de la comida y el descanso, "Ella" se iba con las obreras y "Él" con sus compañeros.

Bien hubiera querido "Él" hablar con "Ella", decirle algo, siquiera un "buenas tardes" afectuoso; pero estaba prohibida la conversación de los obreros en las naves, bajo severísimas penas, y al salir de la fábrica, lo mismo que al entrar, "Ella" iba siempre acompañada por su madre, una vieja con cara de pocos amigos.

La fábrica estaba en el campo; vivía "Él" a seis kilómetros de distancia, y para recorrerlos a pie al ir y al volver no tenía tiempo de entretenerse si había de llegar con puntualidad al trabajo y a cenar con su madre, que lo esperaba impaciente en la aldea.

"Ella" debía de vivir también muy lejos y por el lado contrario; no había, pues, ocasión ni medio de comunicarse

III

LA primera vez que se hablaron con los ojos, único diálogo posible, los negros dijeron así a los azules:

—¡Qué bellos y qué dulces sois! Parecéis dos pedazos de cielo.

Y los azules, después de parpadear tímidamente, contestaron:

—Sois muy hermosos; parecéis dos cuentas de azabache y brilláis como soles.

Desde aquel día los azules y los negros siguieron hablando siempre que pudieron, entre el zumbido de los volantes y el fragor horrible de las poleas y el golpe rudo de los batanes y el rechinar de los cilindros, aprovechando un segundo, relampagueando como centellas.

Por las mañanas no faltaba el saludo, la bienvenida, cada vez más expresiva y cariñosa; por las tardes la despedida, el adiós de los enamorados, tan triste aunque sea "hasta luego".

En medio de la continua tarea, los negros decían algunas veces:

—¡Qué trabajo tan rudo! Y, sin embargo, temo que llegue la hora del descanso, porque es la hora de no verte. Aquí, junto al batán que abre los poros de mi carne y rinde mis fuerzas, soy dichoso, porque puedo mirarte.



Los azules contestaban:

—¡Qué aburrimiento! Cuidando de que la telilla apenas formada no se enrede y siga su curso siempre igual, inacabable, como los días que no te veo, me consuelo no más mirándote a hurtadillas de todos.

—Aquí — dicen los negros — está prohibido el hablar; pero eso no reza con nosotros. Qué cosas te digo, ¿eh? ¿Las entiendes todas?

—¿Cómo lo dudas, si ves que te contesto?

IV

OTRA obrera, jovencita también, muy linda y vivaracha, vino a ocupar puesto junto a la de los ojos azules.

El obrero la miró con indiferencia; pero la miró. Los ojos azules, al notarlo, chispearon de ira y de celos.

—No seas tonta — dijeron los negros con vehemencia, — no quiero a nadie sino a ti, ni hay para mí en el mundo más mujer que tú.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Es que si me hicieras traición, me moriría.

Y al decir esto se humedecieron. Los negros entonces, ardientes como ascuas, hicieron protestas de un amor infinito, y las dos miradas en el espacio se dieron un beso dulce, casto, prolongadísimo.

V

LA obrera recién venida, la que despertó los celos de los ojos azules, los tenía pardos, muy grandes y muy expresivos: unos ojos habladores y chispeantes de gracia.

Bien pronto sorprendieron el diálogo mudo de los enamorados, y al cruzar una mirada con la del obrero, le dijeron así:

—Eres un guapo mozo; repara en mí, que tampoco soy despreciable. Esta rubia es muy sosa.

Y esto lo decían como haciendo seductoras promesas. Podía decirse que al hablar de aquella manera sonreían.

En tanto los azules miraban amorosos, llenos de candor y de inocencia.

Los ojos negros dijeron a los pardos:

—Sí que sois rasgados y hermosos; vuestras pupilas lucen alegres como una fogata entre esas pestañas sedosas y largas; pero aquellos azules tienen una dulzura que embelesa.

VI

UNA tarde, al salir de la fábrica la obrera de los ojos pardos, ligera y decidida, sin recatarse, a la vista de todos, tomó el mismo camino que el trabajador de los ojos negros.

Éstos, que siempre a hurtadillas de la madre, rígida y seria, se despedían de los azules con una mirada intensa y larga, dijeron un adiós muy cariñoso, más apasionado que nunca para contrarrestar, sin duda, la penosa impresión que les produciría ver a la obrera de los ojos pardos seguir aquel desacostumbrado camino.

Los ojos azules siguieron la marcha del obrero, no tan lenta como otros días, hasta que desapareció tras un recodo, y, entonces..., se llenaron de lágrimas.

Pocos momentos después, el trabajador y la obrera no hablaban con los ojos, sino con los labios. Conversación alegre, propia de gente moza; diálogo más picaresco que amoroso y con más risa que palabras.

Los dos compañeros de trabajo separáronse pronto, porque ella vivía también lejos y en dirección contraria; pero entre bromas y veras, quedaron citados

(Continúa en la pág. 60)


Vicente Fidel López

Deformaciones de la historia argentina

Por

JUAN DE LOS S. ARENAS





PEQUEÑO de estatura, grande en el vuelo de su cultivada inteligencia, era el doctor Vicente Fidel López, hermano paterno del Himno Nacional, como le llamaron sus contemporáneos, por ser hijo de don Vicente López y Planes, autor de la canción patria.

¿Qué es lo que perpetuará eternamente el nombre de este ilustre argentino? Recorramos un poco su dilatada biografía de hombre público, y veremos que ella nos ofrece algunos puntos salientes. Se le halla en Chile, durante la expatriación, ejerciendo el periodismo con Mitre, Sarmiento y Alberdi. Surge en Buenos Aires, después de Caseros, como ministro de su padre gobernador y defiende el Acuerdo de San Nicolás, solo, contra la brava y poderosa legislatura porteña de esos días. Pasa luego por la cátedra universitaria, es convencional en el 70, diputado al Congreso más tarde, ministro de Hacienda del presidente Pellegrini, y luego, al retiro de la vida privada, para morir casi nonagenario.

Bien; pero todo esto, dentro de cien años, puede pasar al olvido. Algo hay de López, no obstante, que le sobrevivirá para "in eternum", y es su "Historia de la República Argentina", escrita en diez volúmenes, y publicada entre los años 1886 y 1892. No es, por cierto, esa historia una mera narración de acontecimientos. Es todo un monumento literario, donde palpita vigorosa el alma de un artista y de un prócer al mismo tiempo. Por su amplia concepción, por su estilo personalísimo, por la soberbia conjunción de pasiones que encierra en sus millares de páginas palpitantes, esa obra no tiene par en nuestra literatura. La pluma formidable de López se destaca sobre el fondo sombrío de nuestra Revolución, en un atropellamiento genial, los hombres y las cosas que la agitan; la gloria, la emulación, las pasiones embravecidas van creciendo tumultuosamente a medida que avanzan en los sucesos. Por fin, detiénese en 1830. No quiere hundir el ariete de su pluma en los acontecimientos que lo han conmovido como testigo o como actor. Deja para un argentino del futuro, limpio de odios y rencores, más sereno y ecuánime, la gran empresa de escribir la historia contemporánea.

APARECE EL CONTINUADOR

HAN pasado más de treinta años de la aparición de la obra maestra, y veintitrés de la muerte del historiador. Nadie se había considerado con títulos todavía para recoger la pesada herencia; pero he ahí que de pronto llega a nuestras manos una obra en tres tomos, titulada modestamente "Historia de la República Argentina, continuación de la del doctor López, por E. Vera y González".

Ya apareció, pues, el hombre predestinado para la ardua tarea. Y ya hállase ésta realizada. No hay duda alguna, es la continuación auténtica de la "Historia" de López: lo dice en su carátula, lo afirma la numeración correlativa de los tomos XI, XII y XIII, y lo confirma la circunstancia de entrar de lleno en materia en la primera página de texto arrancando del año 1830, sin prólogo, sin explicación alguna, sin las consabidas "dos palabras".

UNA PEQUEÑA DIFERENCIA

ADVIÉRTESE, sin embargo, desde las primeras líneas — que leemos con avidez, — una pequeña diferencia. El método expositivo no es el mismo de López; tampoco lo es la apreciación de los sucesos, y, ¡oh sorpresa!, el estilo literario es bien distinto. Avanzamos en nuestra curiosidad y, naturalmente, la diferencia se acentúa. Hay entre la lectura de la "Historia" de López y la de Vera y González la relación que existe entre dos sensaciones tan opuestas como la que puede experimentar el hombre refinado, que viajando confortablemente en un raudo "pullman", vese constreñido de improviso a atravesar una áspera serranía a lomo de mula; hay la diferencia entre el vuelo majestuoso del águila y el andar desarticulado de los palmípedos...

LO QUE ES, EN REALIDAD, LA OBRA

PERO atengámonos al tamaño de los volúmenes, a su similitud exterior con los que forman la obra de López, y tratemos de dar alguna clasificación bibliográfica a este trabajo. En tal apremio podríamos considerarlo como una rápida síntesis informativa, colocada al final del texto magistral de aquél.

Sólo que, al correr de una lectura ligera, hallamos ciertos errores fundamentales que cuadran mal en un trabajo que pretende ser la continuación de otro ya consagrado.

EL EJÉRCITO DE JERJES

ASÍ, por ejemplo, al hablar de las campañas de Paz contra Quiroga, después de San Roque, y en vísperas de La Tablada, afirma que aquel general "consiguió reunir un ejército que no bajaría de ocho mil hombres", cifra muy por arriba de la realidad, pues sabido es que nunca pasaron de 2.500. Pero, algunas páginas más adelante declara que Paz sólo tenía 2.400...

¡ALAMBRADOS EN 1830!

RELATANDO el suceso de La Tablada, Vera y González dice que Paz hizo penetrar su ejército en unos grandes potreros, "cuyos alambrados mandó cortar por tres partes", para que por allí penetraran sus divisiones. No había alambrados en el campo argentino en ese tiempo. El autor ha querido glosar la narración del propio Paz, quien habla de "cercos", no de alambrados. Tales cercos serían de "palo a pique", como aun se usan en algunas provincias interiores.

¡Alambrados en 1830!


Enrique Vera y González

URQUIZA, PORTEÑO

HABLANDO de Urquiza, afirma el señor Vera y González que era porteño. No deja de ser una irreverencia para la ciudad de Concepción del Uruguay, que lo considera como el más ilustre de sus hijos.

¡HOLA, MANOLA!

EL autor hace gala de un estilo castizo y puro, que no se aviene, por cierto, con algunas tradiciones nuestras, con modismos o nombres consagrados en forma casi legendaria, que, al ser corregidos, pierden todo el sabor de la época. Por eso choca cuando el autor al nombrar a Manuelita Rosas tergiversa el sentido evocador de ese patronímico insubstituíble en nuestra historia y le llama repetidas veces "Manola" Rosas, o bien "Manolita".

¡NO TOCAR A MITRE!

CON respecto a Mitre incurre asimismo el señor Vera y González en varios errores. Dice de él que después de adquirir renombre en Chile y Bolivia apareció en Montevideo para actuar como artillero en el Sitio Grande. Lo cierto es que Mitre luchó en el Sitio siendo casi un niño, y de allí salió para ir a descollar en Bolivia y Chile.

Al partido llamado Liberal que encabezara el general Mitre antes y después de Pavón, lo denomina repetidas veces "Partido Autonomista", introduciendo así una confusión en el lector, que ha de verse luego frente al auténtico partido Autonomista de Alsina.

OBSCUROS CONSTITUYENTES

AL nombrar a los Constituyentes del 53, dice el señor Vera y González: "Entre los constituyentes vemos nombres tan ilustres y dignos de veneración como estos...", y menciona algunos, en efecto, agregando a renglón seguido: "Completaron con éstos la representación de las provincias Salvador M. del Carril, Pedro Ferré, Santiago Derqui..." ¿Pretende, acaso, el autor que estos últimos no son ilustres ni dignos de veneración?

UNA ANDANADA CONTRA DERQUI

EL señor Vera usa a veces giros propios de panfletos iracundos antes que de una historia que se dice continuación de la del doctor López. "La actitud de Derqui, — dice, recordando la política conciliatoria de este presidente, — no tiene disculpa posible; arroja sobre él una mancha imborrable y justifica en un todo su caída, preparada por su misma doblez, con la más desdichada postura, sin dignidad y que ni conmiseración inspira".

GRACEJO

HEMOS elogiado el estilo castizo del señor Vera, y debemos agregar aquí que ello proviene de su inconfundible nacionalidad española, pero insistimos en que tal modalidad literaria a veces suena mal en la narración de asuntos argentinos. Verbigracia; hablando del conflicto con el Uruguay en 1864, dice: "...el que, comenzando por una nonada, por una intrigüela de baja politiquilla de bandería, vino a evolucionar..."

CRÍMENES DE SARMIENTO

DICE de Sarmiento: "Al actuar en política, cuando encontró un obstáculo en su camino y para suprimirle halló que el medio más rápido era el crimen, no vaciló un momento y le suprimió. Benavídez, Virasoro, El Chacho, dicen bien a las claras...". Ni los adversarios más apasionados de Sarmiento en vida, llegaron en su encono a colgarle estos tres asesinatos. El Chacho fué muerto por militares, siendo él gobernador de San Juan.

(Continúa en la pág. 60)



Puente de Ardanza (Éibar)

Crónica de España

Éibar y la libertad

Por

JOSE SANCHEZ ROJAS

(Para "El Hogar")

LOS OBREROS



EL viaje a Éibar, desde San Sebastián, por el ferrocarril de la Costa Cantábrica, es, sencillamente, una delicia. Aldeúcas guipuzcoanas como nacimientos; vaquitas rojas; carritos que chirrían en el silencio azul de la mañana; allá, a lo lejos, el mar brama furioso y descontentadizo... Pasamos por Deva, y dejamos Zaráuz a la izquierda, con sus *villas* encantadoras... Éibar, al fin... Abrazamos a los noblotes y honrados obreros eibarreses; todos son obreros en Éibar; organizamos, en un santiamén, el recibimiento de los estudiantes de Salamanca, al frente de los cuales vengo yo como profesor de lengua italiana de aquella Universidad.

Estos amigos de lucha y de combate y de horas amargas — Toyos, Echevarría — me preguntan por don Miguel de Unamuno. Sí; está muy bien. Ayer lo vi en Hendaya: traigo muchos abrazos del glorioso pensador. Está muy bueno, muy gordo, muy sonriente, muy trabajador; de política no da curso, como de costumbre... Lleva boina vasca, vive en un hotelito franciscano, cerca de la estación... Sueña con Martínez Anido y con Primo de Rivera...

— ¿Cuándo se va *esto*? — añaden.

¡Ay! Yo no lo sé. No lo sabe nadie. Acaso nuestro destino es soportar esto largamente. Lo merecemos, tal vez.

Y del bracero de mis honrados y nobles eibarreses, salgo a ver la población. En su totalidad, Éibar es una población de trabajadores. Chimeneas, fábricas, más fábricas, cooperativas de producción y de consumo, una Casa del Pueblo, orgullo de la ciudad.

Entre montes está Éibar, el pueblo que vió nacer a Ignacio Zuloaga, que habiendo podido heredar — íntegramente — el patrimonio de Goya, se ha convertido en un marchante más, que zascandilea por los bulevares parisinos. Entre montes está Éibar, en un hoyo u hondón. Un riachuelo sucio y pardo circula por las calles; hay puentes musgosos y evocadores; hay rincones típicamente guipuzcoanos.

Las nubes velan las copas o cimas de los montes. Los rostros parecen arrancados de un dibujo de Arrué. Espaldas anchas, tórax soberbios, caritas de niños. Y el corazón como las caras: de niños también.

LAS CHICAS

MIS estudiantes—digo a Toyos, el obrero de más prestigio de Éibar — tienen que nombrar sus presidentas.

— ¿Señoritas?

— No; obreras.

— Las hay preciosas...

— Pues, las más preciosas...

—Verá usted, Sánchez Rojas... Hay cuatro monísimas. Trabajan en la Cooperativa Alta. Se llaman Digna, Petra, Paulita y Juanita. ¿Nombradas?

—Nombradas.

— ¿Quiere verlas?

— ¡Sí!

Las nenas trabajan en los escritorios. Digna es una princesa robusta de ojos azules y de reposado y sereno andar de diosa. Petrita tiene unos ojitos pícaros de travesura. Paula es una niña menuda, señoril, aristocrática, finísima. Juanita — Juanita Gabilando, — que nació en Buenos Aires, de padres obreros, vino de niña a Éibar. Es regordeta, coloradita; cumplirá diez y seis años para octubre. ¿Recordáis la *Maximina* de Palacio Valdés?

Hablamos. Sonreímos. Quedan nombradas madrinas de los estudiantes de Salamanca. Cenarán con nosotros esta noche en el hotel. Las nenas están radiantes de contento; yo también... Y saldrán a la estación a recibir a los chicos.

A las siete — en el Correo — llegan éstos.

Quince mil obreros los reciben en la estación, entre vivas atronadores a España, a Unamuno, a la libertad, a la juventud, única fuerza de mañana. Triunfalmente, vamos a la Casa del Pueblo. Yo voy de bracero, a la cabeza, con Paulita y con Digna. Toyos nos recibe en la casa obrera con palabras llenas de emoción. Yo hablo de Unamuno... Tengo el corazón en los labios, y concluyo, entre sollozos... ¡Viva nuestra España!

EL SEÑOR ALCALDE

EL señor Alcalde me llama a su despacho. Acudo. Me recibe groseramente. Me habla de unas hojas que se han lanzado a la publicidad... Yo no sé nada de tales hojas... Me amenaza con la cárcel, con la deportación: me encojo de hombros.

— ¡Ojo, eh! — me dice el alcaldete. — El delegado de mi autoridad tiene orejas.

— Oídos querrá decir el señor Alcalde — interrumpo respetuosamente.

El delegado policíaco, que presencia el diálogo, no sabe si protestar o sonreír. Opta por sonreír.

— Usted ¿qué va a decir? — me añade el Alcalde.

— Lo que deba — contesto.

— ¡Estos comunistas...! — interrumpe.

— Yo — replico — no soy, ni he sido, ni creo que seré jamás comunista. Todo lo contrario. Para hablar de una cosa, lo primero, señor Alcalde, es enterarse...

— Yo me entero siempre...

— Pues, no se conoce — le digo.

Dejo aquel despacho. Vamos al teatro. El delegado encuentra correctas mis palabras. El Alcalde no deja bailar a mis escolares con las obreritas. Y los obreros, y las princesas, y los estudiantes, del brazo, seguidos de la banda escolar, cantamos y danzamos en el silencio augusto de la noche.

La luna platea los montes. Se oyen zorcicos amorosos e infantiles. La dulce parla de Paulita refresca mi corazón de estudiante y de poeta.

¡Obreros y niños de Éibar: os llevo conmigo y ya no podré olvidaros jamás!...

Éibar (España), 1926.



Calle de Bidebarrieta



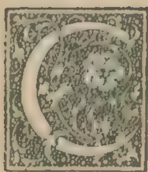
FOTO FERNÁNDEZ

Las calles María Ángela y Fermín Calbetón





La casa moderna


UANDO pensemos construir una casa, será necesario, antes de todo, asegurarnos de las buenas condiciones del terreno y que las cañerías de aguas corrientes, electricidad, y, si es posible, las de gas, que son una necesidad para la vida moderna, pasen en las proximidades. Debemos entonces buscar la orientación futura de la casa con relación al terreno, al sol y a la colocación de las construcciones vecinas, que podrían privar a la nuestra de su parte de sol. Si conseguimos allanar todas o parte de estas condiciones, la labor del arquitecto quedará enormemente simplificada. Es necesario, sin embargo, apelar a la dirección del arquitecto para la elección del terreno.

Una consideración que puede parecer secundaria, pero que tiene su importancia: los contornos de la casa. Los bosques, campos, colinas, lejanos o no, y el jardín, que vosotros crearéis, serán los mejores ornamentos. Estas condiciones deben influir en la elección del terreno.

Emplazamiento de la casa en el terreno.—Construir la casa en el medio del terreno es, frecuentemente, un error; la ubicación de las piezas, las más habitadas hacia el sol, demandan una porción mayor de terreno libre a su frente. La distribución futura del jardín debe guiar al propietario en la elección del emplazamiento. La casa es un capital, y no debe ninguna cosa imprevista hacerle perder parte de su valor.

Los terrenos en pendiente son casos especiales, para los cuales se necesita frecuentemente la opinión de un profesional. Una vez hechas estas consideraciones conviene dibujar el plano.

La distribución de las piezas debe estar siempre supeditada a la orientación. Las piezas principales: sala y comedor, recibirán el sol por la mañana, que es el período mejor de asoleamiento, y deberán estar colocadas, siempre que sea posible, sobre el costado más agradable. La cocina, despensa y servicios estarán, por el contrario, orientados al Sur.

El estudio detallado del plano está basado sobre principios demasiado conocidos para ser expuestos aquí. Cada propietario tiene su modo de vivir, y la ubicación de las habitaciones debe ser su expresión más directa. Pero hay ciertas generalidades, como por ejemplo la longitud y colocación de las chimeneas, distribución de las cañerías de ventilación y otras más de orden tan especial que es imposible explicarlas en este breve artículo.

La casa deberá formar parte del paisaje, y sus líneas deberán ser armoniosas y hábilmente diseñadas; la distribución acertadas de sus formas, un simple juego de colores, un detalle insignificante, un adorno cualquiera desempeñarán un papel importantísimo para el exterior del edificio.

Si la construcción debe hacerse en terreno llano, lo más importante será el diseño de su silueta, que será lo único que dé variedad al paisaje. Si lo es en un lugar donde el sol es débil, la blancura de su frente será una nota alegre dentro de lo grisáceo. Inversamente, en los países calurosos, sus tonos deberán ser débilmente obscuros.

Las cornisas, ligeramente salientes, además de su sombra, siempre agradable, tendrán la función de proteger las fachadas de la intemperie.

Haced un jardín, lo más sencillo posible; utilizad con profusión plantas trepadoras, vivaces, rosales, etc., que, al elevarse por las paredes, darán una vista más espléndida.

En resumen, la casa debe construirse a base de efectos simples y teniendo solamente por guía la lógica y el buen gusto. Muchas veces vemos edificios colocados pesadamente sobre el terreno, y que con sus líneas duras y bruscas destruyen la belleza y armonía del paisaje. El establecimiento de semejantes construcciones es un atentado a la estética y denota la carencia del sentido artístico en sus propietarios.

Para poner en aplicación las observaciones precedentes, hemos estudiado un modelo de pabellón, del cual damos los planos y características. Queremos dar aquí el tipo racional de una casa elegante y sólida, conveniente a una familia de cuatro o cinco personas, en la cual éstas puedan instalarse con todo confort.



Planta baja

Supongamos la construcción edificada sobre un suelo sólido, no necesitando cimientos especiales.

Sótanos. — Los cimientos del sótano se construirán en cemento, de 0.40 cm. de espesor, asentadas sobre un lecho de hormigón. Un conducto de ventilación sale directamente al exterior o se une a la cañería central. Su techo será de hierro de I y el piso de portland.

Elevación. — Las paredes exteriores del sótano se construirán con ladrillos planos y revocados con argamasa, de un espesor de 0.25.

El techo de la planta baja será de vigas de abeto, excepto bajo el baño, que será de tirantes de hierro de I. Todas las paredes, en su parte interior serán revocadas. Una pequeña escalera dará acceso al altillo, que podrá ser utilizable. El esqueleto será todo de abeto ensamblado y tornillado.

Carpintería. — La carpintería exterior (puertas, ventanas, marcos), será de roble, igualmente que los parquets. Las interiores (plintos, puertas, ensambladuras, tabiques), de abeto.

El vestíbulo, el w. c., la cocina y el baño estarán embaldosados con mosaicos de artísticos colores y dibujos. Las chimeneas, llamadas "capuchinas", serán de mármol claro.

Interior planta baja. — Un pequeño vestíbulo sigue a un pórtico y da acceso al w. c., bien ventilado, al salón y al comedor. Estas dos piezas se comunican entre sí por una puerta adornada con pequeños vidrios de colores vivos.

El comedor se comunica igualmente con la cocina por un pasaje reservado, bajo la escalera. De este lugar parte también la escalera para el sótano.

En la cocina, la pileta de hierro enlozado y estará situada en un ángulo; una tarima embaldosada estará destinada a recibir la cocina a gas. Una puerta vidriera abierta sobre el jardín se reservará al servicio.

Se ascenderá a la parte alta por una escalera que parte del comedor.

Interior planta alta. — En la parte superior de la escalera, cuatro puertas conducen a los dos dormitorios, al baño y al guardarropa. Los dos dormitorios con sus chimeneas situadas en ángulos, estarán completamente clareados por los dos frentes.

El baño estará compuesto por una escalera de mármol o hierro enlozado, un aparato para duchas y una pileta con agua fría y caliente.

Agua y gas. — Las cañerías para gas y las de aguas corrientes se colocarán de común acuerdo con las compañías que las explotan.

Pinturas y vidrios. — Las paredes de la cocina, w. c. y cuarto de baño, asimismo como sus techos, se pintarán al óleo.

Los cielorrasos de las demás habitaciones serán de yeso. Las paredes estarán empapeladas. La carpintería se pintará al aceite (tres manos). Los hierros primero con minio y luego al aceite (dos manos).



Piso

Todos los marcos, ventanas y puertas tendrán vidrios claros.

Si queremos agregar una instalación para calefacción central el costo de la construcción será un poco más elevado.

Ahora, lo más necesario, ya está listo.

En un próximo artículo daremos las indicaciones necesarias para adornar y amueblar interiormente esta habitación.



"...la santa casa envuelta en llamas..."

Plantel de facciosos...

Por

MANUEL PEÑA RODRIGUEZ

Ilustración de Bouché

LA sotana recogida, la siniestra sobre las riendas y la diestra sobre el fusil, apareció fray Alonso, a lomos de un tordo, en lo alto de la cuesta.

Tras la cabalgadura del faccioso seguían veinte jinetes. Arreos desiguales y sombreros de los llamados charros en Guatemala, en abundancia. Catadura de presidio y hospital: un plantel de insurrectos de las filas del honorable cuerpo revolucionario, mandado por el general don Cipriano Castro.

Fray Alonso oteó el campo y ordenó hacer alto. El arrastrar de espuelas y sables apagó por un momento la calma de égloga del ambiente. La partida, diezmada por las fuerzas legales, se preparó para pernoctar.

El Sol, de una cortesía extremadamente lusitana, se deshacía en cumplidos con la Tierra antes de arrojarse en brazos de la Noche, y fué a juguetear con los ojos del cabecilla, que, ajeno a la poesía que encierran los rayos del astro, se lamentó de ello en una imprecación castiza, en desdoro de sus hábitos eclesiásticos... Fulgían las espadas, y al ajetreo del primer momento sucedía el parloteo agrio y ronco de los hombres.

FRAY Alonso, la mirada en acecho, el cabello tonsurado, en desorden, y las manos sobre el vientre, observaba a su gente y reflexionaba. Su rostro de pícaro de feria, buen corolario del cuerpo pesado y robusto, traicionaba a menudo al pensamiento, y traslucía una sonrisa desprendida sabe Dios de qué proyecto.

Tenía ante sí un plano, lleno de cruces e indicaciones. Una línea parecía indicar la senda recorrida y un punto la meta. El revoltoso trazó unas palabras al borde del plano, y gritó:

—¡Allariz!... ¡Mauricio!...

Dos ganapanes, de altura y fisonomía casi parejas, enjutos, acudieron al llamado. Observaron el plano y sonrieron.

Allariz, la nariz aguileña, patillas en la cara estrecha, preguntó:

—¿A qué distancia nos hallamos?

—A menos de media legua.

Mauricio, la faz truhanesca y simpática, plasmada en un guiño, aventuró:

—Cuándo daremos el golpe?

—Esta noche —habló el reverendo.— La jornada ha sido hoy tranquila; el cansancio no nos abruma. A medianoche podremos caer sobre el convento. Creo que a todos nos será grata la operación; el botín, además, promete ser bueno.

—¿Son muchas las novicias?

—Bastantes.

—¿Y las joyas?

—En número suficiente para que nos jubilemos en esta vida arriesgada y nos demos a la honradez. Después de esta aventura podremos abandonar las armas. S. E. el general don Cipriano Castro tiene, sin nuestro concurso, asegurado el triunfo.

Los tres rieron a coro, y la risa, como un chorro, fué a expandirse sobre el campo, profanado en su paganía por los insurrectos, que traían en los talones de sus botas sangre de inocentes y polvo de derrotas.

Acercáronse los bergantes al corro villano, y varias voces inquirieron la razón de las risas. Fray Alonso, los brazos horizontales y las manos supinas, exclamó, en son profético:

—Esta noche habrá festín!

El sol rojo, ensangrentado, que se clavaba en la virginidad nocturna, nimbaba las caras de los facciosos; los ademanes y el rostro cetrino del reverendo presagiaban la aventura.

SURGE, entre bambalinas, una sombra esbelta. Sombra esbelta que, al parecer, con el trotar de un caballo, en el estrépito del pequeño campamento, provoca un momento de inquietud y alarma.

Es el capellán del convento de Santa María de Tor. Prestancia de hidalgo, alto y huesoso; tiene también rostro de santo o niño. Ojos grandes, azulados por la bondad, y al andar esparce, al igual de algunos héroes bíblicos, aroma de santidad. Llega excitado, las sienes enrojecidas y la mirada ensayando un mohín de indignación.

—¡Conozco tus mañas, fray Alonso!

El interpelado, sonriente, lo aguarda con los brazos abiertos y un rostro tirando a querubín:

—¡Mi señor capellán, sed bienvenido! ¿Venís a ingresar en la partida?

El coro de oyentes estalla en una carcajada, y el capellán del Convento de Santa María de Tor, la faz colérica, lanza rudamente sus palabras:

—¡Vengo, fray Alonso, a recordarte a Cristo, a exigirte moderación!

—Mi señor capellán, no comprendo esas palabras.

—¡Fray Alonso, conozco tus mañas!

La escena, que se desarrolla en una tierra nueva para las pasiones humanas, se impregna de primitivismo. Y suena, tímida, la voz juvenil de Allariz:

—El señor capellán ignora que nosotros nos amamantamos en el credo de Maquiavelo. El gran florentino dice que "los hombres son malos si la necesidad no los obliga a ser buenos".

El capellán del Convento de Santa María de Tor menea la cabeza y grita:

—¡Herejes!

Fray Alonso, petulante, habla:

—No aceptamos insultos, señor capellán. Somos soldados de la buena causa: la de S. E. el general don Cipriano Castro.

—¡El primer facineroso! Conozco también sus mañas.

—Cállate, y enjuaga tu boca para hablar del primer hombre de América. ¡S. E. el general don Cipriano Castro redimirá a Venezuela!

—Sí; asaltando los conventos, como vosotros proyectáis hacerlo esta noche.

El reverendo se ríe, y el capellán del convento de Santa María de Tor se lanza sobre él, sacando de los pliegues de la capa un pistolón de la época de la conquista... Pero el homicida es detenido por veinte manos velludas, que lo apalean.

Inadvertido en lo obscuro, un hombre diminuto, después de contemplar la escena, salta a una jaca y

(Continúa en la pág. 44)

Crisol

Por

BEATRIZ EGUIA MUÑOZ



Me hiciste mucho daño; tus palabras cayeron
sobre mi corazón como losa glacial.
Del jardín de mi alma los pájaros huyeron
y arrollóse en mi ensueño la serpiente del mal.

Pasó... Todo concluye: el amor, el hastío.
Todo acaba en la ruta de la serenidad.
Y de todo este grande, intenso dolor mío
yo he libado una gota de infinita bondad.



Jorge Sand, cuadro de A. Charpentier

Jorge Sand en Mallorca

Por

J. TORRENDELL



La rememoración del cincuentenario de la muerte de Jorge Sand me ha llevado a repetir la lectura de su libro tan escasamente conocido: *Un Hiver à Majorque*. Indudablemente, no es este volumen, esencial en su extensa obra, pero, aun siendo de poco valor ideológico, entraña un interés marcado para completar los elementos psicológicos de la ilustre autora, principalmente en el período de su visita a la Isla de Oro.

A ella arribó en noviembre de 1838, trabadas ya relaciones intelectuales con el filósofo Pedro Leroux, a quien quiso conocer para orientarse en los problemas sociales al sentirse atormentada por las desesperanzas de su *Lelia*, que ya había rebasado las creencias de Lamennais. Un año antes el sociólogo y republicano había acudido al repetido llamamiento de la señora de Nohant, en cuyo castillo se reunían todas las celebridades de aquel tiempo. Era un verdadero centro filosófico, literario y artístico.

Cuenta Balzac que la encontró "en bata, fumando un cigarro después de cenar, junto a la lumbre, en una inmensa y solitaria habitación. Calzaba lindas zapatillas y coquetonas medias, y usaba un pantalón encarnado".

Las islas Baleares habían sido indicadas para la convalecencia de los dos hijos de la escritora. A sitio de clima tan benévolo para ampararse de los fríos invernales arrastró también al músico Chopin, cazado ya por el ascendiente y el arrebato de la gran romántica, que sentía por él un amor no exento de maternidad. Llamábale su *hijo querido*, su *adorado enfermo*, hasta su *querido cadáver*. Para no empeorar la dolencia, a los noventa días de su estada en la isla tuvieron que abandonarla, a pesar de haber resultado excelente para la salud de sus hijos y de ella misma, que recobró fuerzas y ánimo en pocos meses de respirar el aire nítido de Valldemosa, donde se situaron para el descanso del enfermo, la libertad de los niños y su deseo de apresurar una de sus novelas.

"Tengo una preciosa casa amueblada, con jardín y en punto magnífico, por cincuenta francos *al mes* —escribía a los pocos días de su llegada, a cierta amiga de París. — Además, a dos leguas de aquí, tengo una celda, es decir: tres habitaciones y un jardín lleno de naranjos y limoneros por treinta y cinco francos *al año*, en Valldemosa." Y añadía, radiante: "Esto es la poesía, la soledad, todo cuanto hay de más artístico bajo el cielo. ¡Y qué cielo! ¡Qué país! Estamos encantados."



FOTO N. M.

El pueblo de Valldemosa

Poco habían de durar esa placidez y ese entusiasmo a la mujer románticamente impresionable y escasamente comprensible. Bastaron algunas contrariedades de comodidad y ciertas resistencias sociales para que volcara en cartas privadas y en correspondencias a su revista parisiense toda su irritabilidad nerviosa y su protesta retórica contra una población que todavía no se había acostumbrado a respetar uniones irregulares entre ambos sexos ni a alternar con personas que hacían gala de no pisar la iglesia. Añádase a esta situación audaz la presencia de un joven atacado de tisis, enfermedad temida entonces como la lepra, y a las desenvolturas de una mujer que, vestida de varón, se complacía en recorrer de noche el rústico cementerio, al claror de la luna, recitando versos en voz alta. ¡Pobres payeses! Así salieron de maltratados de aquella pluma mordaz, afilada, hiriente, tinta en indignación y desprecio. *Un invierno en Mallorca* contiene páginas de una virulencia arrebatada, que no dió lugar a la sesuda comprensión de persona inteligente y ya experimentada. Del mismo modo, violenta y torpe apareció inmediatamente la *Vindicación* de José M. Quadrado, quien repelió, iracundo y descortés, la inesperada embestida de la francesa audaz. ¡Y pensar que a los diez años la misma mano había de iniciar la serie de novelas campesinas, las mejores, por cierto, en que las buenas gentes villanas concentrarían todo el interés, la simpatía, el amor de la señora de Nohant, desencantada ya de París, de sus políticos y filósofos!

Entretanto, la avidez sentimental de la autora de *Indiana* pedía a Pedro Leroux, harta de las timideces del P. Lamennais, nuevos pensamientos de rebeldía y libertad para rellenar sus novelas. A Mallorca había llevado la primera parte de *Spiridion*, concebida en promiscuidad con el filósofo humanitarista. Él mismo colaboró directamente en el manuscrito, según se ha visto en las cuartillas originales, propiedad de S. de Lovenjoul.

Jorge Sand no lo ocultaba al confesarse "pálido reflejo de Pedro Leroux, un discípulo fanático del mismo ideal; pero discípulo mudo y encantado ante su palabra, dispuesto siempre a arrojar todas sus obras al fuego, para escribir, hablar, pensar, orar y obrar bajo la inspiración del maestro".

Nada de extraño tiene, pues, que sus ideas chocaran abiertamente con el sentimiento religioso de la sociedad mallorquina, ya en plena reacción después de la tempestad liberal acaecida el año 33, bajo la égida de Mendizábal, perseguidor de frailes y expropiador de conventos. En las páginas de *Un Hiver à Majorque*, la misma pluma que escribe *Spiridion* traza elogios exaltados de los revoltosos que destruyeron el Convento de Santo Domingo de Palma y expulsaron los monjes de la Cartuja valldemosina, en una de cuyas celdas podía entonces inspirarse para sus alegatos en favor del régimen de la democracia y en contra del pueblo que no siente los impulsos de la rebelión.

El espíritu de los mallorquines de la época había de mostrarse horrorizado de aquella *familia* extranjera, gabacha, aposentada en la santa Cartuja, que expoliaron los gobiernos revolucionarios de Madrid. Ella lo sabía, lo suponía y lo condenaba con palabras punzantes en sus correspondencias, a pesar de las anteriores alabanzas leídas en descripciones serenas del pintor Laurens y del escritor Grasset de Saint-Sauveur, cuyas obras le acompañaban y por cuyos entusiasmos no se dejaba contagiar, irritada unas veces por contrariedades pueriles, otras incapaz de penetrar la belleza de los monumentos arquitectónicos que enriquecen la capital isleña, hasta el punto de confundir fechas, orígenes, estilos y distribución interior de los edificios públicos.

Lo que no pudo escapar a su aguda sensibilidad nativa, hecha a los panoramas de su comarca del Berry, fueron las maravillas naturales de Mallorca, en la parte escasa que pudo recorrer, retenida siempre por el cuidado del enfermo, que permanecía encerrado en la celda conventual.



La cartuja, sus celdas, huertas y jardines

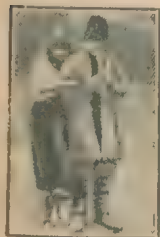
(Continúa en la pág. 60)

La canción popular en Rusia



LA música rusa difiere y diferirá siempre de las otras, porque ha nacido en condiciones absolutamente únicas. En los demás países de Europa la música se ha desarrollado como el lenguaje en un niño. Comenzó por ese balbuceo pueril y genial, que caracteriza a las primeras canciones nacidas en el terruño, expresiones espontáneas de las primeras emociones inconscientes de arte; después la necesidad de expresar sentimientos cada vez más complejos y emociones cada vez más conscientes, produjo el desarrollo de un idioma capaz de esos refinamientos, y más tarde nacieron las reglas, al principio estrechas y después más amplias y complejas, como formas naturales comprendidas pero no creadas.





La música rusa no tiene esos precedentes; los que hubieran podido crearla estaban muy próximos a esos balbuceos primitivos, y al mismo tiempo conocían ya los resultados de la evolución de otros pueblos. Debieron, así, conocer y comprender las formas de una música ya tan adelantada, y no pudieron dejar de someterse a ella. Así ha sucedido que la música rusa, que por su forma alcanza la misma perfección que la nuestra, está en el fondo llena de fuerzas vivas y jóvenes, tomadas directamente en el mismo manantial de las inspiraciones primitivas.

Por eso se encuentran en Rusia muchas obras musicales, cuyos temas únicos son las melodías sencillas del campo. Y como el amor a la música es prodigiosamente innato en el corazón del pueblo ruso, pues aun ahora mismo nacen incesantemente del fondo de las estepas más ignoradas esos gritos admirables tan armoniosos de tristeza, alegría, amor o dolor, la música rusa reúne, a toda la fuerza de expresión del arte, toda la energía natural y comunicativa de la canción popular.

Desgraciadamente, es difícil estudiar en los breves límites de un artículo las producciones espontáneas del alma popular en Rusia, porque ese país es inmenso y está habitado por los pueblos más heterogéneos. Las canciones de los polacos



"Canto ruso". Estatua en barro cocido de Rafael Atché



o de los pueblos de la Rusia Menor, que disfrutan de un clima mucho más benigno y de una naturaleza más llena de atractivos, no pueden parecerse en nada a las de los fineses y lapones; ni se pueden comparar las dolorosas y sencillas melopeas siberianas con los cantos bélicos, apasionados y casi salvajes de los tártaros y circasianos. Ninguno de estos pueblos a su vez tiene parecido alguno con los verdaderos rusos que habitan la región del Volga.

El único rasgo común entre todos ellos es la necesidad de cantar, y esta necesidad es tan característica de los rusos como la de bailar lo es de otros pueblos meridionales de Europa.



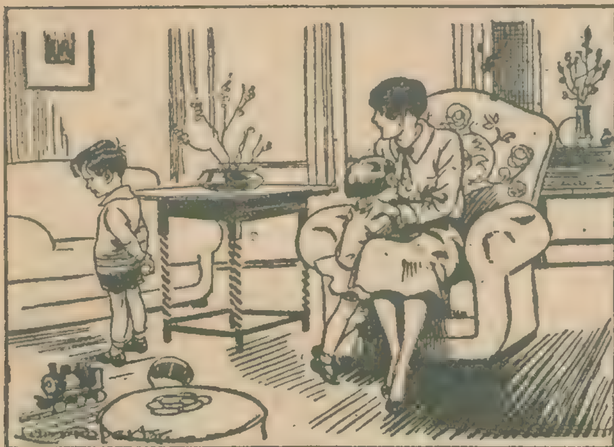
Los aldeanos rusos atribuyen a sus ángeles una actitud significativa. No danzan esos ángeles, pero vestidos con sus túnicas rígidas y consteladas, hieráticos figurantes de una eterna apoteosis, cantan melodías infinitas, cuya dulce tristeza resignada se desenvuelve al fin en un himno de inmensa y tranquila dicha. Y cuando el "mujik", agobiado por la fatiga y por los golpes, sueña con ese paraíso, la inefable alegría de oír las puras voces de los ángeles le parece la única recompensa suficiente para una vida de dolores.

Todo el mundo recuerda las admirables páginas de Turguenef en el recitado "Los Cantores". Se trata de una escena vista y oída. Había entrado por azar un día de caza en un miserable despacho de alcohol, donde unos ebrios, indescriptiblemente harapientos, sucios y miserables, incubaban su borrachera de "vodka", revolcándose en la más inverosímil suciedad. En medio del inmundo montón se veía al posadero y a su mujer como arañas en un tendal de moscas. Discutían a voces sobre los méritos respectivos de dos músicos populares, Vanka y Mitka, y exaltándose llegaron a concertar una apuesta. Es imposible resumir las páginas admirables en que Turguenef nos muestra aquellos en que no parecía quedar nada de humano, transformados de pronto en verdaderos artistas por el



(Continúa en la pág. 50)

La caricatura en el extranjero



Los Chicos Terribles

—Pero, Juancito; aunque ella te pegó, no debieras haberle contestado...
—Pero, mamá; ella me contestó primero...

(DE "GAIETY", LONDRES)



Momentos Difíciles

El hombre que había jurado a su ex novia que jamás se casaría con otra mujer...

(DE "THE HUMORIST", LONDRES)



Un Buen Yerno

—Va a venir a pasar unos días aquí mi suegra, y por eso le traigo la lista de sus platos favoritos...
—Muy bien, señor.
—Si usted llega a preparar alguno de ellos, queda despedida inmediatamente.

(DE "THE HUMORIST", LONDRES)



Ardid Comercial

Oculista que se ríe de la crisis

(DE "JUDGE", NUEVA YORK)



Comentario

—Pues ahí donde la ves tiene el marido en Buenos Aires: vive separada de él.
—¿Por qué?
—¡Por el Atlántico!

(DE "BUEN HUMOR", MADRID)



Buena Ocupación

—Sí, señor; quiero que me den trabajo y ya he venido lo menos catorce veces a lo mismo.
—¡Pero, hombre! ¿Y quiere usted más trabajo que venir todos los días?

(DE "BUEN HUMOR", MADRID)



Las Grandes Ciudades Modernas

Un neoyorquino nativo pasea por la Quinta Avenida.

(DE "LIFE", NUEVA YORK)



Maridos Modelos

—¿A qué hora quieres comer esta noche?
—Unos veinte minutos después que llegue...

(DE "PUNCH", LONDRES)



Inconvenientes Serios

—¿Cuesta caro ir a la Universidad hoy en día?
—No es tanto por ciertos artículos, como ser: cigarrillos, bebidas y trajes; lo que cuesta mucho son los libros...

(DE "LIFE", NUEVA YORK)



Vanidad Artística

La actriz. — En el papel que me da usted en su nueva obra, ¿tendré la suerte de agradar a mi querido público?
El autor. — Seguramente, porque se muere usted en el primer acto.

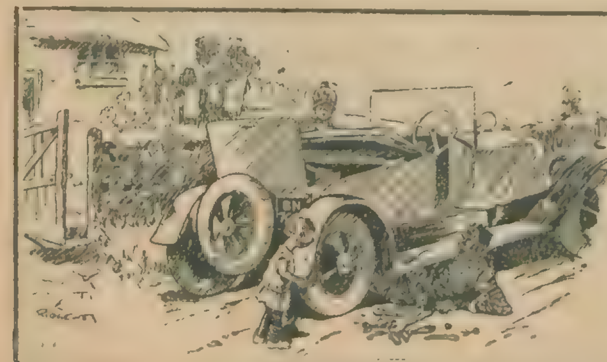
(DE "THE PASSING SHOW", LONDRES)



Mal Negocio

—Anoche estuve en la casa de un abogado para ver si tenía algo en la caja de fierro de su oficina.
—¿Cuánto perdiste?

(DE "LIFE", NUEVA YORK)



Momento Inoportuno

—Señor: dice mamá si le puede prestar unas herramientas, porque se le ha descompuesto la plancha...

(DE "PUNCH", LONDRES)



Un Drama a Orillas del Mar

El salvador. — ¡Horror! ¡Era mi sastre!...

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



Empleado Competente

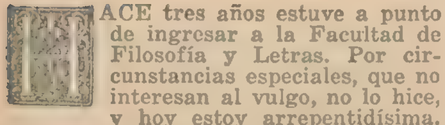
El nuevo cadete. — He sumado estas cuentas diez veces, señor.
El patrón. — Muy bien; así me gusta.
El nuevo cadete. — Y aquí están los diez resultados distintos, señor.

(DE "THE PASSING SHOW", LONDRES)

Nosotras las chicas, y la filología

Por LUCRECIA ESTEVEZ





HACE tres años estuve a punto de ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras. Por circunstancias especiales, que no interesan al vulgo, no lo hice, y hoy estoy arrepentidísima. ¡Qué tontería cometí quedándome fuera y renunciando a las muchas ventajas que ofrece la bendita Facultad! Los ejemplos de mis amigas me lo dicen bien claro. Ellas, más felices que yo, ya han realizado de entonces a estas fechas todos sus sueños juveniles, todas sus ardientes esperanzas. Ahí están Fulanita, Menganita y Zutanita que han logrado casarse. ¡Y yo, en cambio, procurando que el mundo no me vea, voy arrastrando mi triste soltería!... Porque el viejo caserón de la calle Viamonte tiene para las chicas más suerte que el propio San Antonio en persona. En las otras Facultades no se encuentra gran cosa: Medicina, Ciencias Exactas, Derecho y Ciencias Económicas parecen escuelas superiores de celibato. Pero en la otra, no sé si por lo de las Letras o por lo de la Filosofía, todos andan tarumba, y cualquier "flirt" sin importancia, ¡zas!, cuaja en el Registro Civil.

Además, en cuanto se ha aprendido eso de la filosofía — que dicen que es muy fácil, — ya está resuelto el problema económico: Se acumulan cátedras, se consiguen estupendos viáticos del gobierno para ir a estudiar cualquier pavada a Europa o Estados Unidos, y hasta se pueden conseguir buenos empleos en la Aduana o en la Defensa Agrícola. ¡Nadie se da exacta cuenta de la importancia que tiene la filosofía en este país!

Si no ingresé a la Facultad, no por eso la quiero menos que cualquiera de sus alumnas. De lejos la he seguido siempre, como amante tímida y platónica, interesándome por sus progresos, admirando su desarrollo, alegrándome con sus triunfos y entristeciéndome con sus dificultades. Y más de una vez he ido a escuchar al doctor Ricardo Rojas. ¡Qué lindas cosas dice ese mozo, Dios mío! ¡Quién lo ve, y quién lo oye después en la cátedra! ¡Cómo sabe adornar la cosa más insignificante y cómo traduce en una magnífica riqueza de palabras, de sonoras frases, de brillantes metáforas cualquier idea que en boca de otro sería una insoportable vulgaridad! ¿Y qué decir del doctor Coriolano Alberini? Yo no sé qué admirar más en él: si su elocuencia arrebatadora, fascinadora, o el dulce, el sutil encanto de sus libros. ¡Es el Hugo Wast de la filosofía nacional!

Y he seguido a la Facultad en sus admirables publicaciones. ¡A todas estoy subscripta! ¡Todas las recibo en casa! Aquí tengo "Las bodas de Chivico y Pancha", un precioso sainete de Collao; "Don Tadeo", por Claudio M. Cuenca; "El amor de la estanciera", de la colección particular de don Mariano G. Bosch, y otras tantas lucubraciones filosóficas por el estilo. ¡Qué linda es la filosofía y la literatura!...

Ayer he recibido el primer número del "Boletín del Instituto de Filología", que edita generosamente la Facultad de Filosofía. Como es natural, a mí me gusta mucho la filología, ahora sobre todo que ha decaído tanto el "crochet". Tal como la entendemos aquí, es muy interesante y muy fácil. Yo, por ejemplo, me he comprado el "Vocabulario", de Correas, y desde que lo tengo ya soy filóloga. Lo mismo le ocurrió al señor S. García Conforti y al señor Eleuterio F. Tiscornia. Este último, por ejemplo, con el Correas en la mano explicó de un solo golpe, en su "Martín Fierro comentado y anotado", no sé cuántos millares de voces y expresiones gauchescas. En la página 152 — y cito un caso cualquiera, — en la parte en que Martín Fierro cuenta su vida en la pampa, y dice aquello tan sabido de "Y hasta el pelo más delgao — hace su sombra en el suelo", el señor Tiscornia nos ilumina con esta nota: "Apenas modifica Fierro el viejo refrán que asigna valor a las cosas más ínfimas: "Cada cabello hace su sombra en el suelo" (Correas, "Vocab.", 328)". Y bien: ¡yo soy más sabia que el señor Tiscornia! Porque yo, además de tener mi Correas, he leído a Publilio Siro. ¡Nada menos que Publilio Siro! Y podría darme el lujo de ponerle esta nota al propio "Vocabulario" de Correas: "Apenas modifica el viejo refranero español una de las "Sententiæ" de Publilio Siro que asigna valor a las cosas más ínfimas: "Etiam capillus unus habet umbram suam".

Pero en el "Boletín del Instituto de Filología" no han llegado todavía a Publilio Siro.

En la página 52 se estudian con todo rigor científico las expresiones "Al botón, al divino botón", y se citan como autoridades dos frases — sin indicación de autor — publicadas en el número del 10 de abril de 1924 del semanario festivo "Caras y Caretas". "¡Al botón, al divino botón!"

El Instituto de Filología se propone ahora publicar una obra monumental: el "Diccionario del habla popular argentina". Todo ha sido empezar, y ya confiesa que tiene clasificadas cincuenta y cinco mil papeletas y veintiocho mil fichas. El Instituto pide la colaboración de todo el mundo, y para premiar los servicios más eminentes ha creado el cargo honorario de "Corresponsal Seleccionado de la Obra del Diccionario del Habla Popular Argentina". Este homenaje no se concede a cualquiera, como el mismo título lo indica, sino a los colaboradores filológicos más útiles y calificados. En el "Boletín" se publica la lista de los actuales "Corresponsales Seleccionados..., Etc." Son nada más que sesenta y ocho. Leo los nombres, y clasifico a estos filólogos por sexos. Se descompone el total de esta manera: treinta y nueve mujeres, veintiocho hombres y un monseñor. ¡Aleluya! Las mujeres, las filólogas, estamos en aplastante mayoría. Y ahora... ¡asombraos! De las treinta y nueve damas, veintiuna — es decir, casi todas, — son de San Isidro, provincia de Catamarca. San Isidro, de Catamarca — según me entero por el "Nuevo Diccionario Geográfico Histórico", de Javier Marrazzo, — es un humilde pueblecito que está a orillas del río del Valle y cuenta apenas con 1808 habitantes. ¡Y ya tiene veintiuna filólogas! ¡Imaginad las que le corresponderían, en proporción, a Buenos Aires, con sus dos millones de almas!

Algo debemos hacer las porteñas para contrarrestar este sorprendente avance de las filólogas catamarqueñas de San Isidro. Pues si de las treinta y nueve colaboradoras del "Diccionario", veintiuna son de las orillas del río del Valle, en la obra figurarán los catamarqueñismos en proporción abrumadora.

¡Filólogas porteñas: Acudamos con los lunfardismos del bajo Belgrano, con los cocolichismos de la Boca, con los galleguismos del Centro de Chauffeurs, con los barbarismos de la Cámara de Diputados a batir la influencia nefasta de los neologismos del lejanísimo San Isidro!

El buen humor de los demás

HUMORISTAS ARGENTINOS

ENRIQUE LONCÁN ("Americus")

"ANATOLE FRANCE EN LA BALANZA" (1)

Desde la época de Tales de Mileto, que fué tan buen matemático como mal aficionado a las carreras, en los circos hípicos, el mejoramiento de la raza caballar se ha producido en razón inversa del mejoramiento de la raza humana. El turf argentino es uno de los más adelantados de la tierra; en Grecia las carreras eran mediocres.

La tarea del encargado de la balanza no sería tan simple si al pesar a los jockeys les pesaran también su conciencia. Siendo así, el peso mínimo de los handicaps sería de noventa kilos. Y muchos jockeys no entrarían en peso.

En Francia un juez en lo civil gana veinte mil francos por año, es decir: lo que gana en un mes el juez de raya del Hipódromo Argentino. Justo es reconocer que en los fallos de este último muchas veces es cuestión de cabeza.

Al leer en el programa los nombres de los clásicos advierto mi gran ignorancia sobre la historia argentina. Comprendo a qué se refieren los premios Moreno, Rivadavia, San Martín, Chacabuco y Maipú. En cambio, no advierto a qué prócer o batalla responden muchísimos otros, como: Primer Paso, Ocurrencia, Espirita... La historia de los pueblos jóvenes suele ser confusa y complicada.

Al final de los grandes premios clásicos me complace observar, conjuntamente en el pesaje, a los descendientes de los grandes caballos y a los descendientes de las grandes familias argentinas. La naturaleza es desconcertante y cruel.

En esta oficina hay algunos profesionales que inscriben sus caballos por manos de terceros, pues no saben escribir. Son los que ganan mayor número de carreras. El analfabetismo es una institución gloriosa. Por eso, los escritores nunca ganan.

La estabilidad del turf reside en el silencio de los caballos.

Las reuniones del Congreso se distinguen de las reuniones en el Hipódromo en que estas últimas siempre se inician a la hora anunciada. Además, los caballos no hablan.

Los novicios ganan, los catedráticos pierden. Está visto que el turf no es una ciencia: a medida que se avanza en los conocimientos, se retrocede en los resultados.

El empleado que toca la campana para anunciar la largada de cada carrera, realiza su tarea con la unción y la regularidad de un rito. No hay en todo el país una campana que reúna a tantos creyentes ni que haga vibrar más los corazones.

Nunca asisto al desarrollo de las carreras. Cuando hay reclamos, los propios comisarios, que las ven desde su casilla, con potentes anteojos, casi nunca se ponen de acuerdo. Es más cómodo y prudente acogerse a los hechos consumados.

Me intriga saber por qué todos los peluqueros de Buenos Aires son aficionados a las carreras. Por más que se medite, estoy seguro de que cualquier razón que se me dé será traída de los cabellos.

Para el buen carrerista la semana sólo tiene tres días: el sábado de la loca esperanza, el domingo de la dura realidad y el lunes del hondo consuelo. Los otros días son días innocuos, vacíos, aplastantes como los buenos consejos de las personas prudentes.

Ningún político perdona que la mala performance de un caballo promueva más interés que el mejor de sus discursos. Por eso los políticos odian las carreras y la gente prefiere ir al hipódromo y no al parlamento.

Lo único que hace respetables a los jugadores a las carreras es el optimismo; de lo contrario, por tontos, merecerían ingresar a la diplomacia.

El juego es un derecho exclusivamente legítimo para los pobres; los ricos que juegan, son tan ridículos y absurdos como los peces que se bañan.

La vida es un hipódromo en el que casi todos, hasta los que hacen trampas, hasta los que se acomodan, salen perdiendo.

La bandera roja es un símbolo de rebelión e incita las furias de las multitudes. El día menos pensado el Jockey Club puede arrepentirse de levantar una bandera roja en la casilla de los comisarios.

He oído mencionar a algunos cronistas deportivos, que en sus respectivos periódicos, acertaron los ocho pronósticos de una reunión y salieron perdiendo, a pesar de todo. Esos cronistas merecen ser casados.

Pregunta: ¿Qué hacen las mujeres de los diez mil aficionados que todos los domingos van a las carreras mientras ellos se dedican a las expansiones del turf?

---

(1) La muerte de Anatole France es una de las tantas travesuras del autor de "Le Puits de Sainte Claire". Con el mismo ingenio que le sirvió para urdir la trama de "Le Crime de Sylvestre Bonnard", y para saborear en vida la traición inevitable de su secretario Jean Jaques Brousson, el nieto de Rabelais ha fingido ese penoso drama que ante los ojos del mundo acabó con su existencia entre los perfumados canteros de La Bachellerie.
Anatole France no ha muerto. Vive en cuerpo y alma en Buenos Aires. Todos los domingos lo podréis ver en el recinto de la balanza del Hipódromo Argentino. Se ha recortado un tanto la barba, pero, aunque el fez típico y la "robe de chambre" inconfundible que difundieron su silueta doméstica de la Ville Saïd se ha cambiado por el uniforme verde y galoneado de los ordenanzas del Jockey Club, nadie deja de reconocerle en la agudeza de su mirada inquietante y en la solemnidad de su vejez augusta. De tiempo en tiempo transmite al papel las cosas que se le ocurren desde ese modesto cargo; sus pensamientos y reflexiones, de los que hoy damos algunas muestras, no deben ser ignorados por la posteridad.

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGÍA

Se sienta Tristán Bernard en un restaurant, y pide la comida. El mozo le sirve sopa.

— Mozo — llama Bernard al poco rato, — yo no puedo comer esta sopa.

El mozo le da el menú, y el ilustre humorista pide, esta vez, una sopa de cangrejos. El mozo se la sirve. Y un momento después, Tristán Bernard vuelve a llamarle:

— Mozo, yo no puedo comer esta sopa.

El mozo no comprende lo que ocurre, y llama al maître d'hôtel. Éste se acerca respetuosamente, y pregunta al escritor:

— ¿Qué es lo que tiene esa sopa, caballero? Todos los clientes la han en-



Su Ropa de Cama

podrá ser de lo mejor y más fino que exista, pero usted no la podrá apreciar en su verdadero valor ni en toda su belleza sino en el caso de conservarla siempre nítidamente blanca. Y esa blancura inmaculada, que uno desea ver en las sábanas, fundas y demás piezas de ropa blanca, sólo puede conseguirse mediante el empleo del "Azul de Reckitt marca Brasso". Es un artículo fino destinado al lavado de la ropa fina: la mantiene siempre blanca y aumenta su belleza.



AZUL DE RECKITT

MARCA BRASSO

En Bolsita y Perfumado

Importadores: J. F. MACADAM & Cía. — Balcarce 326 - Buenos Aires.

Los vientos fríos y el cutis

Durante el invierno las mujeres se hallan expuestas a ver su cutis horriblemente desfigurado por los estragos que en él logran producir los vientos fríos, lo que se verifica con mayor intensidad cuando el tiempo es de un frío seco. La piel se amorata, se endurece y termina por resquebrajarse, paspándose y agrietándose, lo que, además de antiestético, resulta sumamente doloroso. Para contrarrestar estas desagradables consecuencias de la estación invernal es menester acudir a la cera mercolizada que, aplicada al cutis, todas las noches antes de acostarse y cada vez que sea necesario salir al aire libre, tiene la virtud de mantener la dulzura y suavidad de la piel, resguardándola de los efectos del frío y contribuyendo a su constante renovación, pues la cera mercolizada hace que las partículas muertas de la tez se desprendan para ser reemplazadas por el nuevo cutis que de este modo viene a aparecer a la superficie de la epidermis para mostrar su fresca y juvenil lozanía. En todas las farmacias y en las casas dedicadas a la venta de artículos de toilette hállase cera mercolizada.



LAS CARRERAS DE MARATÓN

Uno de tantos "paavos". — Paavo Nurmi ya pasó hace un rato. ¿Cuándo pasará Maratón?...

---

contrado magnífica, y algunos hasta me han felicitado.

— ¡Oh!, yo no digo que no — respondió Tristán Bernard, — pero yo no puedo comerla porque no me han puesto cuchara.

Va Núñez a consultar al célebre profesor Caleañar. Pregunta por los honorarios que debe pagarle, y le responden que a la primera visita, cien pesos y a las siguientes solamente cincuenta. Entra Núñez a ver al médico, y le dice con cierta confianza:

— ¡Doctor, aquí vuelvo a verle!

El profesor le interroga, le ausculta, toma los cincuenta pesos que le entrega Núñez, y le dice, sonriendo:

— No hay nada nuevo, señor. ¡Siga usted con el mismo tratamiento de la otra vez!

Se le dice al portero de un museo:

— Tendrá usted mucho cuidado de que no entre nadie sin que deje su bastón en el guardarropas.

Llega un señor con las manos en los bolsillos.

— Caballero — le dice el portero, — tiene usted que dejarme el bastón.

— Pero, hombre, si yo no traigo bastón.

— ¡Pues vaya usted a buscarlo!

El doctor Camunes es llamado a hacer una operación a una localidad próxima a Buenos Aires. Llega y encuentra que el enfermo ha muerto.

— ¿Qué piensa usted hacer? — se le pregunta.

— ¡Psh!... Volverme.

— ¿Y sus honorarios?

— Ah, mis honorarios ya se sabe cuáles son. Mil quinientos pesos.

— ¡Pero usted no ha hecho operación ninguna!

— ¡Oh! Si es por eso... ¿dónde está el enfermo?



— Juana, me asombra tu constancia. Hace ya seis meses que no te divorcias...
— Te diré: mi actual marido viste siempre de azul marino, y ese color va muy bien con mi tapicería...

El beso de una rosa

Capricho trágico, irrepresentable

Por

PEDRO MUÑOZ SECA

UNA calle larga, estrecha, sombría. En su primer término, una casa de aspecto suntuoso, fachada obscura, y grandes ventanales. Sobre el amplio portal un escudo de bronce; sobre el escudo de bronce un balcón de gótico herraje, y en uno de sus ángulos una maceta con una rosa en flor. Es una tarde de primavera. La acción en cualquiera parte. Época actual. La calle está desierta. El reloj de una torre cercana da siete campanadas. La rosa del rosal del balcón las cuenta tristemente.

LA ROSA. — ¡Las siete! ¡La hora en que la niña apagaba mi sed! *(Una golondrina detiene su vuelo y se posa en el alero cercano.)* Ahí está la pobre golondrina: también ella sufre como yo.

LA GOLONDRINA. — *(Con voz entrecortada por el cansancio.)* ¡Qué! ¿Sabes algo nuevo?



LA ROSA.—*(Suspirando con tristeza.)* Nada: las cristaleras continúan cerradas como ayer; como hace dos días.

LA GOLONDRINA. — ¿Quieres que llame?

LA ROSA. — Sí, llama. *(La golondrina revolotea ante el balcón y picotea blandamente en los cristales.)* ¿Ves algo?

LA GOLONDRINA. — *(Posándose desalentada en el antepecho del balcón.)* No: están cerradas también las puertas de madera.

LA ROSA.—¡Tres días sin verla!

LA GOLONDRINA. — ¡Qué pena!

LA ROSA. — Tú puedes hallar en otra parte el alimento que aquí no encuentras ahora; pero, ¿y yo? Si la niña no me da de beber, ¿quién calmará la sed que me devora? Pedí agua al sol, y el sol me ha contestado con risas de fuego; pedí agua al aire, y el aire se ha burlado de mí, robándome mi aroma. Mi pena es mayor que la tuya, golondrina. Tú eres libre: tú sabes volar.

LA GOLONDRINA. — ¿Y de qué me sirve? De tal modo me acostumbré a sus miguitas de pan, que ya no me satisfacen los gusanos del monte ni los mosquitos de la pradera: tienen un sabor acre y una sequedad que me repugna. ¡Si ella se acordara de nosotros! ¡Si saliera al balcón como antes!...

LA ROSA. — Habría para mí linfa transparente.

LA GOLONDRINA. — Y blancas migas para mí.

LA ROSA. — Y nos miraría con amor.

LA GOLONDRINA. — *(Con cierta envidia.)* Y te acariciaría.

LA ROSA. — *(Estremeciéndose de placer.)* Sí, me acariciaría; me acercaría a su boca, a su boca, que tiene color de aurora y calor de sol.

LA GOLONDRINA. — *(Tras una breve pausa.)* Desengáñate, querida rosa: algo muy grave sucede a nuestra niña.

LA ROSA. — Sí; tienes razón. Veo entrar y salir de la casa a personas que me son desconocidas, y entran todos aprisa, y salen luego despacio, como cargados de tristeza. Anoche..., ¡ah!, tengo que contártelo, golondrina; anoche he sufrido el susto mayor de mi vida. Todo el día he pensado en él, y aun no he podido explicarme qué fué aquello.

LA GOLONDRINA. — *(Con curiosidad.)* Cuenta, querida rosa, cuenta.



LA ROSA. — Ven más cerca, tengo seca mi corola y el alzar la voz me hace sufrir. *(La golondrina salta al mismo borde de la maceta.)* Mira: era ya muy entrada la noche. Había humedad en el ambiente, y me dormí tranquila pensando en los ojos azules de nuestra niña y en el jarro de cristal que aplacó siempre mi sed. De pronto, me despertó el sonido agudo de una campanilla cuyo eco me era desconocido. Llena de sobresalto, miré, y... ¡qué susto, golondrina de mis pétalos!

LA GOLONDRINA. — ¿Qué era?

LA ROSA. — No lo sé: una visión fantástica que heló la savia de mi cáliz. Por el comienzo de la calle avanzaba una comitiva extraña; venían delante unos niños que vestían faldas rojas y blancos corpiños, otros con negras faldas y cuerpos de finos encajes, y muchos hombres, muchos, por una y otra acera, con unos faroles de sucios cristales, que irradiaban una luz amarillenta y pálida. Y todos caminaban despacio, tristes, silenciosos, con las frentes descubiertas, con los ojos fijos en el suelo, y sirviendo de cortejo respetuoso a un anciano vestido de oro, que traía entre sus manos no sé qué objeto envuelto en un paño fulgurante.

LA GOLONDRINA. — *(Con ansiedad.)* ¡Sigue!

LA ROSA. — Unos chicuelos que había en la calle se descubrieron y se arrodillaron. Asomaron luces a todas las ventanas, y oí palabras que no pude comprender y sollozos que me hicieron temblar. Hasta esa mujer que vive ahí enfrente, esa mujer perversa que tiene enjaulado a un pajarito, y corta las flores y las pone a marchitar en su pecho, hasta esa mujer iluminó sus balcones y se arrodilló en uno de ellos, y cubrió su cabeza con un negro paño.

LA GOLONDRINA. — *(Temblorosa, emocionada.)* ¿Y entró esa comitiva en esta casa?

LA ROSA. — Sí. ¿Por qué tiemblas?

LA GOLONDRINA. — Porque acabas de revelarme una espantosa verdad, que me resistía a creer. Nuestra niña, querida rosa, está enferma, moribunda acaso. En aquel cortejo que tú viste, venía el Dios a quien la niña adora.

LA ROSA. — ¿Y es bueno ese Dios?

LA GOLONDRINA. — Sí.

LA ROSA. — ¿Lo conoces tú?

LA GOLONDRINA. — De oídas. Mis antepasados lo protegieron. Fué un hombre a quien otros hombres clavaron en una cruz; y para atormentarlo arrancaron espinas a las zarzas y las clavaron en su frente.

LA ROSA. — Oye, golondrina: ¿cómo puede estar enferma la niña? ¿No dicen que es el hombre el rey de la creación?

LA GOLONDRINA. — *(Sonriendo cariñosamente.)* ¡Cómo se conoce que no vuelas!

LA ROSA. — ¿Por qué?

(Continúa en la pág. 64)

Actualidades gráficas

La fotografía artística



"Crepúsculo en el Parque de Bahía Blanca",
por Juan Carlos Martins



"El pelícano"
por S. P



"El descanso del boyero",
por Alejo Grelland

Notas de la semana

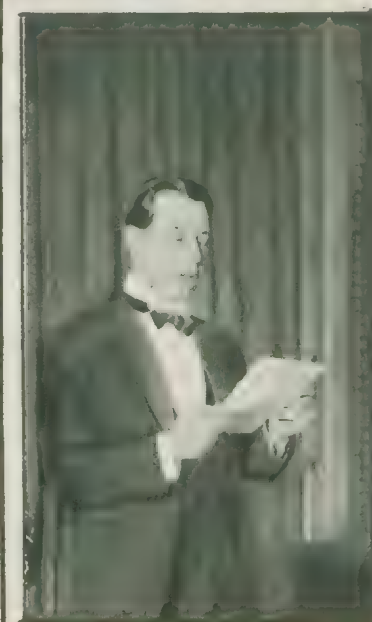
EN LOS "AMIGOS DEL ARTE"



FOTO CABADA

El salón de la popular institución de cultura, durante la conferencia pronunciada el día 7 del corriente, bajo los auspicios de la Sociedad de Conferencias, por don José León Pagano, sobre el tema "El nacionalismo en el arte"

EL DÍA DE BOLIVIA



El señor Enrique Loudet, pronunciando un discurso en el festival artístico del día 6



FOTO CABADA

Aspecto de la sala del Plaza Hotel en que se realizó dicho festival artístico, organizado por la Sociedad Argentinoboliviana para celebrar el aniversario de la vecina República, y al que asistieron el ministro de Bolivia y muchas personalidades representativas de nuestro país

DEMOSTRACIÓN A LOS ESCRITORES PREMIADOS



FOTO CABADA

Grupo de escritores, reunidos con motivo del banquete celebrado en honor de los literatos premiados en el concurso municipal de este año

La gran hazaña de Gertrude Ederle

FOTO CENTRAL PRESS

La nadadora norteamericana Gertrude Ederle, que, al atravesar en el día 6 del corriente el canal de la Mancha, a nado, en catorce horas y treinta minutos, no sólo realizó una prueba que no había conseguido mujer alguna, sino que también batió el récord de tiempo

FOTO CENTRAL PRESS

La autora de la formidable hazaña, acompañada de nuestra compatriota señorita Lilian Harrison y de Helmi, campeón egipcio de natación, en circunstancias en que los tres famosos nadadores intentaban, en Cabo Gris-Nez (Francia), realizar la prueba que ahora consiguió tan brillantemente Miss Gertrude Ederle



FOTO SPORT GENERAL

La campeona norteamericana entrenándose para la gran prueba en las costas de Inglaterra, en una de las ocasiones anteriores en que había intentado pasar el canal

Caricatura de Miss Ederle, por Kelen



"...Encerrado en su féretro de cristal, impresionaba como algo..."

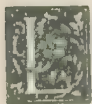
Un Viernes Santo en Salta

Por

JOSE HERNAN FIGUEROA

Ilustración de López





LOS conquistadores hispanos, que fueron guerreros a la vez que catequizadores — asesorados como se hallaban en materia de fe por las comunidades en sus exploraciones por estas tierras de Indias, — dejaron en las ciudades que fundaron una entrañable, profunda actitud religiosa. El habitante colonial supeditaba a cualquier consideración terrenal la divina, a cuyo culto, desde el jefe de familia, de ascendencia omnímoda, hasta el último componente de su grey, rendían inequívoco acatamiento y veneración. Oír misa, menor o mayor, rezar el rosario en familia todos los días, concurrir a la ceremonias religiosas que se celebraban, alternando la aplastante monotonía de la vida colonial cuando la guerra no turbaba pueblos y campos con sus dolorosos espasmos y asolamientos, era una obligación moral, a cuya estricta observancia nadie se negaba.

De la gente principal, el culto y sus ritos pasaron, encontraron mañoso asidero, al espíritu negativo del indígena — doblegado por el encomendero, — cuya religión politeísta guardaba su esoterismo, sin ser revelado jamás al blanco, su enemigo. Su admiración, que según se sabe estaba del lado de lo sobrenatural en sus manifestaciones violentas y aterradoras, poseía un sentido hondamente ornamental, simbólico, mediante cuyo arbitrio aplicaban la cólera de los elementos desatados.

El fraile y el jesuíta vieron que era precisamente esa pleitesía a lo sobrenatural y su afición a lo teatral de la liturgia un motivo del cual se podrían servir para abrir un boquete en el natural cerrado del indígena, y en ese punto concentraron su ariete, pregustando próvidas cosechas en lo futuro para el acervo cristiano. En esto, como en otras cosas, se equivocaron. El temperamento irreducible del indio no fué tocado por la doctrina que querían inculcarle; su enseñanza resbaló por su entendimiento, sin herir nada más que su sensibilidad visual, exteriormente su emotividad. De aquí resulta que la masa de la población de nuestras provincias mediterráneas, y principalmente las norteñas, que son las que conozco más de cerca, carecen del misticismo de todo culto; no penetrando los creyentes, en parte por ignorancia, en parte por tibieza, en el verdadero sentido de la doctrina del Mártir del Gólgota y sus secuaces. Nótese que me refiero principalmente a la gente del campo, no a los habitantes de la ciudad. Para el indígena, el catolicismo se concreta en lo exterior: a las ceremonias del ritual; a las pompas de los trajes, casullas y ornamentos; a la belleza de la Virgen y del Señor; a los majestuosos acordes del órgano; pero nunca ha penetrado, ni siquiera someramente, en el sentido del dogma y sus posibilidades. Ama a Tata Dios, sabedor que Él dispensa bondades, de acuerdo a los merecimientos de los buenos hijos, militantes en las prácticas piadosas, y castiga la perversidad de corazón con tremendo rigor; lo que no obsta para que, de vuelta a su retiro en la montaña o a la hondura del abra, descabalgando, arroje al pie de la apacheta el bolo de coca, el acuyico, ofrenda a Pachamama, el dios del cerro y verdaderamente suyo, por cuyo culto él irá lejos, pues es la religión de sus antepasados, y él el cuidador y benefactor de sus rebaños. En esta bifurcación de creencias no hay competencia sensible entre uno y otro dios: ambos caben en su cielo imaginativo, se mezclan, como pueden confundirse dos licores en el continente de un vaso.

A través del tiempo y sus generaciones, esta incomprensión ha ido esclareciéndose, y la mente del indio, en contacto con la ciudad, que es como decir civilización, descostrándose. Este indio, único propietario en verdad de la tierra de la que fué esquilmado, baja a la ciudad, a la casa del patrón, donde se dejará estar durante los días de las festividades del Señor del Milagro, de la Virgen del Valle u otro santo de fama. Allí se le acoge y se le da asilo y las vituallas necesarias. Él, acompañado de su familia, a su hora, cuando las múltiples campanas de la ciudad tañen dolidamente; con sus botas nuevas, su poncho estrenado en la ocasión, su traje tableado, mercado a un turco baratillero, irá a estacionarse bajo los soportales de la plaza principal, frente a la Catedral, con varias horas de anticipación para encontrar buen sitio, en espera a que aparezca el santo.



Las ceremonias de Semana Santa, si bien no tienen la atracción indudable de las del Señor y de la Virgen del Milagro, que se verifican en septiembre, imantan a la muchedumbre, cuyo corazón se acongoja, sufriendo los dolores y compadeciendo de veras, con la ingenuidad de su alma, al Cristo macilento, manchado con su propia sangre, y dulcemente caída la cabeza, lánguida, sobre el pecho, con la palidez de la muerte en su faz, con la frente horadada por duros y punzantes espinos.

Recuerdo, con particular videncia, una procesión de Viernes Santo en Salta, durante mi infancia, que aunque "mi vida cuenta un cuarto de siglo solamente", como dice en su verso mi gran amigo el poeta Mom, se me aparece como desligada de mí, igual que si nunca hubiera existido. Y aquí una confesión dolorosa, como un mal sueño: Mi infancia, que reconozco no quisiera tornar a vivir, fué sombría, inmisericordiosa, sin los halagos que experimentan los chicuelos y los muchos pesares de los mayores.

Desde la víspera, en la vieja casona de estancias como salones y alcobas como estuches de mis tías las Castro, se hacían los preparativos para el digno cumplimiento de la magna semana, semana de abstinencia, de rezos y trisagios, de rosarios y penitencias sin interrupción. Espíritus empapados en un fanatismo cerrado a cal y canto, mis tías no admitían argumentación, por convincente que ésta fuera. Una vez intenté, irritado con una precoz iconoclastía, derribar falsos conceptos que no había, según yo lo entendía, sino tomar en su sentido puramente simbólico. Creo, si mal no recuerdo, se trataba del traspaso de la costilla de Adán a su compañera, la inocente cara mitad que tan malos momentos le habría de proporcionar después. Nunca he visto indignación mayor de mujeres. Con las facciones descompuestas, los puños cerrados, lívidas por la iracundia, las tres, "como un solo cuerpo", casi me arrojan de la mesa en las cual me servía los frugales manjares de la pobreza.

La tarde del Viernes Santo, una vez cumplida la asistencia al sermón de las Tres Horas, durante el cual el orador hacía estremecer el alma de sus oyentes con su voz sonora y sollozante en los pasajes patéticos de la delación de Judas; trémula cuando relataba, pintando con imágenes gráficas, el sudor de la Agonía; fogosa en los apóstrofes contra los fariseos; fatigada y candorosa contando las angustias de la madre de Dios y las mujeres; verdaderamente conmovedora al trazar el cuadro final y magnífico de la muerte de Jesús, pendiente del tosco madero, desangrado ya cuando la lanza de Longino le hendió las flacas carnes con ímpetu de beodo, y las santas mujeres, Magdalena entre ellas, limpiaban con su lienzo la sangre de Aquel que había de regresar a su trono el tercer día, acompañado por el ladrón, soldado de la ralea, que le había dicho en la hora postrera del sufrimiento y de la recapitulación: "Señor: cuando estés en tu reino, acuérdate de mí."

Mi imaginación, que era mucha, patentizaba el cuadro solemne, dándole lo que le faltaba, los caracteres siniestros los tornaba lúgubres, y tanto pensé en ello que por poco sufro un vahido, debilitado, como también estaba, por el largo plantón.

Puesto bajo la custodia de una sirvienta, alta, con una voz de trueno y ademanes de marimacho, me enviaron a presenciar la procesión que al crepúsculo saldría de la Merced. La tal sirvienta, recuerdo la apodaban "La Micha" (la Gata) por su bozo de carabinero, contrariada, decidió marcharse por sus cabales en compañía de cierto mulato que la aguardaba, y que había visto rondando la casa en varias oportunidades. Yo constituía para ella un estorbo de la peor especie, con mucho de espía. Me quitó de por medio, dejándome al cuidado de una amiga que vivía en la esquina de la plaza, criada del cura Torrezna, un hombre taciturno a quien se le había prohibido oficiar porque una vez bajo la influencia de cierto vinillo, en plena plática, espetó a sus amadas hermanas un discursillo con citas neopaganas, removiendo la paz de sus seráficas oyentes. El tal cura, que de vez en cuando aparecía por las calles, la cara mustia, con las manos cruzadas en la espalda, paseante, melancólico, era para mí un personaje misterioso y fascinante, que miraba de reojo, a la distancia, con pavor casi.

(Continúa en la pág. 85)

Las actrices bonitas



FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

Claire Windsor, de la escena muda yanqui

Informaciones de Inglaterra

UN ARGENTINO QUE ACTÚA COMO JURADO GANADERO EN INGLATERRA

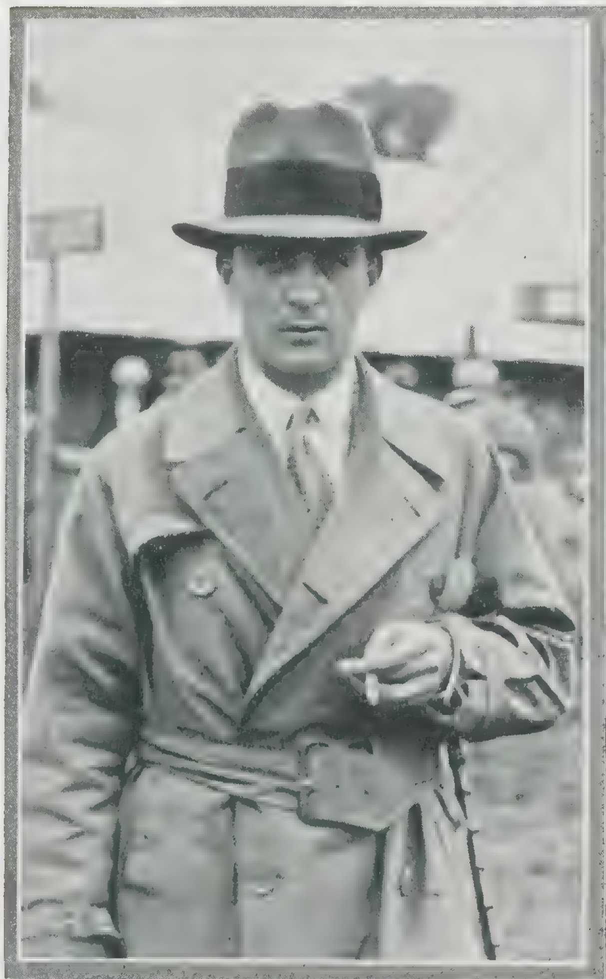


FOTO SPORT GENERAL

El señor Carlos Pereira Iraola, que ha actuado con éxito como jurado en la Real Exposición Ganadera de Reading (Inglaterra)



El señor Pereira Iraola examinando los campeones Herefords en el gran certamen ganadero de Inglaterra

FOTO SPORT GENERAL

BODAS DE ORO



El Sr. Francisco H. Chevalier Boutell y su señora Rosa Granero, el día de su enlace (junio 22 de 1876), y cuyas bodas de oro se celebraron últimamente



En 1901, el día de las bodas de plata



FOTO N. N.

En 1926, en sus bodas de oro

LA POPULARIDAD DE LILY ÁLVAREZ, CAMPEONA DE TENNIS



FOTO SPORT GENERAL

La gran jugadora española Lily Álvarez, que llegó a finalista en el campeonato mundial de tennis verificado en Wimbledon, alcanzó en Inglaterra extraordinaria popularidad, como puede verse en la presente fotografía, donde aparece escoltada por un grupo de alumnas de una escuela

Nuestro gran mundo

FOTO VAN RIEL

Señora Luisa Martínez de Hoz de Saint



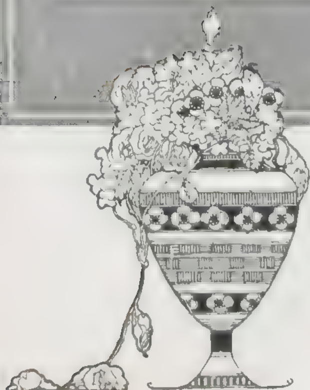
FOTO WITCOMB

Señorita María Victoria Elizalde



Señora Vicenta María Alsina de Salas

FOTO VAN RIEL



El atletismo femenino







El grupo femenino de las olimpíadas de Londres, encabezado por Miss E. W. Edwards y Miss N. E. Callebaut, en el desfile organizado con motivo del campeonato de la Asociación Atlética Femenina de Aficionadas, en Stamford Bridge

FOTO SPORT & GENERAL



FOTO SPORT & GENERAL

Miss Hilda Hatt, la campeona de carreras con vallas, dando el salto largo que le permitió permanecer invicta en las pruebas del referido campeonato de Stamford Bridge, disputado entre las principales atletas femeninas británicas, el 19 de junio último



FOTO SPORT & GENERAL

Miss Hatt, la campeona de carreras con vallas, en momentos en que es sometida a un masaje, durante las pruebas del referido torneo atlético de Stamford Bridge



FOTO SPORT & GENERAL

En el mismo torneo. La final de la carrera de las cien yardas, que fué ganada por Miss F. C. Haynes, de las Olimpiadas de Londres. Obsérvense las expresiones de las corredoras

En el mundo del cine



FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

Aileen Pringle y Edmund Lowe en una escena del "film" "Almas Gemelas", de la Metro-Goldwyn-Mayer, en que ambos intérpretes actúan como protagonistas



FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

Los mismos actores en otra parte de la misma película, que pronto será estrenada en Buenos Aires por la Metro-Goldwyn-Mayer



FOTO LOUIS P. VERANDE

La actriz francesa Nilda Duplessy, que actuó en nuestro teatro Cervantes, aparece aquí con el actor italiano Maddori, con quien trabaja en una serie de producciones que en breve serán pasadas por nuestras pantallas



FOTO WYNDHAM

Una pose de Mlle. Lions que interpreta uno de los papeles importantes en el "film" francés "Marguerite, la mannequin"

Los grandes enlaces

Señorita Amalia Frías Padilla, que hace pocas semanas contrajo enlace con el señor Luis Martel
FOTO F. PEREZ





Señorita Susana Schoo Obligado, el día en que fué bendecido su casamiento con el señor Manuel Blancas
FOTO F. PEREZ



Señorita Elena Ocampo Vedoya y señor Pedro Antonio Lobos, el día de su casamiento
FOTO F. PEREZ

Señorita Mercedes Doblas y señor Carlos O. Herrera, cuyo enlace fué bendecido recientemente
FOTO F. PEREZ





Notas del extranjero



Grupo tomado en oportunidad de las pruebas efectuadas en Hamble (Inglaterra) del primer aparato autogiro de la Cierva, adquirido para la Royal Air Force de la Gran Bretaña. De izquierda a derecha: Mr. A. V. Roe, el inventor español señor de la Cierva y el piloto capitán F. T. Courtney



FOTO SPORT GENERAL

El autogiro de la Cierva, piloteado por el capitán Courtney, efectuando pruebas, el 22 de junio, en el aeródromo de la casa constructora del aparato, en Hamble, cerca de Southampton, donde fué ensayado con todo éxito. La mancha blanca en el suelo indica el lugar preciso donde el aparato debe aterrizar



FOTO HENRI MANUEL

El escultor Lano Nacca, después de haber terminado los bustos de los artistas Jules Berry y Suzy Prim, "vedettes" del teatro Mathurin, de París, que en esta fotografía aparecen al lado de sus respectivas esculturas



FOTO SPORT GENERAL

La tradicional ceremonia inglesa llamada "Dunmow Flitch", que este año fué presidida en Ilford (Inglaterra) por Mr. O'Connor, y que consiste en premiar con un gran trozo de carne de cerdo a la pareja que a juicio de un tribunal de solterones demuestre que ha vivido durante un año en perfecta armonía matrimonial y sin desear volver a la soltería



FOTO SPORT GENERAL

Después de la ceremonia del "Dunmow Flitch", en Ilford (Inglaterra). Los dos premios, llevados en andas por las calles de la ciudad, seguidos con toda solemnidad por las parejas premiadas, el jurado de la llamada "Corte de amor" y numeroso público

El chic femenino

Las modas para las chicas



FOTO HENRI MANUEL

Vestido de muselina y crepe estampado, de varios colores, creación de la casa Folvary de París



Abriguito de paño inglés, en los colores beige y marrón, modelo de Folvary

FOTO HENRI MANUEL



FOTO HENRI MANUEL

Vestidito cómodo, de taffetas azul con ribetes en azul más obscuro.



Otro modelo de la misma casa. Vestido de crepe color limón, con cinta azul

FOTO HENRI MANUEL

Olio Sasso

El Preferido En Todo El Mundo





Camisa calzón de crepe de Chine, adornado con encaje ocre y finísimas alforzas

La moda, estilizando la silueta femenina, ha reducido a su más mínima expresión las prendas de la lencería moderna

Por BIJOU





Delicioso jueguito de camisa y calzón de crepe de Chine, con primorosos bordados sobre tul

UÁL no sería el asombro con que nuestras abuelitas observarían las tendencias actuales de las elegancias íntimas! ¡Cuál no sería su asombro y cuáles no serían sus reproches! Porque ellas jamás han podido concebir la maravillosa evolución que han sufrido las prendas de la lencería en un lapso tan relativamente breve. Pero, junto a ese asombro y a esos reproches de nuestras veneradas y queridas antepasadas, se pondría de manifiesto la admiración de las elegantes de la antigüedad, de aquellas que lucían esa maravilla que se llamó camisa túnica egipcia, de un tejido transparente y casi impalpable, y de aquellas mujeres de la Grecia clásica, cuyas túnicas de lino, muy cortas, y ceñidas a los talles por medio de cinturones, constituían a veces sus únicas vestimentas...

Y en verdad que la lencería de hoy es digna de ser admirada por las más refinadas elegantes de la Grecia y del Egipto antiguos, porque si aquéllas poseían riquísimas telas de oro y plata, gasas impalpables, sedas maravillosas, perfumes exóticos, nunca llegaron a experimentar las delicias de esas leves camisitas de hoy, que dijérase son poemas delicados transformados en un trozo de seda perfumada...

La moda, estilizando la silueta femenina, ha reducido a su más mínima expresión las prendas de la lencería moderna. El ayer, en que los trousseaux de nuestras abuelas eran constituídos por docenas de prendas, a cual más amplia y casta, parece haber muerto definitivamente para la moda, ya que con gran dificultad podrían nuestras elegantes resignarse a abandonar, después de haberse acostumbrado a ellas, esas encantadoras camisitas y combinaciones de crêpe de Chine, de crêpe mongol, de crespón, que tanta popularidad han alcanzado, al punto de que casi podría decirse que son las únicas elegancias íntimas que hoy se llevan. Con su boga se han alcanzado las notas más elevadas de la distinción y del buen gusto, en mérito a las fantasías y originalidades que los creadores han derrochado en su afán de hacer de la lencería la síntesis más perfecta de lo gracioso, de lo bello y sutil. Los tejidos que para esas prendas se utilizan son de una flexibilidad realmente maravillosa, permitiendo el lucimiento de esa profusión de adornos que constituyen sus más preciados atractivos. El crêpe georgette en este sentido ha sido un poco abandonado, no obstante ser tan delicioso para la ropa íntima. Su abandono débese a que no resulta tan práctico como el crêpe mongol y los crespones. Finísimas filigranas que embellecen esos tejidos, en las prendas de lencería, aumentan notablemente el encanto del efecto natural.

En cuanto a los colores, no se conoce límite severo. Claro está que por su suavidad son preferidas las tonalidades pálidas; pero ello no significa que los fuertes sean definitivamente descartados. Los contrastes de colores, a los que tanto favor se les dispensa cuando se trata de vestidos, han invadido también los dominios de la lencería. En ella se aceptan las combinaciones más audaces. A veces, sobre un fondo unísono se colocan adornos en forma contrastante.

La imaginación de los creadores no se ha detenido ciertamente en las camisitas sutiles y en las camisas calzón. Perseverando en su afán de simplificar hasta la expresión más mínima las prendas de las elegancias íntimas, han logrado reunir con un tacto realmente admirable, la camisa, calzón y combinación en una sola pieza; en otros modelos la combinación se ha reemplazado por una blusa, permitiéndose, en mérito a ello, substraerse al fastidio que causan una multitud de botones, las gomas, los alfileres, etc.

Esas combinaciones de blusa, camisa y calzón, uno de cuyos modelos ofrecemos a nuestras lectoras en la presente página, pueden hacerse en crêpe de Chine o en crêpe mongol de color naranja. Su jabot, que también puede ser finamente plisado, se presta admirablemente para ser lucido con un elegante vestido de reps azul, sin tener necesidad de recurrir a los petos ni a los jabots sueltos.

Otro de nuestros modelos es una camisa calzón de crêpe de Chine color bois de rose, cuya blusa presenta adornos de botones de nácar. (Lo mismo que el anterior puede acompañar ventajosamente a cualquier vestido abierto.)

En algunos meses más, cuando los fríos desaparezcan ante la invasión de los primeros calores, esos modelos serán, sin duda, interpretados en linón de hilo de colores suaves, a cuya flexibilidad une esas virtudes tan suyas que hacen de ese tejido, por su frescura, de los preferidos para la lencería de verano.

Antes de finalizar, y sin temor a la redundancia, bien puede repetirse que si bien las elegancias íntimas de hoy asombrarían y hasta escandalizarían a nuestras abuelitas, en cambio son susceptibles de atraernos la más franca admiración por parte de aquellas mujeres que tuvieron la fortuna de vivir en una época en que la belleza personal significaba el mayor timbre de aristocracia.



Combinación de blusa, calzón y enagua de crepe de Chine color bois de rose



Encantador modelo de blusa combinación, realizado en crepe mongol color naranja

"EL HOGAR" NO PUBLICA AVISOS DE PROCEDENCIA SOSPECHOSA, DUDOSA O EQUIVOCA

Las ciudades progresistas: Junín



FOTO CUENIN

El nuevo local del Banco de la Nación Argentina, inaugurado recientemente en la ciudad de Junín



FOTO CUENIN

El Sr. Luis E. Zuberbühler, presidente del Banco de la Nación, con altas autoridades provinciales, durante la inauguración del nuevo edificio



FOTO CUENIN

Interior del nuevo edificio bancario, que fué librado al servicio público últimamente en Junín

Madame Curie

(Continuación de la pág. 11)

la entusiástica recepción que le hizo Estados Unidos en 1921.

El homenaje de los grandes hombres, el clamoroso aplauso de la muchedumbre desbordante en las calles de Washington, no fué menos elocuente que el homenaje de las mujeres norteamericanas. Para traducir su devota admiración por madame Curie idearon obsequiarle con un gramo de radio, adquirido en millón y medio de francos por subscripción popular, para hacer más digna la ofrenda.

Tócale hoy en suerte a América del Sud la distinción de hospedar a tan ilustre mujer, cuyos triunfos cotidianos en el laboratorio y en la cátedra nos hacen esperar sorprendentes revelaciones para el futuro.

El arte de realizar elegancias económicas

(Continuación de la pág. 12)

se le agrega un crêpe de China de un tono más claro, alforzándolo todo o lo que sea necesario. Una cinta de terciopelo en el cuello armoniza con la tonalidad del agregado y pone una nota más de encanto al elegantísimo vestido.

El primer modelito de la ronda es de taffetas color "bois de rose", cuya mayor belleza reside en su forma de pétalos. Para darle un largo conveniente, nada más sencillo que agregarle unos pétalos de un tono más obscuro o formando "degradé".

He aquí un vestidito de lanita a cuadritos marrón y beige, que de un año para otro quedó cortísimo. Para alargarlo se recurre a un trozo de paño o de crêpe mongol color beige, y se termina el modelo con una corbatita que armonice con el pequeño añadido.

El quinto modelo es de paño bleu. ¿Que cómo lo alargaremos? Pues, mediante unos tablones de paño más claro o más obscuro que forman el ruedo un poco irregular. Para que con ellos haga "pendant" se hacen del mismo paño el cuello y los puños.

Y, por último, he aquí un modelito de terciopelo ocre que puede ser alargado en una forma originalísima por medio de un canesú. De la parte de atrás se saca un pedazo, que sirve para hacer el canesú, y en su reemplazo se agrega unos tablones de crêpe georgette del mismo tono. Se termina el vestido adornando con el mismo crêpe el cuello y los puños.

Ya ven, pues, mis lectoras, de cuántas distintas maneras se puede alargar los vestiditos de las pequeñas elegantes.

Plantel de facciosos...

(Continuación de la pág. 17)

la lanza al galope. Los facciosos, sorprendidos, se miran y escuchan el resonar de las herraduras en la campiña venezolana.

AL mediar la noche, los jinetes irrumpieron en el valle en donde se alzaba el convento de Santa María de Tor, y detuvieron, amedrentados, sus cabalgaduras. Una gran ostia era la santa casa, envuelta en llamas. Los gritos de las novicias, llenas de temor, acosadas por el fuego terrenal, eran estrellas salidas de la tierra hacia el cielo encapotado.

Fray Alonso, sintiendo en sus oídos el clamor angustiado de las profesandas, y en su espalda la llamarada que consumía a la mansión que un santo varón, español y cristiano, había edificado en el siglo XVI, huyó a campo traviesa, sin norte, atormentado por la terrible locura del remordimiento.

Los bergantes reflejaban un asombro sin límites...

DÍAS más tarde, las olas arrojaron el cadáver del caudillo a la playa de Guanoi, en la Isla Grande de Lorán.

La partida se disolvió. El norte del Brasil acogió en su naturaleza ubérrima y solitaria a los veinte facciosos, perdidos para la causa — triunfante, sin embargo — de S. E. el general don Cipriano Castro.

Guía de la mujer práctica

Las transformaciones prácticas Un vestido de fiesta, de sarao, no por usarse poco deja de sufrir deterioro. Son particularmente los tejidos como el velours, el terciopelo, los más sensibles al uso frecuente, o que al menos dejan notar pronto algunas huellas desagradables.

El vestido de terciopelo, en especial, al sentarse, adquiere bien pronto algunas arrugas difíciles de disimular; de donde, una toilette de valor y estima pasa en virtud de tal circunstancia a aparecer defectuosa por un pequeño detalle y aun cuando el resto de la prenda se conserva flamante.

Una pequeña transformación, sin embargo, hecha con ingenio, permitirá utilizar por bastante tiempo un vestido que todavía está en condiciones de lucir. Bastará aplicarle un volante en forma, del mismo género, que se puede decorar con aplicaciones o bordados (estos últimos están de gran moda) y no solamente quedará oculta completamente la parte deteriorada del vestido, sino que éste resultará ingeniosamente modernizado con el lujoso aditamento.


Vestido de terciopelo negro, transformado con un simple volante en forma

Examinando el lindo grabado podrá apreciarse mejor el resultado obtenido con la transformación que acabamos de explicar.

El uso de las perlas Nunca, como ahora, se ha visto generalizado el uso de las perlas. Rara es la mujer que no posee su collar de perlas, legítimas o falsas, compuesto de varios hilos, que resplandecen sobre su piel.

Pero, consideremos: esas perlas, cualquiera que sea su oriente, embellecen siempre a quien las lleva? No, en verdad. Algunos cutis sufren con el contacto de las perlas; aparecen debajo de ellas, amarillentos o ennegrecidos, desagradables a la vista.

Hay, no obstante, muchas morenas a quienes sientan admirablemente bien las perlas. Es muy difícil precisar el color de la piel que no se aviene con el matiz de las perlas. Pero el hecho es cierto. Hay cutis especiales para perlas, y hay otros a quienes su vecindad los afea.

Es práctico, por consiguiente, antes de adquirir un collar, observar delante de un espejo, si se posee un cutis para lucir las perlas; de lo contrario, es prudente abstenerse de usarlas.

El cuidado de la ropa Debe ser práctica de toda buena dueña de casa revisar cuidadosamente la ropa blanca antes de enviarla al lavado. Algunas prendas conviene repasarlas antes de esta operación; otras, bastará hacerlo después de lavadas, pero antes de ser enviadas al planchado. La lencería de cama y mantelería conviene, si está algo rota, componerla antes del lavado, o, al menos, prevenirla con algunas puntadas, para que no se rasgue más.

Las prendas de buen género que empiezan a transparentarse, deben ser zurcidas antes de que se les forme el agujero.

Cuando se trata de zurcir alguna tela muy fina, tal como seda, conviene poner en el interior de la parte gastada un pedazo de tul, que servirá para mantener el zurcido unido y plano. La parte de tul sobrante se recorta.

Antes de guardar la ropa debe reponerse los botones que falten, los broches y la cinta de hilera.

Coser un botón parece la cosa más vulgar, sin embargo, es una operación que pocas veces se hace bien. Para las piezas de la ropa de casa, deben coserse los botones siempre sobre material doble; y si todo esto no es posible, se coloca debajo del botón una piecita de género como refuerzo. Los botones deben coserse dejando el hilo algo suelto y formando debajo del botón un pie mediante unas cuantas vueltas de hilo.

A las sábanas gastadas se les puede alargar la vida cortándolas por el medio y uniendo los lados. De esta manera la parte delicada o gastada pasa a las orillas, que son las que sufren menos.

Estas sencillas preocupaciones de toda ama de casa son de tan grande utilidad doméstica que no es necesario enaltecerlas.

Cómo se hacen sombreros de cintas Los sombreros de cinta, que ahora se estilan, son de una gran novedad, de un estilo gentil y gracioso, y de una gran oportunidad para media estación. Tienen, sobre todo, la propiedad de que su confección es muy entretenida y se presta muy bien para que la ensayen e intenten aquellas de nuestras lectoras a quienes agraden este género de confecciones.

De los dos modelos que reproducen los grabados adjuntos, el uno, (fig. 1), se ejecuta con 1 m. 50 de cinta de 10 a 11 cm. de ancho, dividida en seis trozos iguales que componen cada uno un sector de la copa y de ala, formada ésta por la prolongación de aquélla. Se corta en bies uno de los extremos de cada trozo de cinta sobre una longitud de 9 cm., y sobre un borde solamente, para formar el fondo de la copa. Se unen las cintas por la extremidad cortada en bies, haciéndolas montar. Se las cose en seguida fijando el borde al biés de una cinta bajo la orilla de la cinta siguiente. A medida que la costura se aproxima al ala, se van descruzando las cintas, en forma de que al llegar al ala no haya más que unirlas por el extremo borde de las orillas.


Fig. 1


Fig. 2

Los dos sombreros de cinta cuya fácil confección se explica en estas líneas

Para obtener el otro modelo (fig. 2), se necesitan 75 cm. de cinta de 18 cm. de ancho y 1.50 cm. de cinta de 6 cm. de ancho. Se prepara un bandeau de espartería con un biés de 65 cm. de largo y 5 cm. de alto, que se cierra a la medida de la entrada de la cabeza.

En la cinta ancha se corta un óvalo de 10×7 cm. para el fondo de la copa y un bandeau de 64 cm. de largo. Se cierra éste por una costura y se marca en el alto, un punto de señal o referencia, dividiendo el todo del contorno en octavos, o sea cada 6 ½ cm. En el lugar de estas señales se ejecutan repulgos de 2.50 de profundidad por 9 cm. de largo. Se coloca el borde así repulgado sobre el fondo oval.

Para el ala, se corta sobre la cinta estrecha un trozo de 70 cm. de largo y se cierra por una costura. Se pliega en dos y se estira el pliegue tanto como se pueda. Se toma el bajo del biés de espartería entre las dos orillas de la cinta, que se hace sostener ligera-

(Continúa en la pág. 68.)

JORDAN

OCHO EN LINEA

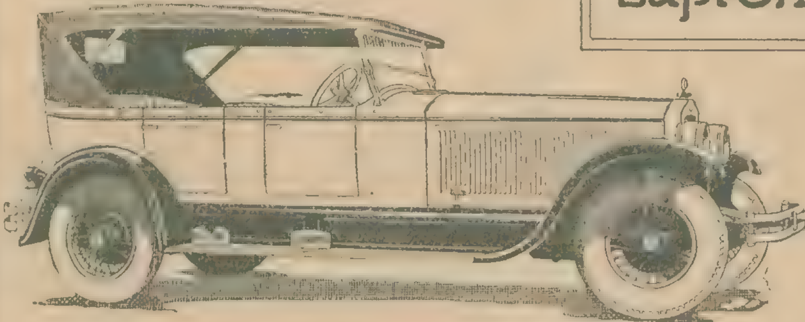


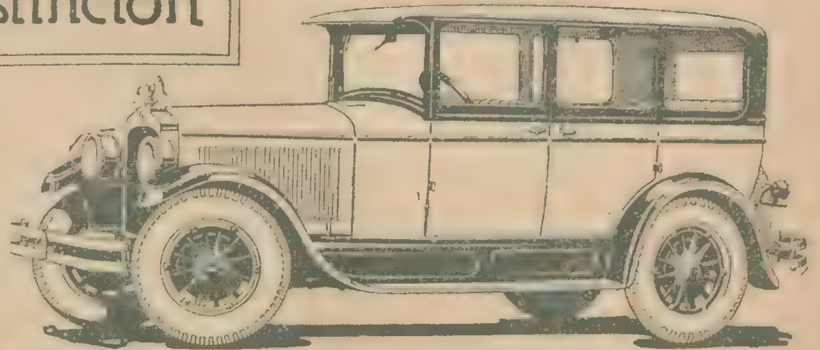


Doble Faeton, $ 10.480 m/n s/w. Bs. As.

El Automóvil de suprema distinción

Sedan J., $ 8.200 m/n s/w. Bs. As.





Su elegancia se define en la ausencia de cosas superfluas. Las líneas impecables de su carrocería y el más esmerado confort imprimen a esta marca el sello inconfundible de distinción que le ha dado renombre.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

Haga una visita a nuestro SALÓN EXPOSICIÓN

OBIGLIO & HIJOS
Bme MITRE 1215
BUENOS AIRES

SOLICITE CATÁLOGO ILUSTRADO

Para Agentes de prestigio y responsabilidad capaces de representar el JORDAN, tenemos plazas disponibles.

Excelente para las

Personas Anémicas



Para combatir eficazmente la Anemia es indispensable aprovechar todo elemento de nutrición y hacer sangre nueva. Esto se consigue con la legítima preparación de aceite de hígado de bacalao de Noruega, con hipofosfitos y glicerina, la incomparable Emulsión de Scott

Rica en Vitaminas y otros elementos nutritivos fortificantes, tómese para combatir toda debilidad o enflaquecimiento y robustecer y vitalizar el organismo.

EMULSIÓN de SCOTT

Rica en Vitaminas

SI TOSEIS Y ENFLAQUÉCEIS

Haced uso de la

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

que es el remedio eficacísimo en la **BRONQUITIS CRONICA**, en los **RESFRIADOS** antiguos y descuidados, en la **Convalecencia** de la **PNEUMONIA** y de la **GRIPPE** y el mejor agente curativo de la **TUBERCULOSIS**

Procura á los **NIÑOS** débiles y propensos á **BRONQUITIS** un temperamento resistente y **PULMONES ROBUSTOS**

Millares de Enfermos le deben su curación.

L. PAUTAUBERGE
10, Rue de Constantinople
PARIS
Y LAS PRINCIPALES BOTICAS



El secreto es la higiene sistemática. Dósis frecuentes de LAXOL le servirán a Ud. para retardar la vejez y mantenerlo fuerte. El purgante perfecto para cualquiera edad es



SE VENDEN LOS CLISÉS USADOS EN ESTA REVISTA

Dirigirse a esta Administración:

Río de Janeiro, 254 Buenos Aires

Quaker Oats

DELICIOSO NUTRITIVO ECONÓMICO



Alimento Mellin

(Mellin's Food)

el alimento que nutre

Observando un régimen de leche de vaca modificada, enriquecida y hecha digestible por él.

El Niño Aprovechará

Muestras y librito útil a quien los pida a H. W. Roberts & Cº
31, Calle Esmeralda, Buenos-Aires
o Mellin's Food, Ltd.
Londres S. E. 15 (Inglaterra)





"...pendía una mano fría..."

Un suceso misterioso

Tradición colonial

Por

SARA SOLÁ DE CASTELLANOS



SILENCIOSAS y tranquilas fueron las noches coloniales en Salta.

Con el toque de queda recogíanse sus habitantes, cerrábanse las casas, y esta noble ciudad del virreinato dormíase a la sombra de su cerro y bajo la mirada luminosa de las constelaciones tutelares.

Si la luna levantaba su faz por sobre el verdinegro San Bernardo, se embellecía el paisaje bajo su claridad incomparable. Blanqueaban los patios y los huertos sombreados por naranjos de perfumadas copas, dibujaban los claustros silenciosos el obscuro festón de sus arcadas, recortaban los altos campanarios sus caladas siluetas, y el agua de los hondos tajaretes, que pasa sin rumores, se cubría de reflejos de plata.

Pero si obscuro se mostraba el cielo, reinaban las tinieblas más profundas.

En las callejas lóbregas y estrechas, los tejados tendían sus aleros sobre la acera de inseguras losas, y en los hondos portales hacíase más negra aún la sombra.

En las amplias casonas descansaban confiados los amos y los criados, pues bastaban para seguridad de las moradas los enormes cerrojos de las pesadas puertas claveteadas, y aunque tras de ellas guardaban sus tesoros los primorosos cofres de las joyas, y grandes arcones rebosantes de "fernandinos" y de onzas, no entraban los ladrones en su busca, pues en aquellos tiempos hasta tales villanos tenían más romántico el espíritu, y preferían a un vulgar escalamiento de muros, un novelesco asalto de emboscada.

Así que fué suceso extraordinario, el que ocurrió la noche en que Maurín durmió profundamente, mientras tras de su puerta otro hombre realizaba una acción desesperada y heroica. ¿Qué circunstancias arrastraron a ese hombre a intentar esa trágica aventura? ¿Quién alentó su espíritu espartano para darse en silencio tan terrible martirio?

Las sombras de la noche y del misterio guardaron el secreto, aunque con él ligóse a media voz el repentino viaje hacia el Perú de un linajudo caballero.

ERA Maurín un viejo comerciante, con fama de tan rico como avaro. Su tienda, que ocupaba la esquina de una casa colonial que aun se conserva, en una calle céntrica, era tenida por un pozo de plata.

Vivía solo en la casa; ocupaba un rincón de la trastienda su lecho, y frente a frente, el gran arcón de férreas cerraduras, donde día tras día íbase acrecentando su caudal.

Aquella noche, Maurín aun no dormía.

¿Acaso recontaba la áurea cosecha de su trabajo diario?

¿Pensaba, acaso, en la sencilla aldea de la patria distante?

Lo real fué, que en la calma de la noche, escuchó un ruido leve y persistente.

Movióse muy despacio, y quedamente se dirigió a la tienda, con cautela.

Volvió en torno la vista, buscando el origen de aquel ruido, y vió, con asombro, que en la puerta abrían lentamente un agujero.

En su sorpresa, no mostró alarma, más ideó una venganza.

Esperó largo rato, hasta que por aquel agujero se introdujo una mano.

Cogió una cuerda, amarró a los cerrojos fuertemente, pero muy fuertemente aquella mano, y ¡lo creeréis?, se retiró a dormir!

¿Cuántas horas pasó el desventurado de tan dantesco suplicio?

Su férrea voluntad selló los labios al horrible dolor, y en el silencio realizóse esa lucha sobrehumana, pues Maurín nada oyó, y al otro día abandonó su lecho muy al alba.

Entonces, a la luz de la mañana, contempló con espanto un gran charco de sangre, y que en la puerta pendía una mano fría... lívida... yerta...

La desilusión de las muchachas recién casadas

(Continuación de la pág. 7)

El ladrón ha declarado — según el telegrama — que robó porque necesitaba dinero para atenuar *el aburrimiento* que le causaba la vida con una aristócrata que siempre le hablaba en literatura y en francés. Había deseado librarse de ese aburrimiento, dándose dos semanas de expansión con una plebeya que le hablara en ruso. Al efecto, robó y se hizo acompañar durante ese tiempo con una modesta vendedora de tienda cuya cultura y cuyos chistes estaban al nivel de su humilde ilustración de obrero bolchevique.

"Ya que las niñas no permiten que sus padres les elijan el novio, debería imponerse a las muchachas que no se casaran hasta cumplir los treinta abriles" — dicen los psicólogos viejos.

¡Locura! En este siglo de velocidad, en que sólo los hidroaviones andan despacito, no es posible exigir que las mujeres esperemos a cumplir los treinta años para elegir marido.

LOS novios se sientan a mediodía en un banco de la plaza de Flores. una nenita de diez años se sienta junto a ellos. La chica les estorba. No los deja hablar porque los oye, los mira, los estudia...

— Toma diez centavos, nenita. Cruza enfrente y cómprate caramelos.

— ¡No, gracias! No quiero caramelos.

— Toma entonces un peso y vete a comprarte una muñeca.

— No quiero muñecas. No me gustan.

— Toma dos pesos y cómprate un vestido.

— Si yo no quiero plata.

— Entonces, ¿qué es lo que quieres?

— Quiero aprender a hacer el amor...

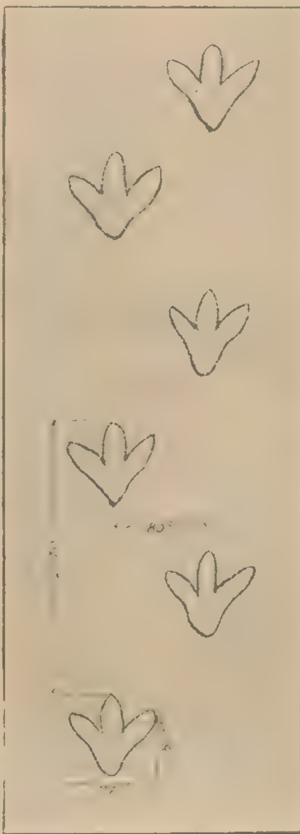
Las huellas de un monstruo desaparecido

El paso del dinosaurio

HACE millones de años, cuando aun el hombre no había hecho su aparición sobre la Tierra, otras formas animales dominaban en ella.

La adaptación a la vida terrestre fué culminada por los dinosaurios, que, surgiendo, según se cree, en las planicies de la Mongolia, se han diseminado luego por otras partes del Globo, llegando así hasta América, en donde han sido hallados restos muy interesantes.

La Mongolia, que así resulta — según los últimos estudios — su punto de partida, era una llanura fértil y agradable; no habían aparecido en ella, todavía, los Montes Himalaya ni el desierto de Gobi, y ofrecía a estos grandes seres un clima amable y un medio fácil para el desenvolvimiento de su vida. Ha sido explorada varias veces por expediciones científicas de varios países. Hace poco tiempo, la tercera expedición asiática enviada por los Estados Unidos, realizó, en 1922 y 1923, dos fructuosas campañas de investigación paleontológica, que culminaron, en la segunda de ellas, con un hallazgo maravilloso e inesperado. En una parada forzosa, el fotógrafo de la expedición había hallado un cráneo de dinosaurio, y reconocido con tal motivo el terreno con mayor detenimiento, uno de los ayudantes dió con un nido de dinosaurios. Grande fué el estupor de los expedicionarios, pero debieron rendirse ante la evidencia, cuando otros iguales fueron hallados, quedando así resuelta su forma de reproducción, que hasta entonces se ignoraba. Los huevos (de quince a veinte centímetros de longitud), ovalados, como todos los de reptiles, grisáceos, estaban perfectamente fosilizados y reposaban hacía diez millones de años en ese apartado rincón de la Tierra. Más aún: uno de ellos conservaba en su interior un embrión también fosilizado.



Reproducción esquemática de algunas de las huellas halladas, con las medidas correspondientes

Pero he aquí que apenas acallados los rumores de admiración que el descubrimiento suscitara — y del cual informó EL HOGAR, en su oportunidad, — otro igualmente interesante acaba de producirse en los Estados Unidos. No se trata ya del hallazgo de sus restos óseos o de sus huevos milenarios: se trata del rastro de sus huellas formidables, encontradas en una mina de carbón del estado de Utah.

El Museo Americano de Ciencias Naturales se ha conmovido ante la noticia, y Mr. William Peterson, un geólogo distinguido, ha publicado un extenso artículo sobre el particular, en el *Boletín de Historia Natural* de aquella docta corporación.

Los dinosaurios norteamericanos, que desde el período triásico dominaban a todos los demás seres existentes, se dividen en dos grandes grupos: *Saurischia*, cuya característica es una pelvis del tipo de la del cocodrilo, y *Ornithischia*, que poseían una pelvis del tipo de la de los pájaros. A esta clasificación, por sus formas, puede aparejarse otra por su género de alimentación. En efecto, en tanto que unos eran carnívoros, los otros se alimentaban sólo de vegetales. Bien pronto ambas especies fueron enemigas irreconciliables, y los carnívoros concluyeron por exterminar a sus rivales, gracias a su mayor potencialidad y a su formidable poder.



El "Tyranosaurios Rex", del Museo Americano de Nueva York



Huella de un pie de dinosaurio, reducida a un quinto de su tamaño natural

El tipo más curioso de dinosaurio herbívoro lo encontramos en el llamado "Dinosaurio Avestruz" (*Struthiomimus - Ornithomimus*) que existió durante el cretáceo superior. Por sus formas ágiles y por su gran ligereza merecía el apodo con que se le conoce. Se aproximaba, efectivamente, a los pájaros, por la estructura de sus miembros, de sus pies y por sus mandíbulas sin dientes, revestidas de una vaina de cuerno. Es aún muy mal conocido, y ninguna teoría satisfactoria ha podido ser dada sobre su modo de vida habitual.

En cambio, entre los carnívoros, el tipo más importante es el del gigantesco *Tyranosaurios* o *Tyranosaurus rex*, que existía en Montana, en los Estados Unidos, en la misma época que el anterior.

Henry Fairfield Osborn, el director del *American Museum*, que es un espe-

cialista en dinosaurios, la ha descripto con gran admiración, llamándolo "el rey de los saurios dominadores" y "la máquina destructora de vida más extraordinaria que haya existido jamás." Marchaba — como todos los dinosaurios — sobre sus patas posteriores, reservando las anteriores para la prehensión. El poder formidable de sus mandíbulas y de sus garras le permitía dominar y abatir rápidamente a sus mayores adversarios. Una cola enorme daba estabilidad a ese cuerpo erguido sobre las patas traseras. Sus dimensiones eran colosales. Un fémur alcanzaba casi a dos metros de longitud, y el esqueleto armado que el *Museo Americano* ostenta en una de sus salas mide cincuenta y cinco metros. En cambio, este monstruo, cuyo peso debía exceder de una tonelada, poseía un cerebro que no alcanzaba a ser superior a cuatrocientos gramos. Y esto prueba que su alta evolución mecánica no corría pareja con la evolución de su inteligencia.

¿Las huellas encontradas últimamente corresponden a un dinosaurio "Avestruz", a un dinosaurio "Tirano", o a algún tipo intermedio? Difícil es asegurarlo. Presentan la particularidad de haber sido halladas en la galería de una mina de carbón. ¿Cómo es que se encuentran allí?, se preguntará. Mr. Peterson aventura una hipótesis. Según ella, en aquella época — distante millones de años de la actual — la turbera lacustre en la cual había fijado el animal su domicilio estaba recubierta por una capa superficial de limo o de arena. Bajo el peso de su cuerpo, el dinosaurio habría hundido a esta capa en la profundidad de la turba. Después, el tiempo habría realizado su obra, transformando, por una lenta evolución geológica, esta turba en carbón, en el cual la masa de limo o de arena, convertida en una especie de asperón o piedra, había permanecido encerrada. Luego, en la actualidad, al abrir el suelo para explotar la mina, se habrían encontrado estos trozos de piedra petrificada, en medio de la masa de carbón.

Las fotografías adjuntas dan idea de la forma, aspecto y dimensiones de las huellas halladas. Cualquiera que sea la causa que las haya reservado intactas cabe regocijarse de este hallazgo que facilita el conocimiento de la vida de aquellos gigantescos y lejanos seres.

La canción popular en Rusia

(Continuación de la pág. 19)

amor profundo y la inteligencia del arte musical, Vanka canta, cerrando los ojos para no disipar su inspiración, una de esas canciones de delirante alegría en que la voz se eleva llena de dicha inconsciente inmotivada. El otro canta una dolorosa y lenta melopea, que expresa la tristeza infinita, irremediable del hombre solitario en las sendas interminables de la vida. El triunfo fué del segundo, porque el aldeano ruso comprende mejor la tristeza que la alegría.

Aunque la espontaneidad sea el carácter distintivo de todo canto popular, lo que parece excluir toda clasificación, pueden, sin embargo, clasificarse las canciones rusas por su origen y por su asunto. Hay, pues, canciones heroicas, amorosas, naturalistas y militares.

Es indudable que en las canciones es donde el aldeano ruso trata de expresar toda la tristeza que sube del suelo, que rueda por las inmensas estepas llenas de nieve, como una soledad sin esperanza; en ellas se encierra toda el alma popular rusa. Cuando el "mujik" contempla con sus ojos azules fijos y tristes la irremediable melancolía de la naturaleza que le rodea y donde se siente tan solo y tan alejado de todo socorro, de toda alegría y hasta de toda aspiración, entonces el desolado canto que brota de sus labios alcanza la excelsitud de la verdadera, de la gran belleza. La tristeza después se hace demasiado abrumadora y entonces se apodera del artista inconsciente, se acelera la medida, el ritmo salvaje se precipita cada vez más, llega a ser inverosímil y termina por un grito en que parece partirse el corazón.

El triunfo

Por

JULIAN FERNANDEZ PIÑERO

Ilustración de Vinant



POR Dios, Amalia! Tú sabes cuánto significa para mí esta obra... ¡De ti, y en este acto, dependen el triunfo o el fracaso!...

La voz de Julio era casi un sollozo, rogándola, implorándola, con el ademán humilde y el gesto anhelante...

—Descuida, hombre, descuida... —murmuró Amalia, suave, tranquilizándole...

—A ti te lo confío todo, ¡todo!... —se entregó él, confiado...

Y rápido, transfigurado, nervioso, salió del "camerino" casi corriendo.

Amalia, en pie, vuelta de espaldas al tocador, cuyo espejo copiaba su torso armónico y gentilísimo, con una mano en la cintura y la otra apoyada en el respaldo del floreado sillón de "reps", alta la frente, duro el gesto, con las pupilas dilatadas, fijas en el marido con cruel insistencia, lo vió salir, sin despedirlo, siguiéndolo con la vista tenazmente... En sus ojos había dureza, desdén, rabia y dolor...

¡Oh!, pensó, con desprecio y con pena. Era ahora cuando peligraba su gloria de dramaturgo, cuando su vanidad de artista se veía amenazada, cuando Julio recurría a ella, rogándole, casi con lágrimas en los ojos, por su obra y por él... Lo reconocía, comprendía así bien a su marido. Temperamento de artista y de luchador, rectilíneo, con el egoísmo de los obsesos por una idea fija, los hombres y las cosas sólo tenían valor para él en el momento de utilizarlas, cuando podían valerle para conseguir su objeto... Como un niño voluntarioso, terco, irresponsable, así iba Julio por la vida... Enamorado de las ideas como de los juguetes, mientras eran nuevos e inasequibles. Luego, con la posesión, su avidez analizadora los destrozaba para arrancarles el secreto de su mecanismo o de su emoción, y los olvidaba en seguida rotos, sin fuerzas y sin alma... El corazón del artista no se conmovía entonces... Una nueva ilusión, brillante, desconocida, volvía a atraerle, olvidándolo todo: lo que había destrozado para su placer o lo que se había sacrificado para su triunfo...

Así, lo reconocía Amalia, había sido ella para Julio. Escalón sobre el que elevarse, motor impulsor de las primeras rotaciones artísticas, de los primeros triunfos de él; Cirineo que le ayudó a llevar la cruz de artista inédito... Su nombre, su fama de actriz, habían servido para conseguir el estreno de los primeros dramas de Julio... Después éste con reputación propia ya, sin necesidad de ayuda, la olvidaba, la traicionaba, tal vez se sentía molesto por aquel testigo de sus luchas mezquinas, de sus ambiciones pueriles de principiante...

JULIO había tenido varios fracasos consecutivos en las dos últimas temporadas. Era inexplicable cómo se había interrumpido su feliz carrera de éxitos. Empezó a murmurarse de él; la crítica, que tuvo que doblegarse ante el triunfo de público de las primeras producciones, volvía a inquietarlo con sus censuras, ahora que la multitud volvía las espaldas al dramaturgo... Restaban mérito a su labor de antes; atribuíanla a circunstancias de oportunidad... Los más suspicaces llegaban a asegurar que las obras anteriores no eran de la misma pluma que trazó éstas que después fracasaban. Y en las tertulias, entre bastidores, los profesionales comentaban con piadosa ironía:

—El pobre Julio... Ha trabajado mucho. Justo es que esté agotado...

La murmuración llegó a Julio, y le hirió en el alma con toda su crueldad depresiva; era lo más terrible, lo más mortificante para su espíritu de artista.

En aquella crisis, para Julio, desdeñado y casi olvidado, fué Amalia la única que, como mujer y como artista, supo darle fuerzas y esperanzas...

Por eso era más doloroso para ella, que había asistido a la lenta reivindicación espiritual del artista; que había puesto su alma en la obra; que sabía que el drama representaba la consagración de Julio si triunfaba o la derrota definitiva si no lograba convencer, el saber que su marido era desde hacía dos meses el sueño dorado de Rosina, la actriz rival que con ella compartía los grandes éxitos del teatro; la que había ya varias veces intentado disputarle su derecho indiscutible a ocupar el primer lugar en la compañía.



"...Descuida, hombre, descuida..."

Rival, pues, como artista y como mujer. Y ella, que como actriz habíala siempre desdeñado, temíala ahora como ilusión de Julio...

Tomó su resolución. Puesto que Rosina le disputaba su lugar doblemente, ella, poniendo en el drama todo el arte de que era capaz, la vencería como actriz; y poniendo en la obra y en su marido toda su alma exquisita de mujer amante y toda la fiereza de la mujer ultrajada, sabría alcanzar del orgullo del artista lo que del hombre no consiguió...

(Continúa en la pág. 68)

Manual de labores

LAS MUÑECAS FETICHES

Las muñecas fetiches hechas de cinta son una labor que está de moda. Estos modelos de nuestro grabado, muy originales, están hechos en cintas, con una cabeza de fantasía.

El fetiche número 1 es de seda color vivo, verde jade, anaranjado o azul roi. La cabeza está caleada y reproducida sobre un pedazo de seda rosa, que se aplica sobre otro pedazo de seda del mismo tamaño. Se cose uno y otro por el revés y se les rellena ligeramente el pequeño espacio interior. Los cabellos se hacen con tiritas de lana amarillo oro, que se cosen encima y al borde de la frente, dejando las dos extremidades de la lana libres, pues todas las otras tiras estarán retenidas por una cinta del mismo color.

Los ojos son dos cuentas gruesas cosidas, y se pintan el borde en azul, formando las pupilas.

Los demás pormenores de la figura, salvo los labios, que están pintados en rojo muy vivo, se pintan en negro.

El cuello está cosido debajo de la cabeza, y el cuerpo formado de una cinta de seda color verde jade, anaranjado o azul, y encolada bajo el cuello. Se necesitan más o menos unos treinta centímetros de una cinta que tenga dos centímetros de ancho.


Figuras 1, 2 y 3

El Pierrot es un fetiche especial para automóvil. El cuello es de tul blanco, y está encolado sobre un redondel de cartón de unos siete centímetros de diámetro. En cuanto a la cabeza, se ejecuta como la que hemos explicado anteriormente, en seda blanca, ligeramente rellenada. La gorra es pintada o con una aplicación de seda negra. Los detalles de la cara se pintan en negro, salvo los labios, que son en rojo vivo.

Este fetiche, que ha de ser visto en todos sus lados, se hace dibujando y preparando dos cabezas y dos cuellos, montados sobre el redondel. El cuerpo es una simple cinta de seda blanca. Tiene cerca de diez centímetros de largo, sobre tres centímetros de ancho. Las


Detalles de ejecución del Pierrot y la Colombina

piernas están también formadas de cinta de seda blanca. Para formar los pies se dobla el bajo de la cinta, y se pintan de negro los pequeños triángulos así formados. Los brazos son también de cinta, y miden ocho centímetros de largo por uno o dos de ancho.

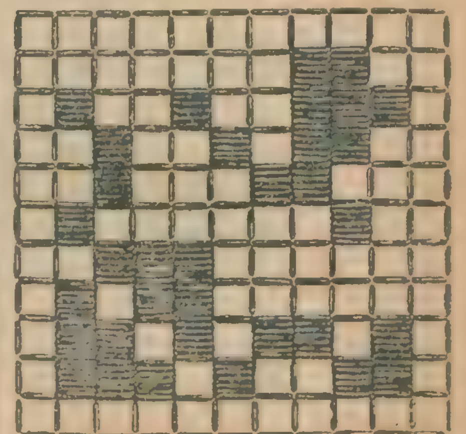
El fetiche de la figura 3 es una Colombina fantasía. El cuello se prepara como en los anteriores, sobre un cartón de ocho centímetros de diámetro, y el cuerpo está hecho de muselina muy consistente.

La cabeza se ejecuta también como la de la figura 1. Los detalles de la cara y del peinado son punteados. Los aros de las orejas, compuestos de un simple hilo de seda terminado por unas pequeñas cuentas negras. Como el Pierrot, esta Colombina es también un fetiche para automóvil.

UN BORDADO ORIGINAL

Las palabras cruzadas. — La boga del juego de palabras cruzadas ha inspirado este estilo de bordados de que informa el dibujo, imitando los diseños que publican los diarios. Se usa este bordado especialmente sobre vestiditos de niño o blusas de seda. Y se interpreta con una combinación de cuadrados blancos y negros, lo mismo que el juego a que estamos ya habituados.

El grabado da idea fácil de esta labor.



Se puede, a voluntad, aumentar o disminuir el tamaño de los cuadrados. Para su ejecución, se dibuja primero sobre papel de calcar, y se reproduce después sobre la tela el motivo, ya sea por medio del calco o del picado, y se borda sencillamente con seda laxa negra, empleando el punto al pasado plano, sin ningún relleno, para los cuadrados negros. Los cuadrados blancos quedan simplemente limitados por puntos adelante, entre los cuales se habrá tomado justamente un hilo del tejido, y que se harán en la dirección vertical primero, y después horizontal.

He ahí un bordado bien sencillo, que está al alcance de las manos menos

ejercitadas en labores de aguja, y que tiene muy diversas aplicaciones.

Desde luego, cabe suponer que quedan librados a la fantasía los variadísimos motivos a que se presta el dibujo con que se ejecuta esta labor.

EL FILET Y SUS PUNTOS

Punto de "esprit".—Nos hemos ocupado varias veces del filet, una de las labores da aguja que gozan actualmente mayor boga; pero no dimos a conocer todos los puntos, aun cuando todos ellos tienen su aplicación bièn definida en los preciosos trabajos que con esta antigua y artística labor se realizan.

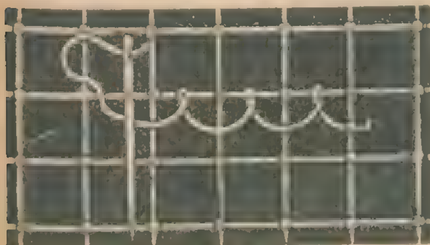


Fig. 1

Vamos a referirnos hoy especialmente al punto de "esprit", tan sencillo como de exquisito efecto decorativo. Este punto se emplea muy particularmente para formar sobre la malla un fondo más opaco, y también a veces para rellenar el interior de algunos ornamentos.

Desde luego que bastaría observar bien los grabados para darse cuenta de la forma de ejecutar este punto, en que la marcha de la aguja y del hilo está palpablemente demostrada; pero no están de más algunas explicaciones al respecto, que facilitarán la comprensión de esta sencilla labor.

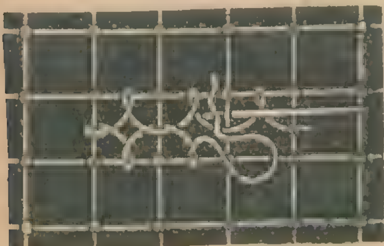


Fig. 2

En primer término, se señalan bien los cuadrados de la malla continuados, sobre los que ha de desarrollarse el punto en cuestión (fig. 1).

Se fija el hilo a la derecha, sobre un hilo de la malla, y se hace un punto de festón muy flojo, reposando al medio de cada cuadrado, y tomando siempre el hilo de la parte de arriba de todos los cuadrados, conforme se tiene el bastidor colocado perfectamente delante de la que trabaja.



Fig. 3

Este punto de festón ha de llegar a la mitad de una malla del filet, dejando en el intervalo el nudo del filet.

Para la segunda vuelta se invierte el trabajo, y se vuelve en seguida en dirección contraria, haciendo igualmente el mismo punto de festón sobre el hilo del costado opuesto de los cuadrados de la malia de filet.

Ha de cuidarse, a cada punto, de pasar la aguja por debajo del hilo transversal del filet y por encima del punto de festón que se ha hecho de cada lado (fig. 2), pues es precisamente este último festón el que retiene el precedente, el que cruza los hilos y forma verdaderamente el punto que tratamos de describir.

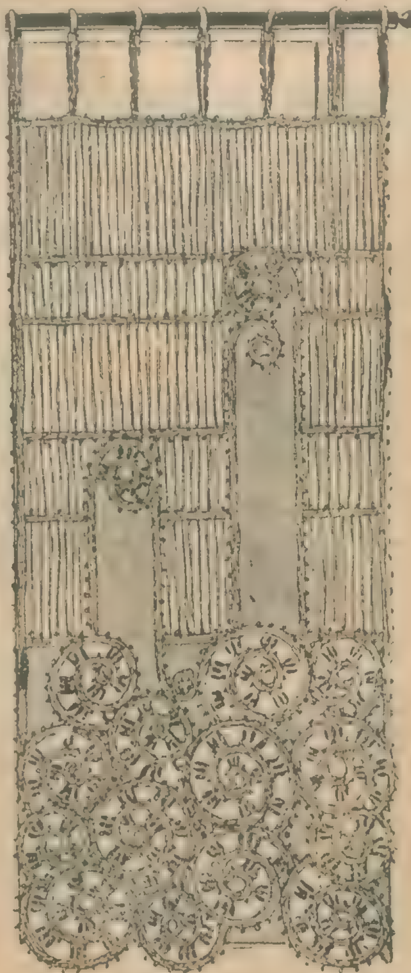
En el grabado de la figura 3 se advierte una de las diversas combinaciones que se pueden obtener con dicho punto, desarrollado sobre un determinado espacio de la malla. Y de este motivo pueden resultar sugeridos otros muchos de idéntico efecto decorativo.

EL CROCHET ARTÍSTICO

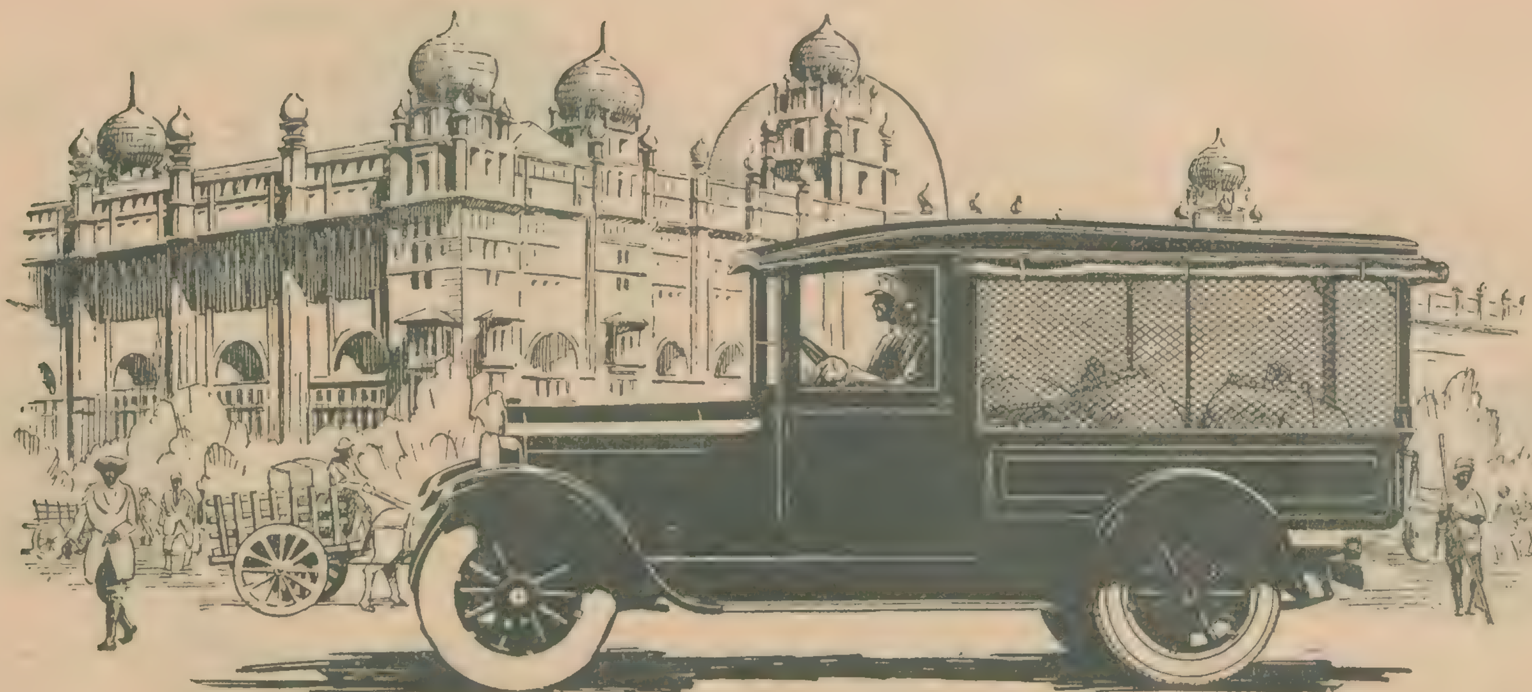
Numerosas son las aplicaciones artísticas que actualmente se hacen del crochet. Se emplea en todo; pero donde tienen un efecto más original y caprichoso tales aplicaciones es en los cortinados, que son los que más se prestan para tales fantasías.

Véase, si no, el modelo de cortina que presentamos a nuestras lectoras, en que la aplicación de espirales trabajadas al crochet le dan un lindo aspecto.

Son espirales de distintos tamaños, combinadas con cuentas de vidrio, de los colores rojo, verde, amarillo y azul, debiendo elegirse un solo color determinado para cada espiral. Las espirales están hechas con un galón al crochet, con picots (el picot dirigido hacia el exterior de las curvas), y van incrustadas en la etamina del cortinado. Para preparar la cortina se fija primeramente el dibujo sobre la tela, y después se va cubriendo aquél con el galon por medio de un hilván; después, con un punto ligado se cosen los bordes exteriores del galón sobre la tela, empleando las cuentas tubulares de vidrio, a manera de presillas. Éstas se fijan con hilo encerado, pasado dos veces por cada cuenta para que queden más sólidamente sujetas, anudado el hilo a los extremos de cada cuenta. La tela que queda debajo de las espirales se corta una vez cosidas éstas.



El galón se trabaja de la manera siguiente: Se emplea una aguja número quince. El reverso del punto ha de ser colocado al derecho del trabajo. Cinco mallas al aire; se pasan dos mallas, tres bridas, un picot; cuatro mallas al aire; una malla cerrada sobre la primera malla al aire; se vuelve el trabajo: tres mallas simples sobre las tres bridas de la vuelta precedente; dos mallas al aire y se vuelve el trabajo. Se hace siempre lo mismo alternativamente.



Responde A Los Requisitos Gubernamentales

Centenares de instituciones en todo el mundo emplean camiones Dodge Brothers. Los correos de Kingston (Jamaica), de Bombay (India Inglesa), de Ciudad del Cabo (Africa del Sur), departamentos gubernativos de Australia, etc.

Bastidores acanalados, gruesos y profundos, elásticos de vanadio reforzados, cajas de dimensiones amplias, uso abundante de finas aleaciones de acero y de piezas forjadas a martinete: todo esto se traduce en una eficacia extraordinaria. Todo esto explica también por qué los camiones Dodge Brothers rinden un servicio mejor y más económico que la mayor parte de los vehículos de peso ligero y de mayor capacidad nominal.

PRECIOS CON MAGNETO

Automóvil Comercial Enrejado Dodge Brothers............	$ 3.900.—
Automóvil de Turismo Dodge Brothers............	„ 3.650.—
Chasis de camión de tonelada, Graham Brothers............	„ 3.800.—
Chasis de camión de una y media tonelada Graham Brothers	„ 5.200.—

S|w. Buenos Aires

DODGE BROTHERS, INC. DETROIT

JULIO FÈVRE Y CÍA.
AV. LEANDRO N. ALEM, 1632-40
BUENOS AIRES
Sucursal ROSARIO: ENTRE RIOS, 579

AUTOMÓVILES COMERCIALES DODGE BROTHERS

Temas escolares

Por LA SRTA. PALOTES

GRADOS INFANTILES

El Gusano de Seda

A falta de ilustración viva se observarán láminas y grabados (capullos de seda, géneros de diferentes clases y colores, madejas de seda, etc.).



Gusano de seda sobre la hoja de morera de que se alimenta — Capullo del gusano de seda, antes de salir la mariposa — Mariposa del gusano de seda, en actitud de volar — Crisálida

Distinguir, mediante la vista y el tacto, algunas telas de seda, y expresar sus cualidades denominantes, como:

El *raso* es muy brillante.
El *tafetán* es armado.
El *terciopelo* es suave.
La *gasa* es transparente.
La *espumilla* es flexible, etc.

Juego. — Cada niño toma el nombre de un género de seda. Para recordarlo a los demás, préndese una muestrita con un alfiler sobre el guardapolvo.

Un alumno representa al cliente, quien dice:

— Quisiera comprar un género de seda muy brillante...

En esta descripción debe reconocerse el *raso* y contestar en seguida:

— Yo soy una tela de seda muy brillante. ¿Cómo me llamo?

Si el cliente responde con exactitud y dice "raso", saca la muestrita al compañero y la sujeta en su guardapolvo. El despojado se convierte en cliente, y, así, continúa el juego.

Cuento.—*El regalo de Luciano.* — El tío de Luciano volvía de un largo viaje por países cálidos.

— Adivina lo que te traigo—preguntó a Luciano.

— ¿Un tambor? — responde el niño.

— ¡Oh, no! No es un tambor, puesto que cabe en un bolsillo.

— Entonces, ¿es un trompo?

— No, puesto que el regalo está en esta cajita...

El tío de Luciano sacó una pequeña caja del bolsillo, con gran desilusión del chico, que creyó no podía contener nada interesante para él. Abrióla con grandes precauciones. Luciano vió solamente unos granitos blancos, y los ojos se le llenaron de lágrimas ante tal desengaño.

— Ten confianza en mí, Lucianito — dijo el tío. — Pon estos granitos en lugar tibio, con la caja destapada, para que entre aire. Dentro de pocos días vendrás a darme las gracias por el regalo maravilloso que te traje.

Muy intrigado, el niño fué a poner la cajita junto a la chimenea de la cocina, y cada mañana le hacía una visita. Un grito de sorpresa anunció a los suyos que algo extraordinario pasaba en la cajita. En el fondo, Luciano vió cómo se agitaban algunos gusanitos.

— ¡Tío! ¡Tío! — gritaba. — ¡Mis semillitas han desaparecido, y en su lugar encontré unos animalitos!

— Es la primera de las maravillas que te predije — repuso el bondadoso tío. — Esos granitos, que tanto despreciabas, eran huevos: acaban de abrirse para dar nacimiento a gusanitos. Son gusanos de seda, y, si los cuidas bien, te darán otras sorpresas.

— ¡Gracias, gracias, querido tío! — articuló el niño, avergonzado de agradecer tan tarde el regalo.

— Debes cambiar tus gusanitos de caja — aconsejó el tío, — puesto que crecerán y necesitan mayor espacio. Pero hay que darles de comer. De lo contrario morirán de hambre. Ocho veces al día les llevarás comida.

— ¡Ocho veces! ¡Yo no como más que cuatro veces! Pero, ¿de qué se alimentan esos comilones?

— De hojas de morera, que han de recogerse frescas todos los días.

(Muéstrese a la clase hojas de morera o láminas que las representen.)

Luciano siguió las indicaciones de su tío. Los gusanitos crecieron rápidamente, y al mes de su nacimiento dejaron de comer.

Inquieto, el niño consultó con su tío. ¿Estarían enfermos los gusanos de seda?

— No — repuso el tío, — pero son ya bastante grandes para trabajar, y se pondrán a la obra. Pon en la caja algunas ramitas finas.

Luciano vió a los gusanos trepar a las ramitas y tender de una a otra finísimos hilos blanquecinos y brillantes que les salían de la boca. Al día siguiente los gusanos quedaban envueltos en un *capullo* formado de esa manera. No se veían los animalitos, y Luciano se alarmó.

Pero su consejero lo tranquilizó, enseñándole una figurita que representaba a la *crisálida* y anunciándole nuevas transformaciones.

Durante veinte días no pasó nada de particular, pero en la mañana del veintiuno, Luciano encontró los *capullos* agujereados y vacíos. Unas maripositas pesadas, de color gris, ocupaban la caja. Murieron al cabo de pocos días.

Luciano se afligía pensando que las había cuidado mal.

Supo por su tío que las maripositas habían muerto porque no vivían sino el tiempo necesario para depositar sus huevitos.

En efecto: Luciano encontró en el fondo de la caja unos granitos blancos como los que el tío le había regalado, los cuales se transformarían en gusanos y tejerían capullos que, mojados en agua caliente, dan la seda, que tanto se aprecia para los géneros, costuras y bordados.

Luciano no se cansa de enseñar a sus amiguitos el prodigioso regalo y les hace admirar el maravilloso trabajo que realizan seres tan pequeños y de vida tan breve.

Problemitas

Nº 1. — *Pongo en cada una de tres cajas una docena de bolitas, primero, y, luego, 5 bolitas más. ¿Cuántas bolitas hay en las tres cajas?*



Objetivación:

En cada caja hay igual número de bolitas. En las tres cajas hay 3 veces el número de bolitas que contiene una caja.

1 caja = 12 b. + 5 b. = 17 bolitas.
3 cajas = 17 b. × 3 b. = 51 bolitas.

(Continúa en la pág. 61)

Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

LA CASITA DEL CARACOL

HUBO un tiempo en que los caracoles no se diferenciaban de los gusanos y lombrices que se arrastran por el suelo.

Uno de ellos, de nombre Clampín, había trabajado a su manera todo el día, aunque sin gran fatiga, por cierto. Tenía pocas necesidades. Bastábale masticar algunos brotes tiernos, hablar de la lluvia, del buen tiempo y buscarse un abrigo bajo las hojas para echar su acostumbrada siestita.

Ese día no estaba cómodo Clampín en sus hojas de malva, continuamente sacudidas por unas fastidiosas langostas que no se quedaban quietas.

—¡Basta! — exclamó el caracol. — Cambiaré de refugio.

—Que cada uno haga su gusto — respondieron las langostas.

—El mío no es el de habitar junto a personas mal educadas — refunfuñó Clampín al tiempo de alejarse con gran dignidad.

La noche caía sobre los campos. Un poco impresionado por la soledad, Clampín esperaba encontrar en su camino siquiera fuera una hormiga retenida por su labor, o algún mosquito salido en busca de aire para respirar.

Pero, ¡nada!, ¡nada! El silencio se hacía lúgubre.

—¡Si me encontrara con un sapo! — se dijo, temblando. — Debí ser más paciente y quedarme en la malva.

A paso de caracol, que no es por cierto rápido, franqueó un buen trecho y se encontró en una zona iluminada por la luna. La vista de esa luz admirable le dió nuevas energías.

Como todos los seres lentos, al caracol gustábale dárselas de nervioso, y se dijo:

—Daré un paseíto para calmar mis nervios.

A los primeros pasos oyó una voz lastimera, y acercándose a un tronco de pino caído vió a un viejecito sentado y lamentándose.

—¿Qué te pasa, pobre viejo? — preguntó Clampín.

—Me pasa que soy ciego y que mi guía se ha escapado — dijo el interpelado.

—¡Oh! ¡Qué lazarillo sin compasión! — gritó el caracol.

—Di más bien sin reflexión, puesto que era Fido, un perrito que me dieron ayer para reemplazar a mi buen Tom, que murió, después de acompañarme ocho años. Y tú, que de mí te compadeces, ¿quién eres?

—Soy Clampín, el caracol. ¿Vives lejos de aquí?

—No mucho. Al terminar el sendero que sale de este pino.

—Bien: trataré de guiarte. Si tienes un hilo, átalo a mis cuernitos, y yo iré adelante.

Así lo hizo el viejo. Clampín se arrastró y arrastró, como ningún caracol lo hiciera, y el ciego, a dos pasos, lo seguía, sosteniendo suavemente el hilo.

De vez en cuando se paraba el caracol para decir:

—¡Querido cieguito: estoy bañado en sudor!

Luego:

—¡Querido cieguito: el corazón me late hasta romperse!

O si no:

—¡Querido cieguito: creo que tendré un ataque de asma!

El viejo le respondía:

—Descansa un poco, buen amigo.

Y volvían a emprender la marcha.

De pronto apareció Fido, saltando alegremente, y el ciego se apresuró a libertar al caracol. Era tiempo, pues el pobre Clampín se quejaba de agudos dolores.

Por todo el campo se extendió la noticia de que el caracol tenía reumatismo, contraído al hacer una obra de caridad, y de todas partes corrieron a visitarlo.

Entre los visitantes acudió el Genio de las Aguas, a quien dijo el caracol:

—¡Sálvame, gran Genio; tengo un malísimo reuma!

—¿Qué quieres de mí?

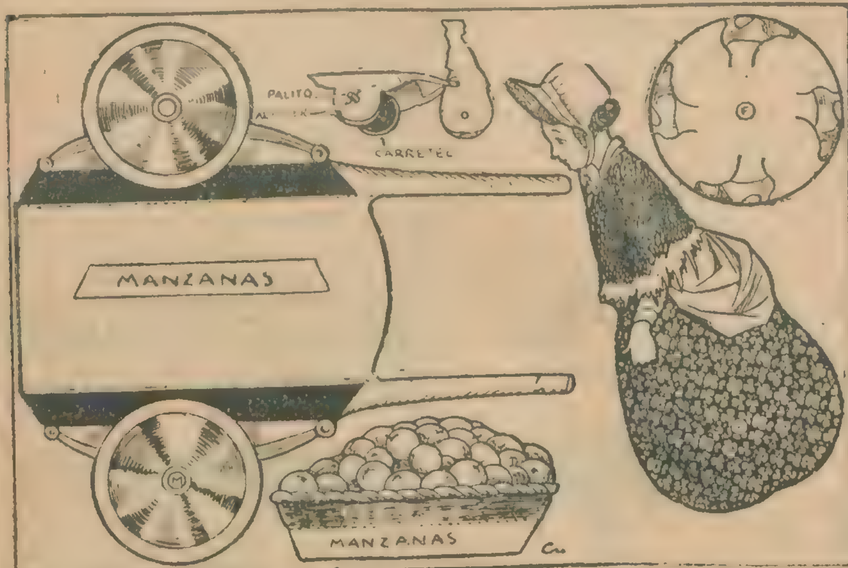
—Una casita para mí solo, a fin de abrigarme de la humedad y del rocío.

—Aquí la tienes — dijo el Genio, sacando del bolsillo un hermoso caracol reluciente como el nácar. — Es justo que después de haber necesitado tanto la casa ajena poseas una propia, ya que tienes buen corazón.

Clampín no tuvo más trabajo que entrar en su casa... y de golpe se le curó el reumatismo. Desde entonces la lleva con él a todas partes.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

¡MANZANAS COLORADAS!



Este es el grito de la pequeña vendedora de frutas. Si mis gentiles lectorcitos de EL HOGAR tienen interés en verla caminar con su carga de manzanas, peguen sobre cartulina las cuatro piezas del modelo, previamente coloreadas. Una vez secas y recortadas se arman así:

Primero la carretilla: las líneas de puntos indican medios cortes para doblar en arista. Donde dice "manzanas" se pega el cesto por la base, doblada en la línea de puntos. Un carretel vacío va entre las ruedas, atravesado por un palito que en *M* se sujeta mediante un alfiler. El círculo de los pies se une a la vendedora por los puntos *F*. Al aproximar la figura de la carretilla, se pega la mano visible sobre la vara. Puesto sobre una mesa el juguete, avanza por ella la vendedora con su carretilla de manzanas.

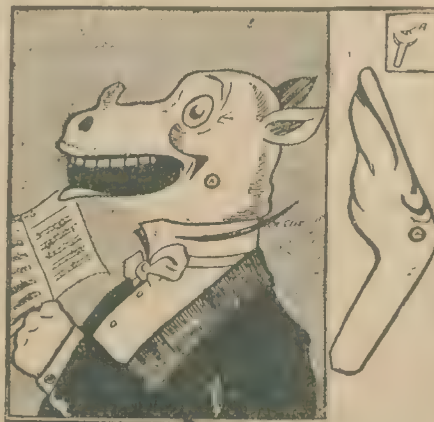
SECCIÓN RECREATIVA

Cuadro mágico



Pintar los espacios numerados, con lápices de color, llenando con amarillo los (1), con verde los (2), con marrón los (3), con rojo los (4) y con negro los (5). Entonces podremos ver algo que surgió al conjuro de la varita mágica.

Un cantor original



Pegar sobre cartulina la figura grande, y abrir una hendidura en el cuello, donde está la palabra "cortar". Pegar igualmente sobre cartulina la pieza blanca, y una vez recortada introducirla por la hendidura haciendo coincidir las letras (A). Se fija un broche en este punto. Al mover la palanca, el cantor abre y cierra la boca como si estuviera en funciones.

Lita se divierte



Una línea que una por orden los treinta y tres números y vuelva luego al número veintiocho, nos mostrará en qué consiste la diversión de la niña.

Jorge Sand en Mallorca

(Continuación de la pág. 18)

Ninguno de los paisajes anteriormente contemplados le impresionaron tan fuertemente como el de Mallorca. Ya desde el principio de su llegada, un poco influída, sin duda, por las palabras contundentes de Laurens, había escrito: "Mallorca es el Eldorado de la pintura... Es la verde Helvecia bajo el cielo de Calabria con la solemnidad y el silencio del Oriente... Es, para los pintores, uno de los más hermosos países de la tierra..."

Pero cuando fijó la prosa más viva y elocuente de su estilo abundante, fué después de haberse compenetrado con la naturaleza día tras día en perenne contemplación de la montaña y del mar.

Esto sucedió durante los meses transcurridos en la romántica Cartuja. Desde su celda descubrió cuadros sublimes, según su propia calificación.

"Esta — escribió — es una de las vistas que colman, porque nada dejan que desear, nada que imaginar. Todo lo que el poeta y el pintor pueden soñar, la Naturaleza lo ha creado en este sitio. Conjunto inmenso, detalles infinitos, variedad inagotable, formas confusas, contornos definidos, vagas profundidades, todo está allí, y el arte nada puede añadirle... Por lo que a mí toca, diré que nunca he sentido mejor la nulidad de las palabras que en estas horas de contemplación pasadas en la Cartuja. Me acometían muchos arranques religiosos, pero no se me ocurría otra fórmula de entusiasmo que esta: ¡Buen Dios: bendito seas por haberme dado tan buenos ojos!"

Pero el descubrimiento que le dejó mayor huella en el espíritu fué el mar. Jorge Sand asegura que en ningún sitio, anteriormente visitado, de Francia y otros países, había visto unas aguas tan espléndidas.

"En Mallorca — dice — lo vi, en fin, tal como lo había soñado: límpido y azul como el cielo, dulcemente ondulado como una llanura de zafiro labrada con regularidad..."

Tal fué la impresión recibida cierto día de excursión hacia los parajes que más tarde tomaron el nombre de *Miramar*, que estuvo a punto de sufrir un serio accidente, acaso una caída mortal, por haber intentado abalanzarse hacia la hondísima playa desde una altura enorme, un estupendo mirador sobre el vasto Mediterráneo. Allí quedó encantada por la grandeza del espectáculo. Se lanzó por la pendiente "buscando siempre ver el fondo de una ensenada, donde las barcas de pescadores parecían del tamaño de una mosca. De repente, no vi nada delante de mí ni debajo de mí más que el mar, completamente azul... No había visto jamás nada parecido a lo que presentía allí, y mi imaginación tomaba el gran galope. Bajé agarrándome a las malezas y abrazándome a las agujas de piedra, de las que cada una señalaba una nueva cascada del sendero... No sé qué mágicos acordes creía percibir, ni qué mundo desconocido me lisonjeaba de encontrar, cuando mi hijo, espantado y algo furioso, vino a tirarme violentamente hacia atrás".

Algunas otras excursiones realizó la ilustre escritora, "de las que — dice — no quiero acordarme por miedo de mostrar al lector un entusiasmo monótono por esa naturaleza bella por todas partes y por doquier sembrada de habitaciones pintorescas a cual más: chozas, palacios, iglesias, monasterios... No se pueden andar diez pasos en esta isla encantada sin detenerse a cada ángulo del camino, ya ante una cisterna árabe sombreada de palmeras, ya ante una cruz de piedra, delicada obra del siglo XV, ya a la orilla de un olivar..."

A este propósito, escribe una página admirable para desahogar su espíritu embargado ante el asombro que le producen aquellos árboles misteriosos, "de donde se espera siempre oír desprenderse voces proféticas".

Al regreso de una de esas excursiones, que le absorbían largas horas, cuenta un cronista que Chopin, irritado por tan dilatada espera, solitario en la celda, cayó desmayado a los pies de la Sand, quien devolvióle la tranquilidad tras un recuento de las bellezas contempladas. Exaltado el gran pianista por la narración, sentóse al piano y compuso una de sus más inspiradas obras.

Cierta ilustrada señora, de origen francés, pero definitivamente compenetrada con la tierra mallorquina, que no cesaba de alabar, y que de niña conoció a los ilustres visitantes, ha dejado unas Memorias, de las cuales sólo se conoce un fragmento, sumamente interesante. La distinguidísima dama, doña Elena Choussat de Canut, recoge pormenores muy curiosos de la estada de Jorge Sand y los suyos en Mallorca. Entre ellos sobresale una anécdota referente al piano de Chopin, que quisieron abandonar en momentos en que se desconfiaba de salvar la vida del gran músico.

"Hacédmelo vender — decía a mi marido, — es nuevo y excelente, escogido por un maestro, creedlo... No ha sido pagado todavía en casa de Pleyel." Nadie lo admitió. "El piano había sido tocado por un *tísico*; nadie quería exponerse a morir aquel mismo año." La familia Canut tuvo que comprar el Pleyel de Chopin, del cual me perfuman el recuerdo íntimas sensaciones completamente inolvidables.

"Madama Sand — termina la señora Choussat, — cuya fina amistad embelleció mi adolescencia, en el colmo de su alegría, se vió así libre de su enorme caja, y partió dándonos millones de gracias... La veo todavía sentada en mi salón, en una pequeña *butaca góndola*, a la que mostraba preferencia, cerca de la chimenea estufa, que se regocijaba de encontrar después de una larga privación, porque ese medio de calentarse era extremadamente raro en esa época. No fumó nunca en mi casa, pero no se ocultaba de encender sus cigarrillos en nuestra presencia en su casa y cuando se encontraba en campo raso. Se le recriminaba mucho esta costumbre."

¡Quantum mutatus ab illo!

Azules, pardos y negros

(Continuación de la pág. 13)

para el siguiente día, y aquél para el otro, y así los sucesivos.

Ya desde entonces, en el diálogo de los ojos azules con los negros había reproches y quejas, ya intervenían en él los pardos con centelleantes amenazas de odio.

Y los azules, enrojecidos por el llanto y por el insomnio, miraban a los negros como pidiendo compasión..., o no los miraban y se humedecían.

VII

FALTÓ una semana al taller la obrera de los ojos azules, y cuando volvió no parecía la misma. Sus lívidas ojeras, su palidez mate, la demacración de su rostro, indicaban el sello de una mortal dolencia.

—¿Qué tiene? — preguntaron los ojos negros con interés vivísimo, desafiando la mirada de los pardos, que se clavaban como una flecha.

—¿Qué tengo, me preguntas? Ya lo sabes — contestaron los azules llorando, — una pena muy honda en el pecho, un dolor muy grande en el alma.

Y cuando los negros, más compasivos que amorosos, iban a consolar a los azules, los pardos cortaron aquella mirada con una suya penetrante, fija y cruel.

Pasando alternativamente de los negros a los azules, dejó a éstos sin esperanza y obligó a los otros a cerrarse con tímido pudor.

Entonces los azules se inundaron en llanto, y la obrera infeliz, sin reprimir ya los sollozos que la ahogaban, abandonó su puesto y salió del taller, adonde no volvió aquella tarde.

—¿Por qué has hecho eso? — preguntaron los ojos negros a los pardos.

Y éstos, fulgurantes como nunca, respondieron en aquel tremendo diálogo mudo:

— Porque tus miradas han de ser para mí, para mí sola. Si no, ¡ay de los azules, ay de los pardos, ay de los negros!

VIII

AQUELLA noche la inicua traición de los ojos negros, tuvo su premio en el verde senderillo de la montaña.

Algunos días después, en aquel mismo sitio, cuando los ojos negros y los pardos, a la luz pálida de la luna, confundían en una sola dos miradas ardientes, allá lejos, en una casita de la aldea, los ojos azules, vertiendo sus últimas lágrimas, se cerraban para siempre!

Deformaciones de la historia argentina

(Continuación de la pág. 14)

OPOSICIÓN, ADHESIÓN: CONFUSIÓN

A Avellaneda lo considera opositor al gobierno de Buenos Aires en 1860, y atribuye a ese motivo la clausura de "El Nacional". Todo lo contrario. La clausura fué provocada precisamente por el excesivo celo partidario de ese periódico, que comprometía la cordialidad momentánea de los gobiernos.

MANES ILUSTRES

REVELA el autor una singular despreocupación por los nombres y palabras autóctonos. Con frecuencia cita erróneamente a Namuncurá, llamándolo Naumucurá, y a Catriel deformándolo con Castriel. Los nombres de los grandes caciques de la pampa, señor Vera y González, pertenecen a la historia y no deben ser desfigurados.

CUATROCIENTOS MILLONES DE MENOS

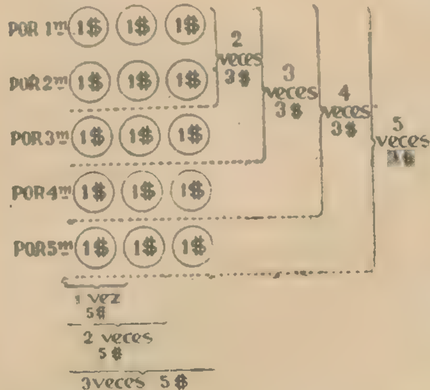
EN estadística no es tampoco muy fuerte el señor Vera y González. Afirma que durante la segunda presidencia Roca, las importaciones excedieron a las exportaciones en cuatrocientos seis millones de pesos oro... Felizmente, para el país, el exceso estuvo a favor de las exportaciones y corresponde al total del intercambio durante los seis años (1898-1904).

(Continúa en la pág. 62)

Temas escolares

(Continuación de la pág. 55)

Nº 2. — *Un metro de cinta cuesta $ 3. ¿Cuánto costarán 5 metros de la misma cinta?*

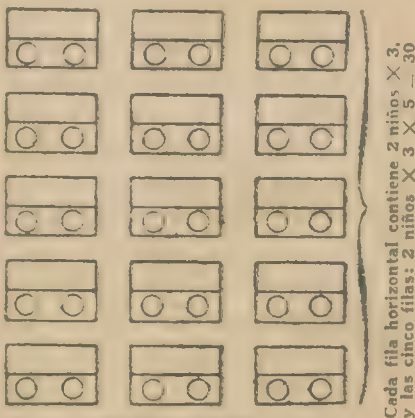


Objetivación:

Recordar que puede encontrarse el resultado diciendo que los cinco metros cuestan $ 3 + $ 3 + $ 3 + $ 3 + $ 3 = $ 15; pero puede abreviarse diciendo que los 5 metros cuestan:
5 veces $ 3, o sea = 5 × 3 = $ 15.

Nº 3. — *En nuestra clase hay 3 hileras de bancos. En cada banco se sientan dos niños. ¿Cuántos niños caben en la clase?*

Objetivación:



Cada fila vertical contiene 2 niños × 5, y las 3 filas: 2 niños × 5 × 3 = 30 niños

GRADOS SUPERIORES

Sobre Alcoholismo. — La Braveza del Tigre

"Tenía fama de brujo un toro, y a su residencia iban cuantos esperaban más de los milagros ajenos que de la propia voluntad en pro de su bienestar.

"El toro, muy bien relacionado con todo el mundo, no era de un espíritu de distinta naturaleza que los demás seres, pero su mucho ingenio, bien manejado, le hacía parecer más poderoso; de ahí que lo creyeran brujo.



"En aquellos remotísimos tiempos — fantásticos, según es de presumir — los tigres se confundían, de puro mansos, con los corderos.

"Un asno rico pidió al toro una receta para hacer que su criado, cuadrúpedo algo tonto, se volviera de modo que con él fuera muy sumiso y con los demás soberbio, gastador del dinero de otros y ahorrativo del que tenía el amo, que demostrase coraje siempre que le defendiera a él y luego fuese paciente en su casa.

"Tan raro pareció lo solicitado al toro que le hizo pensar. Al fin, aunque se notaba en su gesto que no había acertado en todo, dió una redoma al burro, diciéndole:

"— Dale todos los días, a las horas de comer, de este líquido rojo; cuando se te acabe, vuelve.

"Hízolo así el pollino, y, a poco andar, el criado se tornó tan perezoso que no tenía diligencia para nada, y la casa estaba manga por hombro.

"La holganza le acarreó gordura, y como se halló hermoso al mirarse un día en el agua de la fuente, empezó a comer con un empuje, que no le bastaba lo de su despensa e iba a robar lo de las ajenas.

"Quejáronse los robados, y la justicia quiso reducir al criado al orden. Entonces tomó él un sorbo del líquido consabido, y, en un ataque de ira, mató a un guardia. Huyó a la casa de sus padres, y, quitándoles los ahorritos que guardaban para los días de su vejez, fuése a una ciudad lejana, y tomó un sirviente, con el cual se mostró tan avaro, mientras él gastaba sin cuento, que le dejó solo.

"El contenido de la redoma disminuía, y, a fin de adquirir más, volvióse en busca del borrico, al que no tardó en ahogar, desesperado por su negativa en satisfacerle. A los gritos, acudió el toro, que pasaba, casualmente, cerca de allí.



"— ¿Cómo se llama ese remedio maldito? — pregúntale, moribundo, el asno.

"— *Es vino* — respondióle el toro, — *y a todo el que a usarle se acostumbra le da soberbia, ira, gula, avaricia, pereza y mucha maldad.*

"Desde entonces, el tigre mata sin necesidad y es indomable."

(De "Cien apólogos rioplatenses", por María Velasco y Arias.)

Explicar y comentar la fábula, inspirando horror a las bebidas espirituosas. Peligros del alcohol. Su influencia en el organismo.

Indicar que el alcoholismo obra de tres maneras sobre una población: aumentando la tasa de mortalidad, la de la criminalidad y la de la alienación mental.

El abuso de bebidas alcohólicas causa más muertes que ninguna enfermedad. La criminalidad está muy influída por el alcoholismo. Muchos delitos se cometen en completo estado de embriaguez o en un acceso de delirio por alcoholismo crónico.

Las estadísticas de las cárceles así lo consignan.

En los países donde reina el alcoholismo, abundan las enfermedades mentales.

Causas poderosas son estas para temer al gran enemigo de la especie humana: el alcohol.

La campaña contra el alcoholismo es una cruzada en favor de la humanidad. Ofrece dos aspectos: uno de orden privado y otro legislativo o administrativo.

En el primero hay que mencionar las ligas antialcohólicas y sociedades de templanza, que predican la moderación o abstinencia de bebidas espirituosas. Muy numerosas e influyentes, extienden su benéfica acción en el mundo entero.

Por parte de los poderes públicos la campaña contra el alcoholismo se ha traducido en diversas medidas restrictivas del consumo del alcohol, reglamentando su venta estrechamente o prohibiéndola del todo, como en Estados Unidos.

A esta prohibición se refiere la Ley seca, mencionada continuamente al hablarse de esa nación.

El triunfo

(Continuación de la pág. 51)

En el pasillo, ante la puerta del cuarto, se oyó la voz del traspunte que gritaba:

— Señora Cebrián, ¡a escena!...

Un silencio, uno de esos largos silencios llenos de angustia, de emoción, de ansia, se hizo en la sala.

Llegaba la escena culminante del drama "El honor de ellas", cuando en la farsa la esposa ultrajada se encontraba con la amiga que había destrozado su vida con una traición...

Amalia, inconscientemente, dirigió la mirada a los bastidores, y vió entre ellos a su marido, pálido, con un gesto de dolor en el semblante, mirándola como en súplica...

De ella dependía el éxito de la escena.

Y así fué. Brotaron de su boca las palabras nobles, de reproche, ante los cinismos de la usurpadora. Y transportada a la realidad, viendo en la farsa del teatro la fiel reproducción de su vida, puso en su acento toda la fiereza de su alma de mujer amante y engañada. De sus labios brotaron las palabras implacables con violentas inflexiones de pasión, de dolor, de desprecio...

El público seguía, ávido, los movimientos de la actriz, que en el pleno dominio de su arte le arrebataba temblando de emoción... Nunca ninguna de las dos actrices habían llegado a tan suprema grandeza en la expresión: Amalia temblaba; Rosina se erguía, exaltada y defensora. En el momento aquel, humillada por una frase de desprecio, la esposa se había lanzado sobre la usurpadora...

La ficción era completa. Las dos artistas representaban a maravilla sus papeles. Se veía a Amalia articular, rugiendo, las palabras, luchar fieramente, aferrada al cuello blanco y delgado de Rosina, y a ésta, en un alarde maravilloso de expresión, girar los ojos desorbitados, contraer los músculos...

Los espectadores prorrumpieron en una ovación clamorosa, unánime...

...Que se trocó en un alarido de espanto al ver a Amalia separar sus manos con las uñas ensangrentadas del cuello de Rosina, y a ésta, tras una convulsión suprema, caer para no levantarse más...

El triunfo, definitivo y trágico, había llegado....

DISTINCIÓN DEL ÁMBAR NATURAL DEL ARTIFICIAL

En el día se fabrican muchos objetos con ámbar artificial, que se confunde por su aspecto con el natural.

Empléase la colefonia y la resina copal, y para imitar mejor al ámbar natural, suelen introducir en la masa fundida algunos insectos y otros cuerpos que suelen encontrarse en el interior del ámbar verdadero.

Se distingue el ámbar natural del artificial por lo siguiente: 1º el natural se funde a 287°, y el artificial mucho antes. 2º El ámbar natural apenas se altera en contacto del alcohol y del éter, y el artificial se ablanda y disuelve. 3º Los pedazos de ámbar natural se adhieren entre sí con el intermedio de la potasa cáustica, y el ámbar artificial no.

Deformaciones de la historia argentina

(Continuación de la pág. 60)

ERRARE HUMANUM EST

Errores de nombres y de fechas abundan en la obra. Háblase a veces del "Once de Noviembre", al referirse a la revolución del Once de Septiembre; de "carnicerías barbaras", recordando la acción de Cañada de Gómez; dícese que el atentado de los Guerri a Sarmiento fué en 1878; cítanse día y mes y olvídanse los años, sembrando la confusión en los lectores.

Y aquí ponemos punto final a estas observaciones que recogemos después de una rápida lectura, creyendo haber demostrado cuán sencillo es escribir historia argentina, siempre, claro está, que se desdeñe toda documentación y se altere la verdad sin mayores inquietudes.

La tragedia española en América

(Continuación de la pág. 8)

El viejo hidalgo Hinestrosa ha salido ileso de la batalla. Pero, su hijo, Fernando, está herido en la frente, y quiere hablar con su padre.

—*¿Cómo?* — pregunta el hidalgo. — *¿Se acuerda todavía de que tiene padre?*

Pero también el hidalgo recuerda que aquel muchacho heroico es todavía su hijo. Y el capítulo termina dulcemente...

Mientras se hace la paz con los españoles, el hidalgo siente que su vigor decae. La tristeza de su derrota; la amargura de que España pierda su dominio en América; el fracaso de sus cincuenta años de españolismo conquistador, arrugan su orgullo y lo doblegan de vergüenza. Todos los días, el altivo hidalgo de Castilla fallece un poquito. Una tarde, cuando el frío de la altiplanicie retuerce sus pulmones como un trapo, Hinestrosa sabe que se muere. Llama a su hijo:

— Tú querías la Libertad; ya la tienes. Mi hija quería el Amor; suyo es también. Ni mis hijos son para mí, ni mi patria es su patria. ¡No hay que darle vueltas! Quédense con esta patria de ustedes... ¡Patria joven y nueva! Yo me voy...

Y se va — dice la novelista — y se va don Rodrigo de Hinestrosa, entre las convulsiones de la tos, arrojando bocanadas de su noble sangre castellana. Se va, al caer de la tarde, a los sones entusiásticos de las marchas que tocan los músicos del Ejército Libertador frente al Cabildo de Ayacucho, donde se agita al viento, alta y triunfal, la bandera de la República."

Y el hidalgo es un símbolo.

Una historia de amor

(Continuación de la pág. 9)

y el luto realzaban su belleza. Escapando a su recato, a sus deberes, a sus vínculos, iba al "Poker" a buscarme...

"Cambiamos una mirada sostenida, penetrante... Luego bajó los ojos, indecisa, nerviosa, y así permaneció un momento. Después, resueltamente, irguió la cabeza y volvió a mirarme. ¡Y por primera vez, en ocho años, me sonrió franca, abiertamente.

"Me estremecí. Ella, la incomparable, era igual a todas... Aquella sonrisa, era la sonrisa internacional de todas las mujeres en presencia de un hombre para el cual se vuelven accesibles... Al sonreír, identifiqué su rostro con el de Luisa, Beatriz, Emilia, Marión, Maricha y Elena...

"Sentí que el corazón me impulsaba a ella, pero lo dominé y bajé la cabeza... No sé cuánto tiempo estuve así; lo cierto fué que cuando levanté los ojos, ya se había marchado... ¡Yo había conseguido salvarla en mi memoria!... Y, sin embargo, no íntegramente; aquella sonrisa última le restó mucho del encanto que antes tenía para mí... Pero, con todo, su recuerdo consuela, en parte, esta necesidad espiritual e inexplicable que hay en mí de creer que existe sobre la tierra una mujer que tenga siquiera una pizca de alma; esa pizca de alma que yo he buscado siempre inútilmente en las mujeres que me han querido."

Guardamos silencio. Un reloj dió las ocho. Carlos miró a Diego Montes, que aun continuaba tendido en el sofá, y le preguntó:

— ¿Vamos?

— ¡Ah, sí! Tengo un hambre de poeta.. — repuso Diego, levantándose de un salto.

Entonces Carlos generalizó la invitación que parecía haber hecho anticipadamente a Diego:

— ¿Vamos a comer achuras?... He prometido a Diego revelarle una churrasquería maravillosa, superior a cuantas él y ustedes conocen... ¡Se comen unas morcillas que parecen embutidas en el cielo!

Ante menú tan seductor, todos decidimos acompañar al iluso amigo que soñaba en mujeres que tuviesen siquiera una pizca de alma.

El beso de una rosa

(Continuación de la pág. 25)

LA GOLONDRINA. — Porque si volaras sabrías que el hombre no es rey de la creación, sino uno de sus más indignos esclavos. No es pez en el agua, ni ave en el aire, ni salamandra en el fuego. Se considera dueño de la tierra, hasta cree que la tierra le obedece servilmente, y ya sabes tú que la tierra no obedece más que al aire, al fuego y al agua, a los tres elementos que el hombre no es capaz de dominar. ¡Pobres hombres!

LA ROSA. — ¿Es verdad que no tienen aroma?

LA GOLONDRINA. — Ni ropajes de plumas.

LA ROSA. — ¡Pobrecitos! *(Pausa. Suena una campanada en el reloj de la torre vecina. Se oye descorrer un cerrojo: las cristaleras del balcón tiemblan un instante. La rosa y la golondrina se miran asombradas.)*

LA GOLONDRINA. — *(Muy quedito.)* ¡Es aquí!

LA ROSA. — ¡Calla!

LA GOLONDRINA. — *(Emocionada.)* ¡Sí: abren las puertas de madera! ¡Mira!

LA ROSA. — *(Conteniendo la oleada de perfume que se escapa de su seno.)* ¡Padre sol! ¿Será ella? *(Una mujer, que solloza, abre pausadamente las cristaleras del balcón. Sale a la calle una ráfaga de vaho humano, insano, fétido. La golondrina mira al interior de la habitación y lanza un chirrido estridente. En el centro de la estancia hay un túmulo blanco rodeado de luces, y sobre él el cuerpo inanimado de una niña angelical. Arrodillada junto al túmulo, una mujer llora desconsolada.)*

LA GOLONDRINA. — *(Llorando como saben llorar las aves.)* ¡Rosa, rosa amiga: nuestra niña ha muerto!

LA ROSA. — *(Temblando como saben temblar las flores.)* ¡Yo quiero morir también!

LA GOLONDRINA. — *(Increpando a la altura.)* ¡Dios de la niña! ¿Qué mal te hizo esta pobre rosa y qué mal te hice yo? Rosas nacieron en el sagrado monte donde oraste, y una golondrina arrancó de tu frente las espinas que en ella clavaron tus verdugos. ¿Por qué has permitido que nuestra niña muera? ¿Qué mal te hizo esta pobre rosa y qué mal te hice yo?

LA ROSA. — ¡Quiero morir, golondirna!

LA MUJER QUE SOLLOZA. — *(A la mujer que llora.)* Señora, resignación. Dios ha querido que haya en los cielos un ángel más: vuestra hija vivirá eternamente en el cielo.)

LA GOLONDRINA. — *(Mirando a la altura con alegría.)* ¡Va al cielo!

LA ROSA. — *(Mirando a la altura con tristeza infinita.)* ¡Va al cielo!... ¡Y yo no sé volar!

(La mujer que solloza sale al balcón, corta la rosa, que desmaya de dolor, y la coloca sobre el cuerpo rígido de la niña.)

LA GOLONDRINA. — ¡Rosa, despierta: eres feliz, estás con ella; donde ella vaya, irás tú!

LA ROSA. — *(Volviendo a la vida.)* ¡Gracias, madre Tierra! ¡Gracias, padre Sol! *(Llamando con voz ahogada:)* ¡Golondrina!

LA GOLONDRINA. — ¡Qué!

LA ROSA. — Mira, ven; no estoy bien aquí. Quiero que me suspendas, que me lleves hasta su boca, que me dejes sobre sus labios muertos. Quiero pagarle con un solo beso todos sus besos que me dió. ¡Hazlo por mí, por ella!

(La golondrina vuela hasta la rosa, la suspende trabajosamente y la deja caer sobre los labios fríos de la niña exánime. La enamorada rosa vierte sobre aquellos labios exangües todo el perfume de sus pétalos.)

LA GOLONDRINA. — Adiós, querida rosa; tú ya eres feliz; yo lo seré también muy pronto. Adiós.

LA ROSA. — ¿Adónde vas?

LA GOLONDRINA. — Al cielo. *(Sale de la estancia, vuela hacia la altura y se pierde en el espacio. ¡Pobre golondrina!...)*

EL TOCINO EN PERFUMERIA

MUCHAS hectáreas de rosas, violetas, lilas y otras flores se cultivan anualmente en Francia y en el Sur de Italia, para atender a la demanda de perfumes, que es mayor todavía en todo el mundo.

Para extraer su fragancia se colocan las flores, ya trituradas, en grandes planchas de cristal. Luego se cubren con capas de tocino, el cual absorbe los aceites transpirados por las flores. Varias planchas de flores se necesitan para que el tocino se sature de estas esencias.

Después se obtiene el extracto concentrado derritiendo el tocino y disolviéndolo en alcohol purificado. Por este procedimiento se obtiene el verdadero aceite esencial.

Pero no acaba aquí la serie de operaciones. Una vez obtenido el aceite esencial, se mezcla éste con otras substancias que le procuran la densidad y la calidad referidas.

En el Sur de Italia se han establecido grandes destilerías para la extracción de aceite de cáscara de limón, la que produce esencias muy apreciadas en la manufactura de perfumes.

A cierta edad un catarro

puede ser de consecuencias funestas, y es por ello que vamos a indicar a nuestros lectores la manera de librarse pronto y cómodamente de estos males.

A la primera manifestación de un resfrío, tos o catarro, tómese una cucharada de tomillo erytroso, antiguo remedio casero alemán, que ya está en venta en algunas farmacias, y las manifestaciones del mal desaparecerán para hallarse en poco tiempo libre de todo peligro. Por su composición exenta de drogas, el tomillo erytroso se recomienda para niños, ancianos y personas delicadas, es de muy grato sabor y prontos efectos. Conviene también tomar las pastillas de tomillo erytroso cuando se quiere acelerar la curación, pues continúan la acción medicinal del producto en la calle y en todo momento.

Un Viernes Santo en Salta

(Continuación de la pág. 30)

Sabían esto en casa, y cuando me desmandaba por cualquier causa, amenazábanme:

—Llamaré al cura Torrezna.

Bastaba. Una visita, relación de mis señoras tías, las reconvino un día, por lo que para él constituía una profanación del ministro de Dios; desde entonces cejaron en sus amenazas.

"La Micha", dejándome al cuidado de su colega, me previno al despedirse:

—¡Más te valiera no haber nacido si cuentas algo! ¡Te daré un pellizcón pa que te acordés hasta la hora de tu muerte!...

No pensaba, entre paréntesis, contar nada, pero si esa veleidad de soplón hubiera tenido, hubiérame guardado de practicarla ante tal prevención.

Llegamos a un patizuelo húmedo, de lajas mal unidas, con hierbas que crecían en las junturas del piso con las paredes. Una escalera de madera, empotrada en el muro, pintado con una lechada de cal, ascendía hasta un primer piso. La escalera, roída por la vejez, se cimbraba, y yo no quería mirar abajo por temor a verla desplomarse de un momento a otro. Franqueamos una puerta que daba al único rellano, y penetramos a una habitación con una mesa al centro, ni muy espaciosa ni escasa de ámbito, de proporciones medianas. Medio enceguecido todavía no pude distinguir, lo que noté después, un catre, con un baldaquín a manera de mosquitero, arrimado en un ángulo, y un hombre echado, cual largo era, en el lecho, absorbido en sus secretas meditaciones. Lo reconocí: era el cura Torrezna a quien yo creía ausente en los deberes de su ministerio. Me estremecí. Instintivamente quise huir, echarme escaleras abajo. La mano diestra de la sirvienta me cogió por la muñeca y me dejó quieto:

—¿Qué hay? — averiguó una voz gangosa.

—Aquí le traigo, monseñor, al chico de las Castro, que quiere mosquetear la procesión — habló mi introductora.

—¿Cuál es?... ¿Es Panchito, o Luis Felipe?

—Es el niño Luis Felipe, mi amo.

—Hacelo pasar, nomás, y convidale algo. Alguna tortita de leche, rosquetes si hay, o caramelos de miel. Buscá en el aparador.

Me dieron lo que se ordenó, y la fámula abrió una puerta que caía a la calle y puso una silla petisa, de acuerdo a mi estatura, cerca del barandal de hierro forjado. Después se retiró, cerrando no del todo la puerta.

—A mi amo le molesta la luz — explicóme la criada.

Me distraje un rato viendo el pasar de la gente. Multitud de personas desembocaban en la plaza, se arremolinaban, esparciéndose por los senderos, y tomaba rumbo encaminándose a la Merced, desde donde saldría la procesión, o se estacionaba a lo largo de las aceras a la espera de su paso. Beatas con mantillas y refajos negros portando en sus manos manojos de velas encendidas y de diversos colores, pasaban rezando en voz alta, mientras los que las seguían coreaban la oración. Hombres serranos, en bloque, para no perderse en la aglomeración; caballeros de galera, distinguidos, hendiendo la compacta muralla de gente; damas empingorotadas con una chinita en seguimiento, llevando el reclinatorio, cocheros que fustigaban su látigo, haciendo su agosto, atraían mi atención inconstante.

Al rato se oyó los sonidos de una banda destemplada, y hubo un revuelo abajo. Vióse el centelleo lejano de las bayonetas del batallón policial, que abría paso al gobernador y su comitiva, flanqueando la imagen del Cristo, tras del cual marchaban todos. Un Cristo, desnudo hasta la cintura, con una falda que parecía de armiño, recamado de piedras preciosas y ricas hebras de oro, reposando su cabeza en un cojín de terciopelo, venía llevado por el esfuerzo de los principales de Salta, que se disputaban las andas. Mendicantes, con sendos platillos de plata conventuales, pedían limosnas entre la gente dadivosa, que arrojaba con claro tintineo sus monedas unos, sus grasientos billetes otros.

Cerca, pude ver mejor. Bellísimo estaba Nuestro Señor Jesucristo. Blanco como una azucena, las pantorrillas azulosas mostraban, empero, las huellas violentas de los rudos cordeles, y los pies, los agujeros de los cuavos. Los faroles, en lo alto de las pértigas, alumbraban su rostro consumido por el sufrimiento, surcado por hilillos de sangre. Encerrado en su féretro de cristal, impresionaba como algo viviente; como un hermoso cuerpo de mancebo recién abandonado por la vida, violentamente arrancada.

El mosconeo de los rezos, el silabeo de las oraciones, la entonación grave de los clérigos, acompasando el ritmo de las jaculatorias, se hicieron más perceptibles y más capitoso el olor que se elevaba de aquella masa en movimiento.

Abstraído en esta penetrante contemplación estaba, cuando sentí un golpe feroz en la puerta que tenía a mis espaldas, que se abrió de par en par, por la fuerza del empellón.

Me di vuelta, y vi al cura Torrezna, sin hábitos, cubierto solamente por la esclavina, que avanzaba con los brazos extendidos, en actitud de un poseso, sollozando, gritando:

—¡Señor... Señor mío, Jesucristo, que moriste por mí..., por salvar a los pecadores! ¡Y yo he pecado..., he pecado! ¡Sálvame!... ¡Sálvame!...

Y se aferraba al borde del balcón, suplicante, con medio cuerpo afuera.

Daba una impresión terrible, y al mismo tiempo soberbia de fanatismo y de locura.

Desde la calle se detenían a mirarle, aterrorizados, mientras dos hombres que habían subido lo conducían, forcejeando, a su yacija.

Yo salí, escapado.

LAS LEYES DE LA GUERRA: ANTAÑO Y OGAÑO

Durante la pasada conflagración los países beligerantes se combatieron aun más encarnizadamente que con las armas por medio de la propaganda entre los neutrales. Mutuamente acusáronse de violar las leyes humanitarias de la guerra, cuyas cláusulas revestían carácter imperativo después de las varias conferencias de La Haya y Ginebra.

Pronunciarse sobre esas polémicas no corresponde; pero baste decir que los gases asfixiantes, lacrimógenos, aparatos lanzallamas y los bombardeos por aparatos aéreos estaban absolutamente prohibidos. Desde entonces la satánica industria bélica ha "adelantado" y se anuncian invenciones que hacen presumir que la humanidad iría al suicidio si estallara otra guerra mundial.

Contrasta este salvajismo de la civilización con la humanidad de ciertas leyes que ahora, desde nuestra altura, conceptuamos despectivamente.

En el llamado código de Manú, se prohibía usar "armas pérfidas" como ser bastones con estiletos escondidos, flechas envenenadas o incendiarias; no se debía herir desde un carro a un hombre a pie, al rendido, al que implorara gracia con las manos unidas, al desarmado, al débil o afeminado; era desleal combatir con coraza contra un enemigo que no la tenía, matar a uno que estuviera desnudo o dormido o al que estuviera ya combatiendo con otro adversario; tampoco se permitía combatir contra el que tenía armas rotas o inutilizadas ni a los agobiados por el dolor, heridos o fatiga como así tampoco a los cobardes o fugitivos.

Como se ve, desde entonces ha progresado mucho el arte de la guerra...

La paja en el ojo ajeno...

Por PESCATORE DI PERLE





EL noble sport de la pesca de perlas se encuentra hoy en nuestra grande y gloriosa nación tan difundido, aceptado y generalizado como el football, las quinielas y la toxicomanía. Así, pues, no se publica línea alguna que no sea minuciosamente examinada, valorada y analizada por mil Argos celosos de la pureza del idioma, de las leyes más o menos inmutables del sentido común y de la originalidad creadora. Y la víctima elegida en esta epidemia suele ser el infeliz folicularío que estas líneas escribe, sobre el cual llueven las denuncias de todos los *pescatori* de afición.

Aquí tengo una muy interesante. Se trata de un cuento publicado en el número de EL HOGAR correspondiente al 30 de julio último: *María o el pañuelo azul*, por Etienne Béquet. Según el denunciante, el señor Etienne Béquet es un plagiario de siete suelas, al que conviene exponer a la vergüenza pública. Y para prueba del horrendo delito, mi corresponsal me envía el *original*, un número del semanario catalán *El Mundo Moderno*, fechado en Barcelona el 13 de noviembre de 1897, que contiene el cuento *El pañuelo azul*, por don Luis Núñez.

La única diferencia entre los dos textos estriba en que el original de Luis Núñez no entra de lleno en la narración, sino que va precedida por este breve exordio:

> *Exigencias del comercio a que mi padre estaba dedicado en Barcelona, desde su juventud, le obligaron a hacer numerosos viajes a Francia, y en casi todos ellos ocurriéronle incidentes de diverso género o presenció espectáculos de esos que difícilmente se borran de la memoria, y que luego cuando la nieve de los años enfrió su sangre y amortiguó su actividad, nos refería al amor de la lumbre, durante las largas veladas del invierno.*
>
> *Muchos de sus relatos quedaron en mi memoria de una manera indeleble; pero ninguno me causó tanta impresión como el siguiente;*

Y empieza el relato. Que es así en las dos versiones:

Cuenta Luis Núñez:	Cuenta Etienne Béquet:
"A fines del mes de octubre del año 184... volvía yo a pie, de Orleans al castillo de Bardy; y como quiera que ante mí iba un regimiento de la guardia extranjera, apresuré el paso para oír la música militar, que siempre me ha agradado extraordinariamente; pero la música permanecía silenciosa, y sólo, de vez en cuando, algunos redobles de tambor marcaban el uniforme paso de los soldados." Etc.	*"A fines de octubre del año último, regresaba yo de Orleans, camino al castillo de Bardy. Por la misma ruta, y en igual sentido, marchaba delante de mí un regimiento de la Guardia Extranjera. Apresuré el paso para tratar de oír la música militar, que tanto me gusta; pero la música apenas se dejaba oír. Sólo algunos compases de tambor marcaban, de cuando en cuando, el paso uniforme de los soldados."* Etcétera.

Y siguen coincidiendo ambos textos hasta el final.

Como veis, amigos, el plagio es evidente. Pero la víctima inocente no es el desconocido catalán Luis Núñez, como lo supone el denunciante. Aquí, el ignominiosamente robado es Etienne Béquet. Todos los más grandes sabios de la humanidad sabemos que Etienne Béquet, nacido en el año 1800, murió en 1838, es decir, algunos años antes que se fundara *El Mundo Moderno* de Barcelona. Fué un célebre periodista francés, redactor de *Les Débats*. Tradujo muy fiel y elegantemente a Luciano. Pero su mayor fama la debió, precisamente, al cuento que motiva esta aclaración. Lo afirman los señores Ch. Gidel y F. Loliée en su excelente *Dictionnaire des Écrivains* (A. Colin, París, 1898): *Il est l'auteur aussi de cette petite nouvelle si touchante: "Marie ou le Mouchoir bleu" (1829), qui courut l'Europe et eut, dit-on, autant de lecteurs que "Paul et Virginie"*.

Verdad es que el aprovechado don Luis Núñez, en el exordio reproducido, le endosa a su señor padre la *originalidad* del cuento. Pero eso no le salva ante la Conciencia Universal, que, por otra parte, no existe. Las Sagradas Escrituras lo dicen: "Las faltas de los padres recaen sobre los hijos hasta la cuarta generación."

Hablen, ahora, los Núñez de Barcelona.

—— :: ——

DE la pintoresca localidad cordobesa Capilla del Monte me envían un sobre de un establecimiento comercial. La leyenda impresa en el encabezamiento del sobre es muy curiosa:

> *EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES "LA HISPANO-ARGENTINA"*
>
> EZEQUIEL SÁINZ & CÍA.
>
> *Cajones, Urnas, Mortajas y todo lo concerniente al ramo. — Se encarga de remitir cadáveres a cualquier punto del interior y exterior. — La única casa que tiene un stock permanente y que le cobrará más barato. — De la fábrica al interesado.*

Me advierten que frente a esta casa comercial se va a instalar otra para hacerle una seria competencia. Va a tener un mayor *stock* permanente de cadáveres y los cobrará más baratos. Pero se dice que son cadáveres de segunda mano.

—— :: ——

EL *Siglo* de Bahía Blanca publica en su numero del 30 de julio un telegrama de Roma a propósito de la conmemoración de la muerte del rey Humberto I. Termina con estos párrafos:

> *Las autoridades que concurrieron hasta ese local depositaron coronas de flores sobre la tumba del rey, desfilando luego numerosas asociaciones.*
>
> *El público que concurrió a presenciar estos* **festejos** *fué numeroso.*

Fué numeroso y salió decepcionado: jamás había presenciado unos festejos más fúnebres...

—— :: ——

EL diario de Córdoba *Los Principios* publica el 1º de agosto un extenso reportaje que lleva este título a cuatro columnas: *El doctor Martínez Zuviría y la actualidad política*. Entre otras cosas interesantes, el repórter le hace decir a su interlocutor:

> *He puesto hoy fin a mi última obra. Figúrese si puedo o no sentirme satisfecho. Todos los que escribimos pasamos por un estado singular en el período de lo que llamaré creación. Cuando concluimos, ¡oh, qué alivio! Para mí, que* **Campoamor** *debió tenernos también presentes a nosotros los escritores cuando su estrofa aquella:* **"¿No es verdad, ángel de amor...?"** *Para los que terminamos una obra, brilla también más pura la luna y respiramos mejor.*

Indiscutiblemente. En eso estamos de acuerdo todos los fisiólogos y todos los astrónomos. Lo que ya no me parece tan fácil de probar es el dato de que Campoamor nos tuviera presentes a los escritores en la estrofa "*¿No es verdad, ángel de amor?...*" Entre otras muchas razones, porque Campoamor jamás escribió *Don Juan Tenorio*, según es público y notorio aquí y en Córdoba.

—— :: ——

EN una noticia policial de *El Diario* de Villa María, del 23 de julio:

> *El suicida ha permanecido muerto más de 24 horas.*

Mucho es. Pero todo es irse acostumbrando.

—— :: ——

CÓMO todos los grandes cerealistas del país, yo también he recibido una solicitud de adhesión para la fiesta de mañana. La circular que me envía la Bolsa de Cereales dice:

> *El "Día del Cercalista" se celebrará con un banquete al que asistirán representantes de las instituciones agrarias del país, exportadores de cereales, consignatarios, acopiadores, fabricantes de* **bolsas vacías**, *molineros, etc.*

Estos fabricantes de bolsas tienen el mismo defecto que los fabricantes de carteras: las producen vacías. Por eso estamos tan decepcionados los optimistas.

—— :: ——

Ahora, un poco de poesía.

Un caballero que se oculta ruborosamente tras el oportuno pseudónimo de *Venus*, publica estos versos en *La Voz de Moquehua*, del 24 de julio:

> *PARA MANUELITA E...*
>
> *Si es verdad lo que un sabio me decía,*
> *Hablando ayer de la celeste esfera,*
> *Que del ardiente beso de dos astros*
> *Nacieron una noche las estrellas;*
> *Tú, que eres la esencia del perfume,*
> *De la luz, del candor y la modestia,*
> *¿Por qué no suponer que hayas nacido*
> *De algún beso del sol a una violeta?*
>
> VENUS.

La señorita Manuelita E... hará bien en irse desengañando. Porque el verdadero autor de estos versos jamás pensó en ella. Y menos pensó en llamarse a sí mismo *Venus*. ¡Valiente sarcasmo! El pobre Gervasio Méndez, paralítico, deforme, víctima de la más negra suerte, no estaba como para jugar con su inmensa desgracia.

Venus sí debe ser quien en *La Voz de Moquehua* se ha apoderado desahogadamente de los conocidos versos...

—— :: ——

Para terminar, dos avisitos.

Este es de *La Prensa*, del 27 de julio:

> *Ama de cría* **con buena letra** *de 6 meses se ofrece; Bulnes...*

Un ama de cría que no sabe el siglo en que vivimos: ¡Ahora se escribe a máquina, señora!

Este otro es de *La Nación*, del 26 de julio:

> *Sra. joven con lechería y minutas, buena ganancia, por no poder atender sola, se vende, 2.500 $, facilidades de pago...*

El lote es tentador. Pero en lugar de las minutas, me gustaría que tuviera buena letra, como la otra.

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore". No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, e "si non, non". Esta semana corresponde la áurea moneda a "El Nuevo", de esta capital.



*

ZONA DE KELVINACION

No deja de ser un hecho extraño que a las temperaturas entre 12 a 15 grados sobre cero, las bacterias en los alimentos se multiplican más o menos 400 veces tan rápidamente como entre los 6 y 9 grados. A una temperatura menor de 12° la descomposición es casi nula.

El Kelvinator puede, y de hecho mantiene temperaturas constantemente debajo de ese límite peligroso. El hielo no lo hace. Por esta razón el margen ideal de temperatura — de 6° a 9° — se llama la "Zona de Kelvinación." Las provisiones colocadas en esta zona se mantienen frescas y sanas por muchos días.

Salvo!

Cuando hay chicos en una casa, el Kelvinator alivia la madre de preocupaciones sin fin. Ya no tiene que temer que se corte la leche—al contrario, sabe que el recipiente no contiene sino salud, y que todos los alimentos se conservarán sanos y apetitosos mientras están en la "Zona de Kelvinación".*

La refrigeración eléctrica Kelvinator asegura alimentos sanos para las criaturas y protección para la salud de toda la familia.

También pueden prepararse deliciosos postres, helados y otras golosinas sin necesidad de usar hielo.

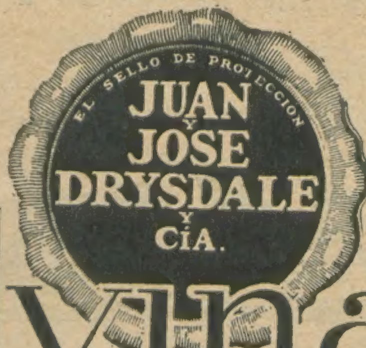
La Kelvinación es una refrigeración que no requiere ninguna atención. Día y noche - mes tras mes - mantiene su heladera muy fría sin ninguno de los cuidados que requiere el hielo.

Prepárese para los días de calor, instale un Kelvinator ahora y así tendrá la seguridad que su familia estará salva gracias a la "Zona de Kelvinación".

Pídanos mayores detalles enviándonos el cupón adjunto debidamente llenado.



Esta es la parte mecánica que produce frío para el helador. Se puede instalar en cualquier parte: en el sótano o junto, detrás o sobre la heladera.



Kelvinator

La Refrigeración Eléctrica Más Antigua Para el Hogar

Señores
Juan y José Drysdale y Cía.
Perú, 440 Buenos Aires
Sírvanse remitirme, gratis y sin compromiso, folletos sobre el
KELVINATOR
Nombre ....
Dirección ....
Localidad ....
F. C. ....

Guía de la mujer práctica

(Continuación de la pág. 45)

mente adelante y en los costados. Se coloca en seguida la copa, y se ejecuta el adorno.

Restauración de los sombreros de fieltro

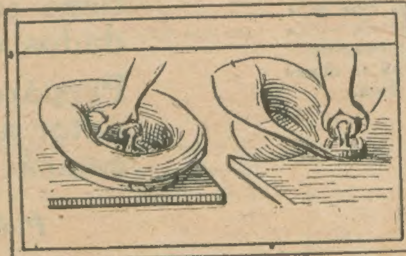
Los sombreros de fieltro que actualmente se usan, son de tal sencillez que toda mujer debe saber la forma práctica de renovarlos por sí misma, puesto que dichos sombreros, con el uso, llevados durante cierto tiempo, se arrugan y se deforman. Es posible, sin embargo, cuando a tal extremo llegan, sacar partido de ellos.

Para esto, la primer operación es suprimir el adorno del sombrero así como todos los alambres que puedan servir para reforzar el ala. Se cepillan en todo su contorno y en los bordes; se frotan después con una almohadilla de algodón empapada en esencia mineral o bencina, las partes engrasadas por los cabellos, y se dejan secar.

En seguida se moja el sombrero, sumergiéndolo en un recipiente que contenga agua suficiente para meterlo por entero. Se deja allí de diez minutos a una hora, según se quiera simplemente estirarlo o modificar completamente la forma. Se saca del agua; se sacude fuertemente, y se envuelve en paños limpios. Se le deja así enjuagar durante dos o tres horas sobre una superficie plana cubierta de varias dobleces de paño seco.

Se pone a todo esto, a calentar varias planchas, pero no tan calientes que puedan dañar un material como la lana, que se quema fácilmente.

Después se comienza por planchar la copa por el lado de adentro, como se ve en la figura correspondiente, y el ala por la parte de abajo, que es la que menos se ve. Para esto se opera



Cómo se plancha la copa y el ala de un sombrero de fieltro

sobre una mesa o tabla cubierta con un paño que no tenga pelusa.

Se comienza por el fondo de la copa, poniendo el sombrero al revés, y se le va dando vuelta a la plancha para que todas las partes de aquél vayan quedando bien secas y por igual. Se plancha también el lado de la copa apoyando ésta sobre el borde de la mesa, con el ala para afuera, para que pasen justamente todas las partes de la copa bajo la plancha. En cuanto al ala, si tiene algún movimiento, debe conservarse, valiéndose de una tablita estrecha donde puedan apoyarse e ir planchando por parte. Si ella es lisa, no hay más que apoyarla en el borde de la mesa, dejando la copa para afuera.

Un medio más fácil para las personas que tienen poca experiencia o se dan poca maña, es planchar el sombrero por el derecho, encasquetando la copa sobre una cacerola o algún recipiente que venga bien a la medida, que hará el oficio del molde de los sombrereros, interponiendo un paño usado pero que no suelte pelusa entre la forma y la plancha. No se debe deslizar ésta, sino colocarla y levantarla muchas veces para evitar que queden marcas brillantes. Secar así la copa tanto como sea posible. Trabajar el ala como se ha indicado precedentemente, o por el derecho interponiendo un paño entre el fieltro y la plancha. Se coloca en este caso, si el ala es plana, sobre una mesa de dimensiones suficientes para colocar el ala toda y poder así apoyar sobre ella por entero. Cepillar el fieltro en la dirección del pelo, mientras está húmedo, y ponerlo de nuevo sobre el molde para que no se deforme.

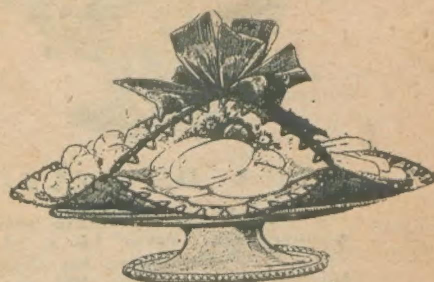
Disposición original de un plato para pasteles

A toda mujer resulta interesante poder aparecer original e ingeniosa en la disposición de los menesteres de su casa que están a su cargo. Lo mismo en el vestido, que en el adorno de la casa, el arreglo de la mesa, en las atenciones con sus visitas, etc.

Es todo esto de buen sentido y cuestión de ingenio y de buen gusto, la mayor parte de las veces.

Vamos, pues, a darles un motivo de aparecer original, preparando de una manera ingeniosa y nueva el plato de los pasteles, galletitas o masas con que acostumbran acompañar el servicio de te para sus visitas.

El original fondo de plato o bandeja para pasteles que reproducimos para mejor comprensión, en el grabado, presenta cuatro compartimentos, que permiten separar las diferentes clases de masas que se ofrecen.

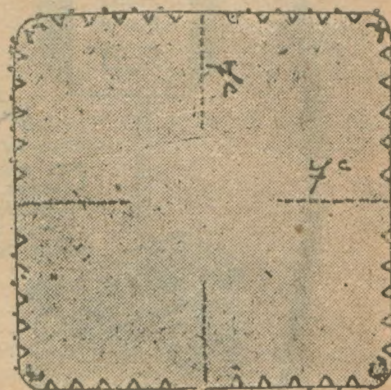


Para servir con el te; original disposición de las masas

El modelo con que se obtiene tal efecto, se hace con dos cuadrados de tela granité, o tela lisa bordada en algodón lavable, de dos colores, azul y anaranjado, por ejemplo. El primero, empleado solamente para los tallos de las flores que se bordan al pasado plano en el tono anaranjado lo mismo que el festón con pequeñas bridas al punto enrollado.

Una vez que el bordado de la tela y los festones estén terminados, los dos cuadrados que medirán 0.24 cm. de lado, se les bordará en cada ángulo con un motivo también al pasado plano.

Después se ponen los dos cuadrados, el uno sobre el otro, derecho contra derecho, y se ejecutan cuatro pequeños puntos adelante de 0.07 de largo, partiendo del medio de cada uno de los



Modelo del fondo del plato, preparado con dos trozos de tela cuadrados, tal como deben unirse

cuatro lados y dirigiéndose todos hacia el centro del cuadrado al cual no llegan. Estos puntos sirven para unir los dos cuadrados. Además se hacen cuatro bridas en los ángulos de uno de los dos cuadrados, como se nota en el grabado. Esto permite reunir los cuatro ángulos por medio de una cinta que pasa por las bridas, con lo que se da al conjunto la forma deseada y el indispensable accesorio del servicio de te adquiere un efecto original y de una deliciosa novedad.



En la Caprichosa Moda Femenina

La Melena marca rumbos de modernismo y elegancia sin igual.

Y esto mismo obliga a las damas a una constante atención de la nuca, donde el continuo crecimiento de vello afea el característico "cachet" de la melena.

Hacer que la nuca esté continuamente desprovista de vello, es de suma importancia en la moda actual.

Las **Hojas ELYSIUM** se recomiendan solas para ello, después de ensayarlas una vez.

Dejan el cutis tan suave y terso como la seda, sin que raspen ni irriten levemente la piel.

Están elaboradas con el mejor acero que se conoce. Duran lo que ninguna otra hoja, porque su filo es agudísimo y persistente.

Miles de damas, caballeros y jóvenes las han adoptado ya definitivamente. Sin embargo, no cuestan más que otras hojas de inferior calidad.

Enviamos una Muestra Gratis de las afamadas Hojas ELYSIUM a quien la solicite a sus

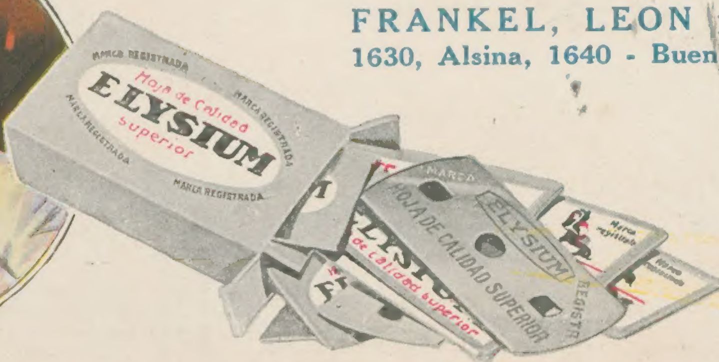
Unicos Concesionarios:

FRANKEL, LEON y Cía.
1630, Alsina, 1640 - Buenos Aires

Se adaptan a cualquier máquina de afeitar para hojas de doble filo.

En venta en todas las buenas camiserías y casas del ramo de la capital e interior.







Marca Registrada

CANAS

Un Talismán de Juventud



En el "toilet" de todas las damas que cuidan celosamente su apariencia juvenil, debe ocupar lugar preferente un frasco de Agua de Colonia "LA CARMELA", preparación sin rival en su género, por sus maravillosas propiedades.

Antes era un problema combatir las canas. Sólo podía lograrse a cambio de las molestias y peligros inherentes a la aplicación de las tinturas metálicas. ¡Cuántas cabelleras hermosas inutilizadas para siempre por esa causa!

Hoy, las canas desaparecen de la manera más sencilla y cómoda que puede desearse. Basta una fricción higiénica por las mañanas, aplicada con sus propias manos, para que su cabello canoso recobre exactamente el color natural: rubio, castaño o moreno. Es inofensiva y de uso muy agradable.

Se vende en todas las tiendas, farmacias y perfumerías a $ 8.00 en la capital y a $ 8.50 en el interior.



LA CARMELA se aplica como loción. Es de uso muy agradable. No mancha ni engrasa la piel ni la ropa.

Exija LA CARMELA legítima, que se distingue por la estampilla fiscal de $ 1.— con nuestro nombre impreso, y pegada en el cuello de cada frasco.

J. L. CONDE & Cía.
CARLOS PELLEGRINI, 435 — BUENOS AIRES

En el Uruguay: Colón, 1850, MONTEVIDEO. En el Paraguay: G. Llorente, Gral. Díaz, 402, ASUNCION. En Bolivia: C. Ardiles Arce, SUCRE. En Chile: C. Villalón de A., Las Heras, 320, VALPARAÍSO.

AGUA DE COLONIA HIGIENICA

"La Carmela"



Thais

Estas galletitas no sólo constituyen el deleite de los niños, sino que han logrado ya una aceptación decidida de parte de los mayores. Y es que el sabor semi-dulce de su masa, liviana y delicada, las hace igualmente exquisitas con el te como con café y licores.

Pídalas a su proveedor y así, luego, a la hora del te, habrá alrededor de su mesa un motivo más de franca satisfacción.

Se venden en todo el país.

Terrabusi Hnos & Cia.

Precio en la Capital: 20 centavos

Impreso en los Talleres Gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.

Precios: En el Interior: 30 centavos
En el Uruguay: 10 centésimos